

de
Los
DIOSES
del NORTE

La leyenda del
bosque



JARA
SANTAMARÍA

Tres primos. Dos mundos. Un secreto.

Descubre *Los dioses del norte*, la saga más impactante del año.

Un viaje donde la magia te conducirá a la verdad.

El día para los del día. La noche para los de la noche.

Cuenta la leyenda que, en el valle del Baztán, los dioses convivían en hermandad y las criaturas del día y de la noche podían vivir en armonía. Pero Gaueko, el temible dios de la noche, empezó a atemorizar a los humanos con su séquito de lobos y la diosa de la tierra, Mari, engendró la Luna y el Sol para protegerlos de la oscuridad. Sin embargo, las ansias de poder de Gaueko le llevaron a tramar un plan para raptar al Sol y así instaurar de manera definitiva su reinado de las sombras. Presa de la ira, Mari dividió el mundo en dos y ya nada ni nadie pudo cruzar la frontera entre ambos.

Teo, Emma y Ada no se gustan nada, pero son primos, y las circunstancias han querido que pasen el verano juntos en el caserío navarro de su abuela. Cuando uno de ellos desaparece y los demás salen en su búsqueda, descubren un universo de brujos y dioses, de gigantes irascibles y bellas mujeres con garras de ave rapaz en el que el temible dios Gaueko ha impuesto la oscuridad. Un mundo en el que solo podrán salvarse de las tinieblas si permanecen unidos y descubren su propia magia.



Jara Santamaría

La leyenda del bosque

Los dioses del norte - 1

ePub r1.0

Titivillus 06.06.2020

Título original: *La leyenda del bosque*
Jara Santamaría, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A Daniel, mi compañero de aventuras, por
descubrirme la magia de Gaua y animarme a
atravesar el portal; a mi madre, mi guerrera, por
su amor, su confianza y su ejemplo

Y a ti, papá, porque sigues cuidando de mí
y leyendo mis cuentos

Prólogo

Parecía una noche normal.

Si le hubieses preguntado a cualquier persona, te habría dicho que era un martes, que hacía un poco de frío y convenía abrigarse o ponerle una manta más a la cama, pero nada fuera de lo habitual en el valle. Los vecinos dormían tranquilos en el pueblo, las últimas luces comenzaban a apagarse y los grillos cantaban. Un día más que se acababa y ya está; eso te habrían dicho.

Y tú te lo habrías creído. Porque no había nada que te hubiese hecho sospechar que el mundo entero estaba en peligro, en manos de una chica que corría sin aliento por el bosque.

Pero a veces las cosas no son como pensamos. En la vida real, rara vez el peligro se presenta cara a cara, avisándote de que está allí, así que puede que ni siquiera te des cuenta de que todo a tu alrededor está a punto de cambiar. Por eso, aquella noche, mientras el valle del Baztán dormía, esa chica corría, en medio de la niebla, rodeada por árboles que se retorcían en formas sinuosas. Corría y sus desgastadas zapatillas trataban de seguirle el ritmo a duras penas, mientras se deslizaba ladera abajo esquivando las rocas.

Cada poco tiempo, miraba hacia atrás comprobando si la seguían, con las mejillas surcadas en dos lágrimas largas y calientes.

—Shh... —murmuraba de vez en cuando—. Ssshhh, por favor, calla.

Entre sus brazos, envuelto en una manta, algo lloraba sin consuelo. Tal vez tuviera frío. En ese valle siempre había hecho demasiado frío. Se detuvo de repente y miró hacia sus lados como si buscara algo, o a alguien, mientras mecía a ese bulto contra su pecho en un gesto impaciente.

A la derecha, lo encontró. Ese era el árbol del que le habían hablado, no había duda: ese con la marca de dos cruces en su tronco. Después, debía caminar tres más a la izquierda y allí debía encontrarlo. Al menos, eso contaban las leyendas. Y tenían que ser verdad, no podía ser de otra manera. Era su última esperanza.

Trató de respirar profundamente, aunque estaba agotada de correr por el bosque, y su corazón latía tan deprisa que le costó recuperar el aliento. Carraspeó con suavidad, mirando a la nada, en algún lugar entre los árboles, esperando que la escucharan.

—¿Estás aquí? —invocó, con voz temblorosa—. Me dijeron que te encontraría aquí.

Pero no pasó nada. El bulto seguía llorando y lo acunó, sin dejar de mirar a su alrededor. Los árboles estaban quietos; la noche entera estaba quieta, paciente. Solo le respondió el viento zarandeando las hojas.

No era así como le habían dicho que debía suceder.

—Por favor —suplicó al aire.

De pronto, escuchó el crepitar de un árbol que empezaba a moverse. La chica ahogó un grito y sujetó las mantas con más fuerza, protegiéndolas con su cuerpo sin apartar la vista de ese árbol, que se giraba despacio sobre sí mismo como si se desmereciera después de un largo sueño.

Cuando quedó frente a ella, pudo darse cuenta de que donde había visto un tronco había en realidad unas largas piernas de gigante, que subían hasta un torso cubierto de un extenso pelaje. Era tan grande que tuvo que girar su cuello con torpeza para mirarle a los ojos.

Se le cortó la respiración. Era él. No le habían mentido.

—Basajaun... —susurró, tratando de mantener la calma.

La criatura se agachó y el bosque entero tembló con sus movimientos. Sus enormes ojos examinaron a la chica de arriba abajo.

—¿Qué haces aquí? —Su voz era grave, y resonaba en la noche como si hablase dentro de una enorme cueva.

Ella no respondió. En su lugar, con las manos temblorosas descubrió el bulto que guardaba entre los brazos. Desprovisto de sus mantas, el bebé comenzó a llorar con más fuerza, con las mejillas sonrojadas por el esfuerzo, agitando sus puños cerrados.

El Basajaun arrugó su expresión.

—¿Es ella?

La mujer asintió, haciendo esfuerzos por tragar el nudo en su garganta mientras le tendía el bebé a la criatura. Entregar a ese bebé parecía un gesto sobrehumano, lo más doloroso y difícil de tolerar que hubiera hecho en su vida, pero cerró sus ojos unos instantes y se lo tendió, despacio.

Para su sorpresa, el gigante la detuvo con una de sus enormes manos.

—No deberías haberla traído. No puedo ayudarte.

Los ojos de ella, brillantes, lo miraron con estupefacción.

—Pe-pero me dijeron... Me dijeron que podías sacarla de aquí y llevarla al otro lado del portal. ¡Me dijeron que nos protegerías!

—El Basajaun protege el bosque —gruñó la criatura, y su largo pelaje se agitó cuando negó con la cabeza—. Tu hija es un peligro para la paz del valle. No puede estar aquí.

Se dispuso a levantarse de nuevo, pero ella puso una mano sobre sus garras.

—¡No! ¡Por favor! Ya es tarde para eso, nos han descubierto. Si no nos ayudas, la encontrarán, y se la llevarán a Él y entonces... —La voz se le cortó antes de acabar la frase. Volvió a mirarle—: Por favor.

La criatura pareció dudar unos instantes. El bebé no dejaba de llorar. Desde lejos, escucharon el largo aullido de un lobo y la chica clavó los ojos en el gigante. Era un sonido inconfundible que conocía demasiado bien, y signo inequívoco de que no había tiempo que perder. Esta vez no lo dudó. Un poderoso instinto de protección se adueñó de ella y la fiereza de su mirada le hizo saber al Basajaun que no estaba dispuesta a aceptar un «No» por respuesta. Que haría cualquier cosa que fuera necesaria, por muy temeraria y estúpida que fuera. Todavía sin parpadear, colocó con cuidado al bebé entre los enormes brazos del gigante. Envuelta en su pelaje, la niña parecía todavía más pequeña, apenas una bolita rosada en medio de una gran manta de pelo marrón.

—Tienes que llevártela de aquí —repitió, asintiendo con la cabeza, tratando de convencerse a sí misma tanto o más que al propio gigante. La decisión ya estaba tomada. Una decisión que arañaba en lo más profundo de su estómago y la rompía a pedazos, pero la única decisión que una madre podía tomar: proteger a su hija por encima de todo, aunque ello supusiera no volverla a ver jamás. Miró a la niña una última vez y besó su frente, disfrutando del olor de su cabecita y deseando conservarlo para siempre, para llevarla consigo allá donde fuera. La voz le tembló cuando volvió a hablar, comenzando a dar pasos hacia atrás—. Dásela a alguien que se la lleve lejos, donde no la encuentren nunca.

El Basajaun miró a la niña. Descubrió con sorpresa que su llanto había menguado, y parecía que el calor de su pelaje estaba haciendo que se adormeciera entre sus brazos. Esa visión desplomó algo en su interior, como si hubieran dado un simple golpecito a una fortaleza de piezas de dominó y de repente todo se viniera abajo. Había oído hablar tanto de esa niña que había olvidado lo que de repente se presentaba frente a él en un golpe de realidad: no era más que un bebé. Un bebé que cerraba los ojos y respiraba tranquilo, con su pecho subiendo y bajando acompasadamente y las manos sonrosadas.

Gruñó. Estaba convencido de que era una idea terrible. Si descubrían a la niña, el bosque jamás volvería a ser el mismo. Nadie podría imaginar lo que esa niña sería capaz de hacer, ni lo que pasaría si alguien intentaba utilizarla en su beneficio. Esa niña lo cambiaría todo, a un lado y al otro del portal. Sería el fin.

El Basajaun maldijo a los dioses. A todos y cada uno de ellos.

Pero asintió.

1

Teo

¿Todo lo que crees que sabes acerca de las brujas? Olvídalo.

En serio, probablemente todo lo que te hayan contado sea mentira. O bueno, casi todo. Algunas cosas son sorprendentemente ciertas, pero ya llegaremos a eso. Déjame adivinar. Probablemente crees que las brujas no existen, ¿verdad? Pues vas a llevarte una sorpresa: vaya que si existen. Lo que pasa es que dudo mucho que si has visto alguna haya decidido confiar en ti lo suficiente como para decírtelo. Es demasiado peligroso como para andar contándolo por ahí, no te ofendas.

Además, me apuesto lo que quieras a que sé cómo te las imaginas. Señoras muy viejas, decrepitas, haciendo pociones. ¿Los sombreros de pico? ¿Las escobas voladoras? ¿Las verrugas en la nariz? ¡Cuentos para niños! Pero no te culpo, yo también lo creía antes de... bueno, antes de descubrirlo todo. Para empezar, tienes que saber que los hay de todas las edades y que tienen una pinta bastante normal, así que dudo mucho que fueses capaz de identificarlos si coincidieran contigo en clase o en el recreo, por ejemplo. Y sí, también hay chicos entre ellos. Unos cuantos, en realidad. De hecho, resulta que yo soy un brujo. No quiero adelantarme, pero es importante que lo sepas.

Escucha, yo tampoco lo creía al principio, ¿vale? Cuando te sueltan una noticia como esa, tu vida entera da un vuelco y no hay marcha atrás. ¿Crees que no me gustaría retroceder en el tiempo y no haberme enterado nunca? Un día piensas que eres alguien normal, con las preocupaciones propias de un niño de diez años, y de repente resulta que sabes hacer magia y el mundo está en peligro y la ira de los dioses podría caer sobre nosotros y... vaya. Ahora sí creo que estoy yendo demasiado deprisa.

Discúlpame, me llamo Teo.

¿Qué puedo contarte sobre mí? Aparte de ser un brujo, soy un chico bastante normal: voy al colegio en Bayona, una ciudad del sur de Francia. Nos mudamos aquí por el trabajo de mi padre, cuando yo tenía tres años. Bayona no está mal, aunque

tampoco es que recuerde mucho de cuando vivíamos en España, claro. Era demasiado pequeño como para enterarme de nada, y ahora solo volvemos de vez en cuando, en verano y en Navidad.

¿Qué más...? Me gusta mucho la música y los videojuegos y soy malísimo con los números (va en serio, no es falsa modestia). Lo dicho, un chico normal. De esos que no llamarían tu atención en el colegio, solo alguien que se sienta en la penúltima fila para escuchar música con los auriculares escondidos en las mangas del jersey, fingiendo prestar atención en clase de matemáticas. De hecho, mi vida era de lo más aburrida hasta que... bueno, hasta que cambió todo.

Supongo que debería comenzar la historia por el principio. Todo empezó en casa de mi abuela Casilda. Para empezar, yo no debería haber estado en su casa ese verano. Si empezamos por ahí, comprenderás que todo es fruto de una increíble casualidad. Si no hubiera estado en Irurita, el pueblo de mi abuela, si no hubiera tenido que convivir allí con mis dos primas... nada de esto habría pasado. Nada. No habría tenido que aprender a hacer magia, ni mucho menos me habría tenido que enfrentar a monstruos ni criaturas cuya existencia desconocía hace apenas unos meses.

No, el plan inicial era mucho más tranquilo y consistía en pasar el verano en el mismo campamento de todos los años. Juegos en plena naturaleza con mis amigos de todos los veranos, cenar bocadillos en la hoguera al anochecer, yincanas, historias de miedo en las tiendas de campaña... No podía pedir más.

Esos campamentos me gustaban tanto que seguro que puedes imaginar mi decepción cuando mis padres me anunciaron que este año lo cancelaban por las inundaciones que habían provocado unas lluvias demasiado intensas. Todo mi plan se iba al traste, aunque no podía imaginar hasta qué punto. Al principio, creí que eso supondría pasar las vacaciones en Francia, pero mi familia tenía un plan mejor para mí: los tres primos pasaríamos el mes de julio entero en casa de nuestra abuela Casilda.

¡Mira tú qué bien! Los cuatro, juntos y revueltos. Sobre todo, teniendo en cuenta que nunca antes habíamos pasado más de dos horas juntos; no si podíamos evitarlo. Solo algún día contado en Navidad, y os aseguro que para mí había sido más que suficiente.

Digamos que mi prima Emma es... bastante diferente a mí. Sé que somos primos, pero te aseguro que nadie lo diría al conocernos por primera vez. Ya físicamente, somos como el agua y el aceite: Emma es alta, fuerte, corpulenta y tiene el pelo de color castaño muy oscuro, tanto que a veces parece negro, mientras que yo... bueno, vamos a dejarlo en que soy rubio, ¿de acuerdo? Y sí, podría admitir que ella es más fuerte, aunque es cierto que tiene doce años —dos más que yo—, lo que supongo que también tendrá algo que ver. Pero la cuestión es que no compartimos ningún tipo de parecido que dé a entender que pertenecemos a la misma familia, y de su carácter

mejor ni hablamos. Es imposible, te lo prometo. Solo pensar en ella me provoca escalofríos.

Claro que hasta ahora nunca me había importado demasiado. A fin de cuentas, apenas nos veíamos, porque, al igual que mis padres, los suyos se mudaron por trabajo cuando era muy pequeña y vive en una ciudad de nombre impronunciable en algún lugar de Alemania.

Bueno, ¿he dicho los tres primos? Ah, sí, se me olvidaba mencionar a Ada. Es nuestra prima de ocho años. ¿Qué te puedo decir de ella, aparte de que es una enana? Enana y... un poco bicho raro. No sabría explicarte por qué, ¿vale? Tendrías que verla por ti mismo para entenderlo. De todas formas, también vivía lejos de nosotros dos. Mis tíos la adoptaron justo antes de irse a vivir a Madrid. Yo evidentemente no me acuerdo de eso, porque tendría... ¿tres años?, así que no había tenido más contacto con ella del que había tenido con Emma. Os podéis imaginar que con ella en Madrid, Emma en Alemania y yo en Francia no nos veíamos mucho. Vamos, que hasta ahora ni el carácter de Emma ni mi prima pequeña me habían supuesto ningún problema.

Insisto: hasta ahora.

—Cuidad bien de Ada, ¿eh? —nos había repetido mi madre hasta la saciedad a Emma y a mí, despidiéndose de nosotros en la entrada de Irurita. Los dos pusimos los ojos en blanco, y probablemente fuera la primera vez que nos poníamos de acuerdo en algo: no teníamos ningunas ganas de pasar el verano haciendo de niñera.

Además, no parecía ser necesario en absoluto. Si conocieras a la Amona, no te atreverías a llevarle la contraria ni a desobedecer ninguna de sus normas. Perdona, ¿la he llamado Amona? Es la costumbre. En el valle utilizan esta palabra, en euskera, para llamar a las abuelas, así que de este modo es como habíamos llamado siempre a la abuela Casilda.

Pero por favor, no te la imagines como una abuelita entrañable que hornea galletas y te lee cuentos para dormir. No es para nada así, en absoluto. Nuestra Amona es seria, muy rara y silenciosa. En realidad, la única manera de saber dónde está es prestando atención al sonido de sus pantuflas arrastrarse por el suelo por los pasillos.

Mi padre solía decirme que no se lo tuviéramos en cuenta, que era por el carácter del valle. Solía decirme que la personalidad de sus gentes era como una buena hogaza de pan: una corteza dura y un interior blandito. «¿Tú sabes lo que es sobrevivir aquí los inviernos, hijo? —me decía—, ¡esta gente es dura a la fuerza! Por eso a lo mejor ves a la Amona algo más reservada, pero eso es solo la corteza. Las migas son lo bueno, Teo, ya lo verás, pero hay que darles tiempo».

¿Pero sabes lo que pienso? Pienso que su personalidad no tenía nada que ver con el carácter del Baztán, ni con el frío, ni con haberse tenido que sacar las castañas del fuego desde pequeña, ni con nada por el estilo. Simplemente, creo que nunca le han gustado los nietos. ¿Sabes ese tipo de abuela que te manda postales para que vayas a

visitarla por Navidad y te soborna con dulces y un montón de regalos? ¿Esa que te llama por teléfono para preguntarte si prefieres que cuando llegues te haga tortilla de patatas o te fría unas croquetas? ¡Has fallado! No es mi abuela.

Al contrario, nunca había mostrado la más mínima intención de que pasásemos tiempo juntos, y me daba la sensación de que eso de convivir el verano los cuatro le hacía la misma ilusión que a cualquiera de nosotros.

¿Y sabes qué? Se le notaba un montón.

Pero a ver. Que yo te estaba hablando de brujas, ¿no? Lo sé, no me olvido. Es que es importante que entiendas bien la situación en la que estábamos. Solo así comprenderás la sorpresa que me llevé el día que comenzó todo. El día en que la Amona bajó la guardia por primera vez y nos contó un cuento muy extraño.

Aquel día había empezado como todos los demás de ese verano. Exactamente igual. Irurita es un pueblo pequeño, en medio del valle del Baztán, en el norte de Navarra. Es un sitio muy verde, rodeado de bosques, con casitas blancas con flores en los balcones y una iglesia con un reloj en la cúpula. No sé, un sitio muy tranquilo, con bastante niebla y frío, un pueblo típico del valle con su plaza, y su frontón, y parece que nunca pasa nada, aunque la abuela siempre encontraba un millón de cosas que hacer. Cada día se levantaba al punto de la mañana, se vestía y se marchaba al huerto y nosotros remoloneábamos un poco más, pero no mucho, hasta que nos llamaba golpeando los cacharros para avisarnos de que el desayuno ya estaba listo. Era molesto, como te podrás imaginar, pero normalmente para entonces a mí ya me habían despertado los gallos, o los mil millones de cencerros de ovejas que había por el pueblo.

No sé; no es lo que yo entendía por vacaciones.

Es cierto que después de eso normalmente hacíamos lo que queríamos. Emma y Ada solían coger la bicicleta y se iban a dar un baño al río, y yo me iba al frontón a jugar con los chicos del pueblo, así que era un momento en el que podía disfrutar de la tranquilidad y hacer deporte sin tener que aguantar a mis primas.

Pero es que ese día, además, el día que os digo que empezó todo, la Amona nos avisó de que nos tocaba trabajar. Sí, como lo oyes. Un vecino se había marchado a Pamplona a comprar Dios-sabe-qué y mi abuela se había ofrecido a cuidarle las ovejas. ¿Se había ofrecido? No me he explicado bien: nos había incluido a nosotros tres como voluntarios. Emma estuvo gruñendo durante todo el desayuno. Y yo, si no hubiera tenido tanto sueño y tan pocas ganas de darle la razón en algo, me habría unido a ella.

Pero, por los miles de arrugas que se formaron en la frente de la abuela, no parecía que tuviésemos otra opción. Íbamos a ir a ayudar con las ovejas y no había más que hablar. Para cuando me di cuenta, nos estábamos preparando un bocadillo y poniéndonos en camino.

Pasamos toda la tarde fuera. Al principio, la Amona intentó enseñarnos a ordeñar a las ovejas (deberías haber visto a Emma intentarlo, enfurruñada y exasperada porque no conseguía ningún resultado) y se empeñó en explicarnos cómo se hace el queso y contarnos cómo era el pueblo hace unos años, cuando ella era pequeña y tenía obligaciones y «responsabilidades de verdad». Eso no podía faltar, claro. Le encantaba recordarnos que los niños de nuestra época no sabíamos lo que era el esfuerzo.

Si te digo la verdad, ninguno de nosotros le hacíamos demasiado caso, y a veces me daba la sensación de que se daba cuenta.

Después, llevamos a las ovejas a los prados para que pudieran pastar, y caminamos hasta que la Amona decidió que podíamos descansar un rato para comernos el bocadillo. Yo no lo dudé un segundo: me tumbé en la hierba, me puse los cascos y me dediqué a escuchar música. Eso era todo lo que necesitaba. Observé el cielo, mientras me dejaba llevar por la música. Estaba comenzando a nublarse y las nubes se movían rápidamente, formando figuras grises. Giré la cabeza, tratando de decidir si una de ellas era un ciervo, un oso, o la cara de Emma nada más despertarse.

Un golpe me sacó de mi ensoñación. Mi abuela estaba a mi lado, mirándome desde arriba intentando decirme algo. Me quité el auricular.

—¿Has visto a Ada? —repitió.

Me incorporé un poco y miré a mi alrededor. No la veía. Estábamos en medio de la nada, rodeados de pastos y ovejas, y no había ni rastro de mi prima pequeña. Me encogí de hombros.

—¡Esta niña...! —exclamó, poniendo los brazos en jarra.

—No ha podido ir muy lejos —dije, pero sin mucho convencimiento. Era muy típico en ella, lo de desaparecer de repente porque se había dejado llevar por la curiosidad, porque había encontrado un búho o una rana con una pinta muy extraña o porque había decidido descubrir cuánto tiempo podía aguantar colgada de la rama de un árbol. Todo era posible. Con Ada, a mi abuela se le salía el corazón por la boca cada diez minutos.

—¡¡Ada!! ¡Ada!!!

Un poco alejada de nosotros, Emma daba patadas a las piedras que encontraba a su paso, y al escuchar a la abuela, alzó la cabeza.

—¿Ya se ha perdido otra vez? —dijo.

Antes de que pudiera contestarle, el cielo rugió en un imponente trueno que nos pilló a todos por sorpresa. La Amona miró hacia arriba y la expresión de su cara se petrificó. Cuando lo hice yo, lo entendí de inmediato. ¿Cómo era posible? Tan solo hacía unos minutos que había mirado al cielo y había un par de nubarrones, y en cambio ahora estaba totalmente cubierto por un manto de nubes negras. No recordaba haber visto el cielo tan negro en mi vida, ni mucho menos verlo cambiar tan deprisa.

Hasta el aire olía diferente, era como si de repente hubiera cambiado algo y el cielo se fuera a partir en dos.

—No puede ser... —La Amona seguía mirando las nubes, inquieta, con un gesto de preocupación en su rostro que no le había visto nunca hasta ahora. De acuerdo, que te pillara una tormenta en medio de la nada era peligroso, pero... ¿no estaba exagerando un poco?

Emma llegó hasta nosotros.

—¿Está lloviendo? —dijo.

Creo que el chaparrón que nos cayó justo después le sirvió de respuesta.

—Ada —dijo la Amona, cogiéndome el brazo con fuerza—. Voy a buscar a Ada. ¡Vigilad a las ovejas!

Vale, imagínate estar en medio de un prado, sin ningún sitio donde cubrirte, debajo de lo que podría ser la mayor tormenta del siglo. Ahora imagínate intentar que un montón de ovejas revolucionadas te obedezcan y no se escapen correteando por el monte.

La Amona se anudó la chaqueta en la cabeza para cubrirse el pelo y empezó a caminar deprisa hacia el bosque, gritando el nombre de mi prima cada vez más alto.

—¡¡Aaaaaa!!

—La va a matar cuando la encuentre —dije, persiguiendo a un cordero que había decidido que las tormentas no le gustaban nada.

—¡¡¡Aaaaaa!!! —Cada vez sonaba más lejos, conforme se alejaba hacia el bosque.

En cambio, la voz de Ada me sorprendió a mi lado.

—¡Perdón! Ya estoy aquí —dijo, alegremente—. ¿Me he perdido algo?

La miré incrédulo. Estaba empapada de agua y de barro, con la sonrisa satisfecha de un gato con un cuenco de leche entre las zarpas. ¡Estaba tan contenta! ¿Dónde narices se había metido?

—¡Amona! ¡Está aquí! —grité. Cuando me escuchó, se giró hacia nosotros y el alivio al vernos a los tres juntos le hizo doblarse sobre sí misma, sujetándose el costado. Os juro que pensé que vendría hacia ella como una furia y le arrearía un buen manotazo, pero todo lo que hizo fue apretarla contra su cuerpo, mirando al cielo con los ojos cerrados y murmurando algo parecido a un *aydiosmíomenosmal*.

—¿Qué demonios estabas haciendo?

—Creía que había visto un perro.

Algo de lo que dijo hizo que los ojos de mi abuela se oscureciesen. Le agarró la barbilla y la miró fijamente, con un destello de algo parecido al miedo en su expresión.

—Un perro —repitió—. ¿Estás segura de que era un perro?

Mi prima se encogió de hombros, y juraría que la Amona tragó saliva, mirando hacia el bosque. Yo no podía entender que perdiéramos el tiempo con esto mientras

no dejaba de llover cada vez más fuerte. ¿Es que íbamos a quedarnos aquí, como si nada?

—Podría haber sido un lobo —murmuró la Amona, y acto seguido se separó de ella, recuperando su viejo carácter y su ceño fruncido de un plumazo—. Que sea la última vez que te vas sin avisar.

Ada asintió, pero sus ojos eran como dos ventanas abiertas y no hacía falta ser muy listo para darte cuenta de que estaba cruzando algún dedo detrás de la espalda.

—Venga, vámonos —zanjó mi abuela—. Os vais a quedar helados. Ayudadme con las ovejas, volvemos a casa.

Obedecimos de inmediato, aunque tampoco es que tuviéramos demasiadas opciones. Por supuesto, Emma comenzó a ponerse muy en modo Emma, cogiendo el control de la situación y diciéndonos a todo el mundo lo que teníamos que hacer, corriendo de aquí para allá y moviendo mucho los brazos. Y entonces, empezó a tirar de una oveja que la desobedecía, caminando hacia detrás para intentar que se moviese en la dirección correcta... hasta que se cayó redonda. Su culo impactó directo en el barro.

La visión fue demasiado para mí. Traté de evitarlo (de acuerdo, tal vez no tanto), pero exploté en una carcajada. Emma trataba de limpiarse, y verla así, roja de rabia, solo hacía que me riese con más fuerza. Tuve que respirar hondo para conseguir respirar y, cuando intenté recuperar el aliento, una bola de barro me impactó directamente en la cabeza. Miré a Emma con los ojos como platos y la mandíbula desencajada. Su sonrisa socarrona la delató.

—¡Te vas a enterar! —grité, sin pensármelo dos veces.

Y se lo devolví, claro, escuchando de fondo las carcajadas de Ada y los chillidos de la Amona. No sé cuántas bolas hubo entre medias, pero sí sé que Ada acabó metiéndose en la pelea, que la Amona también se llevó algún bolazo por error (puede que por mi culpa) y que, contra todo pronóstico, al final conseguimos llegar al caserío del vecino, totalmente empapados y llenos de barro por todas partes.

Con cuidado, devolvimos las ovejas de vuelta a su establo y nosotros cuatro nos quedamos en el pórtico de la entrada, esperando a que amainase la tormenta. No había visto diluviar así en mi vida.

Estuvimos ahí un buen rato, tiritando. El costado todavía me dolía de tanto reírme. La Amona se frotaba los brazos y Emma y yo saltábamos sin movernos del sitio tratando de entrar en calor. Frente a nosotros, el agua caía como una sábana y Ada la observaba desde el límite de nuestro refugio, con el brazo extendido hacia el exterior para sentir las gotas en la palma de la mano.

Un relámpago partió el cielo en dos, inmediatamente seguido de un trueno que me provocó un respingo. Emma también se cobijó en el pórtico, sobresaltada. En cambio, para cuando me di cuenta, Ada se estaba introduciendo despacio debajo del agua, con los ojos cerrados y una sonrisa de oreja a oreja, como si estuviese entrando en su parque de atracciones favorito y los rayos solo formasen parte de un

espectáculo de luces. Parecía verdaderamente feliz, como a punto de echarse a bailar, o de gritar, yo qué sé.

Vale, ¿recuerdas lo que te he dicho de que era un bicho raro? Me refería a este tipo de cosas.

A la Amona le faltó tiempo para tirar de ella y traerla de vuelta al pórtico.

—Vale ya. Te va a dar un pasmo —la riñó.

Pero Ada seguía con los ojos clavados en la tormenta, fascinada, como si asistiera a un espectáculo de fuegos artificiales.

—¿Crees que parará? —preguntó.

—Más vale —respondió nuestra abuela—. Tenemos que volver a casa antes de que sea de noche.

—¿Qué más da? No estamos tan lejos de casa, ¿no? —dijo Ada—. Podríamos quedarnos aquí. O jugar a algo, o contar historias de miedo, o...

—No se sale de noche por el valle, te lo he dicho mil veces —contestó.

Ada dejó caer su cabeza hacia detrás en señal de derrota. ¿Hace falta que os diga que es la niña más cabezota que he conocido nunca? Si quiere algo, no se detiene hasta salirse con la suya, eso os lo aseguro.

—Pues vaya rollo —murmuró entre dientes.

La lluvia empezó a caer cada vez más fina, cada vez más intermitente.

Mi abuela asomó su cabeza desde el pórtico. Atardecía. A lo alto del cielo, todavía oscuro y sin estrellas, la luna llena comenzaba a brillar, cubierta por un manto de nubes.

—La noche es para los de la noche —dijo, e inmediatamente después nos miró alzando su ceja izquierda con una sonrisa. Sabía que había conseguido captar nuestra atención. Después guardó silencio y siguió apoyada en el marco del pórtico, mirando el cielo—. Me parece que este es un buen momento para que volvamos a casa.

La seguimos de vuelta, muertos de frío.

Cuando llegamos, encendió la chimenea y nos sacó una pila de toallas. Mientras terminábamos de secarnos y cambiarnos de ropa, la Amona comenzó a preparar la cena, y yo me senté junto al fuego, calentándome las manos mientras me rugía el estómago. Ada, en cambio, estaba en el sofá con la mirada perdida, muy seria, frotándose el pelo con la toalla.

Algo le rondaba la cabeza.

—Eso que has dicho antes —dijo, al rato—. Eso de que la noche es para los de la noche.

La Amona estaba concentrada en su guiso. Hizo girar la cuchara un par de veces dentro de la cazuela y se la llevó a los labios para probarla.

—Es una leyenda del valle —murmuró, como si nada—. ¿No os la he contado nunca?

—No —respondió Ada sin ocultar su impaciencia—. Cuéntanosla.

Mi abuela apagó el fuego y, cubriendo sus manos con un par de trapos de cocina, llevó la olla al centro de la mesa. Los tres nos apresuramos a sentarnos alrededor. Os prometo que tenía tanta hambre que habrían podido contarme el argumento de la mejor película de acción, que no habría escuchado ni una sola palabra. No hasta que hube tomado al menos cuatro o cinco cucharadas. En cambio, Ada no probaba bocado y seguía con la vista fija en la Amona, esperando una continuación.

Sonrió y se aclaró la garganta.

—Hubo un tiempo —comenzó a narrar— en que las criaturas del día y de la noche coexistían y podían vivir en armonía. Un tiempo, hace muchos, muchísimos años, en que los dioses de este valle convivían en hermandad.

—Los dioses, claro —repitió Emma, aguantándose la risa.

Pero la Amona ni se inmutó.

—La más importante era Mari, madre de todos, diosa de la Tierra y de todo aquello que tiene vida. Mari reinaba en el valle y velaba por cada una de sus criaturas: lamias, duendes, humanos, gentiles... todas ellas vivían en comunión con la naturaleza. Pero Gaueko, dios de las Tinieblas, atemorizaba a los humanos por diversión. Su séquito de lobos campaba a sus anchas entre la oscuridad y el resto de las criaturas se morían de miedo.

La que tendría miedo esa noche sería Ada. Seguro. Iba a estar inaguantable.

Era la primera vez que la Amona nos contaba una historia así. Se llevó una cucharada a la boca, se limpió las comisuras con la servilleta y siguió:

—Por eso, los humanos suplicaron a Mari que les protegiese. Ella les escuchó y decidió engendrar a una hija —continuó y señaló a la ventana, donde la esfera blanca brillaba con fuerza—: la Luna. Su luz estaba destinada a proteger a los habitantes del valle y a guiarles por los caminos sin temor a Gaueko. Pero no fue suficiente, así que lo intentó de nuevo y dio a luz a una segunda hija, el Sol. Aquella vez fue diferente. Su luz era tan potente que hacía desaparecer las tinieblas y dejaba a Gaueko sin ningún poder hasta el anochecer, cuando el Sol se iba a descansar. Solo entonces recuperaba su influencia, aunque siempre bajo la vigilancia de la Luna.

La Amona nos miró a los tres. Su rostro fue volviéndose más serio y sus ojos se oscurecieron, si es que eso era posible.

—Aquello fue un insulto para Gaueko, por supuesto —continuó—, pero no tuvo más remedio que tolerarlo.

—¿Por qué? —intervino Ada.

—Nadie puede desafiar a Mari. Nadie tiene el poder para hacerlo, ni siquiera él. Pero estaba dolido en lo más profundo de su orgullo, y por eso impuso una norma que nadie debía saltarse: dado que él no podía acercarse a los humanos durante el día, estos debían temer también a la noche. Por eso, ningún humano abandonaría su casa tras la puesta del sol o, de lo contrario, se enfrentaría a su ira.

Mi estómago todavía no estaba lleno, pero algo en la manera en que nuestra abuela nos contaba la historia me había cortado el apetito. Decidí no hacerme caso, y me obligué a apurar el resto de mi plato mientras Emma y Ada seguían hipnotizadas.

Nuestra abuela se inclinó hacia la mesa para concluir su narración:

—De ahí el dicho que os he repetido tantas veces. Las palabras son de Gaeko. — Hizo una breve pausa—: El día para los del día. La noche para los de la noche.

Ahora que lo pienso, ¿por qué no escucharía más a la Amona?

Debería haber prestado más atención a aquella historia, debería haberle hecho preguntas. ¿Qué pasó después? ¿Por qué Gaeko no quiere que nos adentremos en la noche? ¿Qué ocurre si nos enfrentamos a su ira?

Tal vez así habría podido prepararme para todo lo que estaba por llegar.

2

Emma

¡Emma, espérame!

Ada gritaba bastante detrás de mí en la carretera. Derrapé con fastidio. Ya empezábamos otra vez. Ya era el tercer día seguido que se empeñaba en acompañarme en mi paseo en bicicleta y, como siempre, se cansaba a medio camino.

En Alemania, donde vivía con mis padres la mayoría del tiempo, hacía mucho deporte. Durante todo el año, en realidad, pero mi momento favorito era el invierno. Cada diciembre, mis padres y yo íbamos a esquiar o a montar en trineo. Eso era lo que verdaderamente me gustaba: las montañas llenas de nieve, la velocidad y el viento frío arañándome la cara al bajar una pendiente. ¡Pura adrenalina! Lejos de todos y todas. Solo yo y la montaña.

No me malentendáis, pero es que... ¿lo de hacer amigos?, ¿las fiestas de chicas y jugar a peinarse y todo eso? No es mi fuerte. No es que me importe, pero no se me da demasiado bien, así que lo evito. Me resulta más fácil coger un balón, hacer deporte, sentir la naturaleza y olvidarme de los demás. Mucho más fácil que intentar encajar, en cualquier caso. La gente a veces es complicada y... yo qué sé.

Dejémoslo en que si eres una chica y te gusta mucho el fútbol, llamas la atención. Y a nadie le gusta llamar la atención en el colegio, créeme. Sobre todo si Helga, la chica más popular de clase, la toma contigo y empieza a llamarte todas esas cosas. No me gusta recordarlas, así que perdóname si no te las cuento.

La cuestión es, ¿de qué me servía ser tan buena en los deportes?, ¿ser tan fuerte, y todas esas notas altas en educación física? Menudo punto fuerte, ¿eh? Mis padres me decían que tenía que estar orgullosa porque era una habilidad importante y que me hacía distinta, pero ¿quieres saber la verdad?: ojalá no me hiciera distinta. Habría preferido ser normal. Ser más torpe y a cambio reírme de las mismas bromas que ellas, ser una más. Tal vez así Helga no hubiera decidido ponerme en el punto de mira y yo tendría una vida más tranquila en el colegio.

Pero no te quiero aburrir con eso, no es lo importante. La cuestión es que me gusta el deporte, ¿vale? Me gusta mucho. Así que entenderás que estuviera enfadada por cómo estaban saliendo las cosas ese verano. Yo pensaba aprovechar las

vacaciones para hacer excursiones con mis padres, para desconectar de todos... ¡y de repente me veía aquí, obligada a convivir con mis primos en medio de un pueblo enano del valle del Baztán! ¡Si llevaba solo dos semanas y ya me lo conocía de memoria!

Lo único que me consolaba era el momento de coger la bici. No era lo mismo, pero era mi momento, como una especie de ritual que me pertenecía solo a mí, al igual que hacía en Alemania cuando acababan las clases. Ahora en el pueblo, lo hacía siempre que podía. Cogía la bici y primero llegaba a Elizondo, el pueblo más grande e importante de la zona, y desde allí me gustaba seguir el camino del río hasta que sentía que se me agarrotaban las piernas. Después, dejaba la bicicleta a un lado, me tiraba en la hierba y recuperaba el aliento sintiéndome satisfecha.

Me ayudaba a despejarme y pensar con claridad. Mejor dicho: me ayudaba a desconectar de Teo y sus quejas constantes. «Deja de jugar con la pelota, Emma». «¿Qué hace toda tu ropa hecha una bola en mi cuarto, Emma?». «Necesito espacio vital, Emma». «No juegues con mi reproductor de música, Emma». ¡Era mucho peor que la Amona! ¡De lejos! Era como si un anciano cascarrabias y aburrido se hubiera apropiado del cuerpo de un niño de diez años y hubiera decidido torturarme todo el verano.

Además, por supuesto, Teo había decidido que el papel de niñera me tocaba a mí, así que mientras él se quedaba por el pueblo a su aire o jugaba en el frontón, a mí me tocaba quedarme con Ada, que se pegaba a mí y me seguía como un perrito, montaña arriba y montaña abajo.

He de reconocer que, para lo flacucha que era, le ponía bastante empeño.

—¡Espérame! —me repitió. Se había bajado de la bicicleta y la llevaba en la mano, sujetándose el costado—. ¡Vas... muy... deprisa!

Entre cada palabra, tomaba una bocanada de aire.

Miré a mi alrededor. Acabábamos de dejar atrás el pueblo Elbete. Todavía nos quedaba un buen trecho para llegar a mi zona favorita del río.

—¿Por qué te empeñas en seguirme entonces?

Lo reconozco: aquel día no fui la Prima del Año. Ya te he dicho que lo de tratar con la gente no es mi fuerte. Pero en mi defensa diré que no solo era el tercer día que me frustraba los planes de estar tranquila en el río, sino que además la noche anterior se había subido a mi cama, me había despertado y había estado hablando de tonterías durante horas.

—¿Cómo te imaginas a Gaeko? —me había dicho, asomando su cabecita envuelta en mantas.

—¿Quién?

—Gaeko. El dios de las Tinieblas.

—¿Estás hablando del cuento de la Amona?

—Yo me lo imagino con capucha. ¡No! Como con una corona de tinieblas, o algo. Aunque tampoco sé cómo son las tinieblas. ¿Son grises?

—Ada, duérmete.

—A lo mejor tiene cara de lobo.

—A lo mejor se enfada si no te duermes. Piénsalo.

A decir verdad, habría esperado que se hubiera muerto de miedo, pero parecía que aquella historia era lo más interesante que le habían contado nunca, y la tuvo inquieta y con los ojos como platos toda la noche. ¿De verdad creería en esos cuentos?

Vale, yo debería haber ejercido de prima mayor. Seguirle un poco el rollo. O tranquilizarla y tratar de explicarle que la Amona Casilda es muy mayor y que las leyendas del pueblo son solo eso: leyendas. O tener más paciencia con ella en mis viajes en bicicleta. De haber sabido las consecuencias de mis actos, te prometo que habría tenido mucho más cuidado.

Pero ya te digo que no era mi mejor día; si hay algo que no soporto es que no me dejen dormir.

—Ada —dije, bajándome de la bicicleta. Era el fin de mi paciencia. Lo notaba subiéndome por mi estómago—. Si no puedes seguirme el ritmo, no vengas.

—¿Pero y entonces qué hago? ¡La Amona no me deja salir sola!

Ahí estaba. Ya era demasiado tarde. Lo dije incluso sabiendo que no era buena idea.

—Dejar de seguirme a todas partes como una niña pequeña.

Noté una punzada de arrepentimiento cuando vi su expresión dolida, pero la soporté sin moverme. Ella se dio la vuelta, cogió su bicicleta y se fue.

No la volví a ver hasta la hora de cenar, y se esforzó en hacerme saber que estaba molesta. No me habló en todo el rato. Masticaba en silencio y con la vista fija en el plato. Y eso, teniendo en cuenta que es Ada de quien estamos hablando —la misma Ada que es capaz de mantener una conversación de tres horas en la cama aunque no le contestes—, es bastante impresionante.

Al terminar de cenar, cuando subíamos las escaleras de madera que conducían a nuestras habitaciones, Teo me pegó un codazo.

—¿Se puede saber qué le has hecho? —me dijo.

—¿Qué le he hecho? Para ti es muy fácil decirlo. Soy yo la que tiene que aguantarla todo el día mientras tú estás por aquí a tu bola.

—¿Qué le has dicho?

—Que me deje en paz.

Teo puso los ojos en blanco.

—¡Oye! No me mires así —me defendí—. Es una pesada. Tendrá que salir a hacer amigos de su edad, ¿no? Hay un montón en el pueblo.

—Claro, porque tú tienes un montón también —se rio—, ¡pero si sois tal para cual! Parecéis gemelas.

—Gemelas —me burlé, resoplando—. Si ni siquiera es mi prima.

Según dije esas palabras, me arrepentí de inmediato. Teo se había quedado lívido.

Al girarme hacia abajo, me di cuenta de que Ada estaba al pie de la escalera, escuchándonos con los brazos cruzados.

¿Qué te decía? La Prima del Año.

Ni siquiera tuve opción de decir nada, porque Ada, con los mofletes enrojeciendo de furia, empezó a subir las escaleras de camino al cuarto. Traté de cortarle el paso antes de que pasara, pero se liberó de mí de un manotazo.

—¡Déjame!

Terminó de subir corriendo los peldaños hasta la habitación y pegó un portazo que hizo temblar toda la casa. No tardó en asomar la cabeza mi abuela, sobresaltada por el golpe.

—¿Pero qué son esos ruidos?

Decidí que era mejor no contestar. En su lugar, chasqué la lengua.

No quería decir eso, ¡claro que no quería decir eso! Ni siquiera lo pensaba. Simplemente, estaba cabreada por tener que encargarme de ella todos los días, y que Teo escurriese el bulto diciéndome que no tenía amigas me había provocado una punzada de dolor que no me esperaba. Por mi experiencia en el colegio, estaba más que preparada a reaccionar con rapidez ante los comentarios hirientes, y me había acostumbrado a zanjarlo con un contraataque, una frase vergonzosa y lo suficientemente cruel como para que no volvieran a molestarme.

Supongo que por eso reaccioné como lo hice.

Claro que, de haber sabido que Ada estaba escuchando, yo jamás habría dicho algo así. Nunca habíamos hablado de su adopción, ni del hecho de que no tuviera ni idea de quiénes son sus padres biológicos, es verdad. Pero también es cierto que es algo que hemos sabido desde pequeños, igual que sabes que el cielo es azul o que la Amona es una abuela cascarrabias. ¡Yo qué sé! Era nuestra prima y ya está, aunque técnicamente mi tía no fuera quien la dio a luz. No era para tanto, y hasta que no vi la rabia en los ojos de Ada, no pensé que pudiera ser tan importante para ella.

En cualquier caso, la cuestión es que toda esta situación podría haberse quedado en nada. Si Ada no hubiese sido tan pesada, o si Teo hubiese hecho algo más que criticarme, todo esto se habría quedado en una tierna anécdota de primos que se pelean en la casa de su abuela.

Pero la normalidad no es lo nuestro. Ya te irás dando cuenta.

La cuestión es que esa noche tampoco pude dormir. Guárdame el secreto, ¿vale? Si Teo se enterase me diría que soy una blanda y eso arruinaría mi reputación. Pero es que daba vueltas y vueltas en mi cama con la mirada dolida de Ada al pie de la escalera clavándose en mi retina y yo qué sé. Al final, me rendí. Refunfuñé mientras me liberaba de las sábanas y, a tientas en la oscuridad, me acerqué a la cama de Ada.

—Eh —susurré, sentándome en el suelo—. Oye. Que igual... yo qué sé.

¿Que lo siento? Seré blanda, pero tengo mis límites.

—Que puedes venir en bici conmigo mañana —dije, y me pareció suficiente.

Sí, elegante pero digno. Esperé unos segundos, satisfecha, confiando en que en cualquier momento Ada saltaría a mis brazos de la emoción y tendría que zafarme y pedirle que contuviera su entusiasmo.

Pero no pasó nada. No se movió ni dijo nada.

No me lo podía creer. ¡Se estaba haciendo la orgullosa! Encima de que estaba dando mi brazo a torcer.

—Oye, Ada, podrías decir algo. —Me incorporé para tocarle el brazo, pero en su lugar di con la cama vacía—. ¿Ada?

No estaba.

Ay, Dios.

En cuestión de segundos, palpé todo el colchón, miré debajo de la cama, debajo de la mía y hasta dentro del armario. No estaba por ninguna parte. Creo que en el fondo sabía la respuesta, pero no quería mirar. Finalmente lo hice: al otro lado de la ventana vi moverse una figura pequeña con una linterna, alejándose de nuestra casa.

«La voy a matar».

Reculé.

«La Amona nos va a matar».

Y a ver cómo le explicaba que había sido yo la que le había pedido a Ada que nos dejase en paz.

Sin pensarlo dos veces, me puse una sudadera y mis pantalones vaqueros, cogí mis zapatillas de deporte en la mano y corrí por el pasillo hasta la habitación de Teo. No le di tiempo a asimilarlo.

—Despierta. Nos vamos.

—¿Q-qué...? ¿Qué dices? —Mientras se frotaba los ojos, le tiré sobre la cama un jersey y los primeros pantalones que pillé a mano—. ¿Cómo que nos vamos? ¿Dónde?

—Ada se ha ido.

Se incorporó de un salto.

—¿Adónde?

—No lo sé. ¿Al bosque? No lo sé.

—¡¿QUÉ?!

Le tapé la boca con mis dos manos. Siempre había sospechado que este chico tenía la cabeza hueca, pero seguía sorprendiéndome cada día.

—Vas a despertar a la Amona —susurré.

—Es que deberíamos despertar a la Amona.

—Claro. Y después hacemos todos juntos una fiesta de pijamas.

Me fulminó con la mirada, pero comenzó a vestirse.

Bajamos las escaleras intentando no hacer ruido, y todavía no sé cómo lo conseguimos, pero salimos de casa sin despertarla.

—Nos va a castigar —dijo Teo mientras nos poníamos las zapatillas. En la oscuridad, yo miraba a mi alrededor tratando de encontrar algún destello de la luz de la linterna que había visto desde mi habitación—. Nos va a castigar tantísimo. Va a ser un castigo épico. Se cantarán canciones sobre nuestro castigo.

—Teo, concéntrate. ¿Ves alguna luz? Lleva una linterna, lo he visto.

Comenzamos a andar por la carretera principal. Ni siquiera sabía si íbamos en la dirección correcta, pero no se me ocurría qué más podíamos hacer. Sentía mi corazón retumbando en el pecho.

—Todo esto es culpa tuya —dijo, después de un rato.

Me paré en seco.

—¿*Mi* culpa?

—Sí, tu culpa.

—Claro, porque tú lo haces todo bien, ¿no? Si no te largases todas las tardes y le hicieras un poco de caso, ni siquiera habríamos discutido.

Me fulminó con la mirada.

—Si *tú* no le hubieras dicho que no es nuestra prima, ahora mismo estaríamos todos durmiendo tan tranquilos.

Touchée.

Me mordí la lengua, porque sabía que nada de lo que pudiera decir eliminaba el hecho de que, efectivamente, había metido la pata hasta el fondo. Respiré profundamente.

—Escucha —dije—. Lo sé, ¿vale? Pero hasta donde tengo entendido, le estoy poniendo solución. Así que si colaboras, la encontramos, la llevamos de vuelta a casa, la Amona no se entera de nada y todos contentos.

—¡Allí!

Teo señalaba un camino empedrado que se salía de la carretera y se adentraba en el bosque. «Maldita seas, Ada, ¿en serio? ¿Otra vez de excursión al bosque?, ¿en medio de la noche?». Yo también vi la luz de la linterna, justo antes de apagarse del todo. Echamos a correr en esa dirección hasta llegar a un claro. Entre los árboles, se erguía un viejo pozo de piedra, envuelto entre hiedras. Lo había visto más veces, aunque siempre durante el día. Según la Amona, nadie lo utilizaba ya, desde hacía muchos años. Miré a mi alrededor, pero Ada no parecía estar por ninguna parte.

Teo asomó su cabeza por el pozo.

—Emma...

Oh, no.

—Emma, tienes que ver esto... creo que... creo que Ada...

Sentí que mi corazón dejaba de latir de golpe. Me abalancé sobre el pozo, agarrándome a las piedras, y me incliné para mirar, preparándome para lo peor.

Pero no vi a Ada. En su lugar, en el fondo, brillaba una luz muy blanca, el blanco más blanco que había visto en mi vida. Ni siquiera sabía que pudiera haber distintas

tonalidades de blanco, pero ahí estaba, con claridad, delante de nosotros. Era imposible no mirar la luz ni sentirse atraído por ella.

Teo tragó saliva.

—Creo que ha bajado por aquí —dijo.

Yo no quería creerlo, pero en el fondo sabía que era cierto.

—De acuerdo —dije, subiendo al pozo y sentándome sobre sus piedras, con las piernas colgando en su interior. Teo me agarró del brazo.

—¿Qué estás haciendo?!

—Voy a bajar a por ella.

—¿Estás loca?! Ni siquiera sabemos si hay agua debajo. Ni si es profundo, ni... ¿No se llama a los bomberos para estas cosas?

Empecé a hacer cálculos y a tocar la superficie. Las rocas parecían tener la suficiente firmeza para agarrarme a ellas y bajar despacio, pero no estaba segura de si, con la humedad, no se volverían demasiado resbaladizas. Parecía que no me quedaba otra que darme un buen chapuzón. Miré a mi primo. Me observaba desde el otro lado, con el miedo clavado en sus ojos miel.

—Teo. Voy a bajar. Pero tú no tienes por qué hacerlo. Quédate aquí y, si ves que no salgo, avisa a la abuela.

Pareció pensárselo unos instantes mientras yo me preparaba para el gran salto. No lo reconocería nunca, pero me temblaban las piernas. Finalmente, Teo negó con la cabeza.

—¿Y comerme la bronca yo solo?

Trepó hasta subirse a mi lado y respiró hondo un par de veces.

—¿Estás seguro?

—S-ssí.

—A la de tres.

—¡Espera! Dame la mano.

—¿En serio? Mira que eres miedica.

Pero le di la mano. En el fondo, notar una mano aferrada a la mía me infundió seguridad. Aunque fuera la mano pequeña, helada y temblorosa de Teo.

—Vamos allá. Uno... —genial, ahora también era una mano sudorosa—, dos... —cerré los ojos con fuerza—, ¡TRES!

De un impulso, saltamos en la profundidad y todo cuanto había a nuestro alrededor desapareció.

No sé si alguna vez te has caído desde muy alto. Aquella fue mi primera vez. Esperaba que en determinado momento nos zambulliríamos en el agua, pero la sensación fue muy diferente. No había agua por ningún lado; simplemente caímos, caímos, seguimos cayendo y tuve una sensación muy parecida a haber atravesado algún tipo de nube o algodón de azúcar.

Y de repente, cuando creía que no estaba tan mal, el frío suelo impactó contra mi cabeza.

Intenté abrir los ojos, pero estaba aturdida y mareada por el golpe. No conseguí incorporarme ni ver si Teo me acompañaba. Mis párpados pesaban demasiado, y, por mucho que intentase no perder el conocimiento, era incapaz de mantener los ojos abiertos mucho tiempo.

Y entonces, en ese breve espacio que separa la vida del sueño, me pareció distinguir dos ojos grises observándome en la oscuridad.

—No deberíais estar aquí.

3

Teo

Me despertó el sonido de una risa aguda, como de niño pequeño. Me llevé de inmediato una mano a la nuca, todavía dolorida del golpe.

—Au —me quejé.

¿Dónde estaba? No conseguía recordarlo. Lo único certero era la caída, el impacto del suelo contra mis huesos y luego... esa risa, que se me clavaba afilada en las sienes como un cuchillo. Alcé un poco la cabeza, invadido por una sensación desconocida. Como si el aire oliese diferente, no lo sé, o como si mi cuerpo pesase un poco menos y una especie de hormigueo me recorriese la piel. No era incómodo, pero tampoco era la sensación más normal del mundo. Era algo parecido a cuando se te duermen los pies y vas notando poco a poco que intentan despertarse, solo que esta vez me recorría todo el cuerpo y no era... tan desagradable.

Miré a mi alrededor, todavía tumbado en el suelo. ¿Cómo era posible? Era el mismo bosque donde había estado hasta hacía un momento, pero por algún motivo parecía distinto. A lo lejos, me di cuenta de que una oleada de bichitos luminosos sobrevolaba la hierba. ¿Serían luciérnagas? No había visto tantas juntas en mi vida.

Me froté los ojos.

Como pude, me incorporé sobre mis codos, tratando de ponerme de pie.

¿Pero qué...?

Debía de estar volviéndome loco. Definitivamente, el golpe en la cabeza me había sentado peor de lo que esperaba, pero juraría que frente a mí había un hombrecito que no mediría más de dos palmos de alto. Me miraba tapándose la boca con ambas manos, controlando su risa, visiblemente divertido. Vestía pantalones rojos, un chaleco de algo que parecía cuero y una especie de... ¿gorro? que cubría dos orejas desproporcionadamente grandes y puntiagudas.

—¿Un duende? —pensé en voz alta.

—Dos duendes. —A mi lado, Emma se había incorporado también. Al verla, mi mente reordenó los últimos acontecimientos y lo recordé todo: habíamos perdido a Ada, que había pensado que saltar por un pozo era un plan muy normal para un

domingo por la noche, y luego a Emma le había dado por hacerse la valiente y habíamos saltado detrás.

Y ahora veíamos duendes. Genial.

Junto al primer hombrecito que había visto, había otro con una nariz enorme y bulbosa, que le caía casi hasta la barbilla cubriéndole una sonrisa traviesa. Llevaba algo en las manos... ¡Un momento! ¡Era mi reproductor de música! Me llevé la mano al bolsillo instintivamente, pero estaba vacío.

—¡Me ha robado el reproductor!

Eso sí que no.

Me levanté de un solo salto, pero las criaturas adivinaron mis intenciones y, como si fuese un juego, echaron a correr sin dejar de reír.

—¡Eh! ¡Esperad ahí! ¡Devolvédme!

Emma me siguió ladera abajo. Nos costaba seguirles el ritmo; para ser tan pequeños, eran sorprendentemente rápidos, y trotaban esquivando las piedras y arbustos con una agilidad impresionante. Como si conociesen cada milímetro del bosque a la perfección, pese a que al ser de noche, yo apenas podía ver nada. Conforme bajábamos, comencé a distinguir el sonido del agua: habíamos llegado hasta el río. Eso no podía ser bueno.

Emma empezó a acelerar y se lanzó sobre uno de los duendes.

—¡Te pillé! —gritó.

Había conseguido agarrarlo por el pie, pero el hombrecillo se zafó y Emma se quedó con el zapato en la mano. Mientras se escapaba, nos sacó la lengua.

De pronto, una voz de mujer nos sobresaltó:

—Parece que tenemos invitados.

Me giré. Detrás de nosotros, una mujer muy alta se peinaba el cabello, que caía rubio, largo y ondulado hasta el suelo. Lo hacía girar entre los dedos, sin dejar de mirarnos con una leve sonrisa. Intenté decir algo, pero no podía hablar, tenía la boca seca. Era la mujer más guapa que había visto en mi vida.

A mi lado, me pareció ver que Emma me miraba negando con la cabeza.

—¿Os habéis perdido? Espero que no haya sido por culpa de los galtxagorris, ¡son absolutamente inofensivos! Últimamente están bastante aburridos, os pido que les disculpéis...

—¿Galtxa-qué? —dijo Emma, y luego señaló a los duendes, que ahora se escondían detrás de la falda de la mujer—. ¿Esas cosas?

Ella asintió con la cabeza, pero nos miró con el ceño fruncido. Parecía confusa.

—¿Estáis perdidos, pequeños? —dijo, acercándose a mí—. Puedo ayudaros a volver a casa.

Sí, buena idea. Volver a casa sonaba muy bien.

Me agarró la barbilla con las manos, examinando mi rostro. Sus ojos azules —¿he dicho ya que eran los ojos más grandes y bonitos del mundo?— brillaban reflejando la luz de la luna.

—¿A qué linaje pertenecéis? —me preguntó en un susurro.

—¿Lin... qué? —balbuceé.

Me soltó y se cruzó de brazos, como si de pronto desconfiara de nosotros.

—Linaje —repitió—. Sin duda, pertenecéis a un linaje. ¿A cuál?

—Escuche... ¿señora? —Emma parecía comenzar a irritarse—. No sabemos qué es un linaje, pero tenemos que irnos.

Antes de que pudiera darse la vuelta, la agarró del brazo.

—Sin duda, debes de estar mintiéndome. —Miró a Emma fijamente; parecía verdaderamente alarmada—. Solo hay tres linajes de brujos: los Elementales, los Sensitivos o los Empáticos. ¿Cómo es posible que no lo sepáis? Es imposible.

Un momento...

¿Había dicho lo que me había parecido escuchar?

—Brujos —repetí, muy despacio, para asegurarme.

Entonces me miró.

—Oh, de eso no me cabe ninguna duda, cariño. De lo contrario no habríais podido atravesar el portal.

Brujos. Portal. Duendes. Me toqué la cabeza un par de veces más. ¿Me habría vuelto loco para siempre? Miré a mi alrededor, y de pronto lo comprendí: tenía que tratarse de una broma. En cualquier momento aparecería alguien con una cámara y sería el hazmerreír de YouTube unos cuantos meses. Eso sí tenía sentido. Me relajé de golpe y solté todo el aire en un suspiro.

Aunque... ¿cómo habrían hecho lo de los duendes?

Agité la cabeza. Eso no importaba ahora. No teníamos tiempo para bromas.

—Oye, muy bueno, de verdad. Enhorabuena. Pero es muy tarde y tenemos que irnos. Hemos perdido a nuestra prima y, si no la encontramos pronto, nuestra Amona nos va a matar, así que díles a tus... bichos... que me devuelvan el reproductor de música, porque nos vamos de aquí.

Extendí la mano hacia la mujer, que me observó unos segundos en silencio antes de rendirse y agacharse. El duende le tendió el aparato, obediente, y ella lo examinó con cautela antes de colocarlo sobre mi mano.

—Debéis tener cuidado con esto. Los aparatos eléctricos están terminantemente prohibidos en Gaua. Podríais meteros en problemas si os descubren.

¡Gaua! Estupendo, también se habían inventado un nombre. ¡Habían pensado en todo! A decir verdad, era divertido. Divertidísimo. Sí, una broma muy bien montada. ¡Deberían darles un premio! Empecé a reírme a carcajadas mientras me guardaba el reproductor en el bolsillo.

El duende observó mis movimientos con frustración. Parecía a punto de una rabieta, quería recuperar el juguete que acababa de arrebatarle, y se revolvía inquieto entre las faldas de la mujer.

Entonces lo vi.

Debajo de la falda, en el lugar donde deberían estar los pies de la mujer más guapa del mundo, asomaban unas garras de ave.

La risa se me cortó de golpe.

4

Emma

¿Qué demonios eres?

No me parecía el momento de ser educada. Eso que tenía en lugar de pies eran... ¡garras!, como las de un águila: curvadas, de color anaranjado, terminadas en unas largas y afiladas uñas. Tragué saliva. No podía ni imaginarme lo que podía hacer con eso, pero tampoco quería quedarme a averiguarlo.

—¡¡TEO, CORRE!!

No lo pensé dos veces y salí huyendo en dirección contraria, lo más rápido que me permitían las piernas. Teo me seguía de cerca, pero nuestro intento de escapar duró muy poco. No habíamos avanzado más de dos metros cuando le escuché caer al suelo. Los duendes le habían hecho caer haciéndole la zancadilla con una rama de árbol, y le inmovilizaban en el suelo sujetándole las manos con una sorprendente coordinación. Quise ayudarlo a levantarse, pero antes de que pudiera hacerlo sentí las garras de águila arañar mi espalda y arrastrarme por la tierra tirando de mi jersey. Empecé a gritar y retorcerme, tratando de librarme de sus garras, pero me sirvió de bien poco. Me soltó de nuevo junto al río.

Me llevé las manos a la espalda, dolorida.

De acuerdo, mejor no meterse con ella.

Los duendes traían a Teo de vuelta, con las manos atadas en su espalda. Como si no hubiera pasado nada, la mujer recuperó la dulzura inicial de su rostro y se dirigió a nosotros con su voz aterciopelada.

—Disculpad que no me presentara antes, me habíais pillado por sorpresa, nunca había visto a ningún forastero por aquí. Mi nombre es Xare.

Me tendía la mano. Dudé un poco antes de estrechársela, pero no parecía que tuviese muchas más opciones: prefería su mano a su garra. Después, se la tendió a Teo, antes de darse cuenta de que no podía devolverle el saludo.

—¡Oh, pero qué desconsiderada! Galtxagorris, desatadle, por favor —dijo, y le obedecieron al instante. Volvió a ofrecerle la mano, y Teo la aceptó con timidez—. Veo que es cierto que sois nuevos por aquí... es verdaderamente asombroso. Supongo que no habíais visto a una lamia en vuestra vida, ¿me equivoco?

Parecía encantada de ser la primera en cruzarse en nuestro camino. Teo negaba con la cabeza, con los ojos como platos.

—¿Una lamia? —pregunté, recelosa.

Se volvió a levantar la falda y exhibió sus garras moviéndolas en círculos con gracia.

—Bonito, ¿verdad? —presumió, sonriente—. Lo más bello de los humanos y lo más hábil del mundo animal. No quisiera alardear, pero creo que somos la raza más pura del reinado de Gaueko. Existimos desde mucho antes de que nacieran los primeros brujos.

Gaueko. Ese nombre me sonaba de algo, pero estaba demasiado aturdida como para recordar dónde lo había oído antes.

El bosque entero me daba vueltas. De no ser porque notaba la quemazón de las garras en mis hombros, habría jurado que seguía soñando y que en cualquier momento Ada me despertaría con sus tonterías en casa de la Amona.

Pero no. Esa cosa era real. Sus uñas eran de verdad y las heridas escocían en mi piel.

Traté de ordenar mis pensamientos.

Había dicho que era una lamia. Bien, muy bien. Una lamia. Como las sirenas, pero del Norte. Mitad mujer, mitad bicho. Una criatura más del reino de Gaueko, dios de las Tinieblas. ¡Un momento! ¿No era el dios del que hablaba la Amona en sus cuentos? Ah, eso era. Estupendo.

Sentí ganas de vomitar.

—De acuerdo, y ahora, hechas las presentaciones, es preciso que nos pongamos en marcha.

La lamia comenzó a trenzarse el pelo con rapidez.

—¿Cómo? ¿Adónde? Y ¿qué pasa con nuestra prima? ¡Tenemos que encontrarla! —dijo Teo.

—Oh, pequeños, no quiero alarmaros, pero debéis averiguar vuestro linaje de inmediato.

¿Otra vez con esa historia de los linajes?

—Es la primera vez, en mis 987 años de vida, que veo a dos brujos extraviados en Gaua —dijo, finalizando su trenza a la altura de su cadera y sujetándola con el tallo de una flor. Rio, por un momento, estupefacta—. ¡Dos brujos que ni siquiera saben que lo son!

Finalizado su recogido, Xare nos cogió a Teo y a mí por los brazos, arrastrándonos hacia el camino de vuelta al pueblo. Parecía verdaderamente preocupada por nosotros. Y yo se lo agradecería, de corazón, de no ser porque aquello era una auténtica locura.

¡Bruja yo! ¡Venga ya! Si ni siquiera era capaz de encajar en el colegio como una persona normal. Bastante tenía con ser Emma la marimacho, Emma la que no tiene

amigas, Emma la que quiere jugar a fútbol como los chicos. ¿Ahora también tenía que ser bruja? Lo que le faltaba a mi popularidad.

Esta broma estaba yendo demasiado lejos.

—¡Brujos! ¡Claro! ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? ¿Aprender a volar en escoba y hacer pociones?

La lamia se detuvo en seco y sus ojos azules se clavaron en los míos.

—Yo no le encuentro la gracia. Me parece que no eres consciente del riesgo que corréis. No deberíais haber cruzado el portal sin la formación adecuada, cariño; es muy peligroso. Debo llevaros a los Brujos, ellos decidirán qué hacer con vosotros.

¿Llevarnos con los Brujos?

Yo no estaba tan segura de que fuera una buena idea.

5

Teo

Todo a mi alrededor me resultaba extrañamente familiar. La lamia nos había sacado del bosque y nos había llevado por el camino hasta un pueblo que habría jurado que era Irurita. Aun en la oscuridad, podía reconocer perfectamente sus calles, la plaza empedrada donde jugábamos al frontenis, algunas de las casas más viejas, con los balcones llenos de flores... Y en cambio, todo estaba diferente. Donde antes recordaba farolas, ahora había postes que encadenaban farolillos con velas, y la vieja plaza ahora acogía un mercado, atestado de gente pese a ser media noche. Un grupo de músicos en una esquina amenizaba la velada tocando algo parecido a unas flautas de madera, entre el griterío de los comerciantes y los regateos, y los niños que correteaban jugando entre los puestos.

No entendía nada. Claro que después de ser perseguido por duendes y haber entablado una amistosa conversación con una mujer-pájaro, un mercado nocturno no me impresionaba demasiado.

—Todo esto es muy raro —le susurré a Emma.

—No me digas.

Genial. Debí haber imaginado que Emma estaría irritada. Resoplé y permanecimos el resto del camino por el pueblo en silencio. Xare nos sujetaba por los hombros, andando a paso rápido. Yo la miraba de reojo. ¿Quién habría imaginado que podía ser tan ágil con esas garras? No parecían demasiado cómodas.

—Hemos llegado —dijo, de pronto.

Frente a nosotros se erguía imponente uno de los palacios más antiguos e impresionantes del pueblo. Más de una vez me había fijado en él; era imposible no hacerlo. El edificio estaba cubierto de blanco, pero era íntegramente de piedra, exceptuando sus ventanas de madera que, por lo que me dijo una vez mi abuela, eran antiquísimas. Creo que me dijo que el edificio era del siglo xv, y que se conservaba prácticamente igual desde entonces. Supuse que exageraba, como hacía siempre con todo lo que concerniese a su pueblo. Lo que no podía negar es que siempre me había fascinado la alta torre del edificio, esta sí con la piedra descubierta, que acababa en una terraza desde la que uno debía controlar todo el valle. Cuando era pequeño, me

gustaba jugar subiendo las escaleras e imaginarme caballeros y persecuciones a caballo.

—Esperad aquí —nos indicó Xare—. Aquí se ocuparán de vosotros. Si vuestra prima realmente está en Gaua, ellos lo sabrán.

Subió sola las escaleras que conducían a la puerta.

¿En serio íbamos a entrar ahí? Por un segundo, sentí una punzada de emoción.

—Esto no me gusta nada —dijo Emma, arruinándome el momento.

Era cierto: la lamia, el cuento de los linajes y todo eso. No, no era bueno.

Xare golpeó la puerta. Desde abajo, mi prima y yo la observamos en silencio. Tras unos minutos que se me hicieron eternos, la puerta se entreabrió y asomó la cabeza de una mujer de mediana edad, muy bajita y regordeta, que miró primero a Xare y después a nosotros, con evidente recelo.

—Es imposible. Son demasiado mayores —dijo.

—¿Qué está diciendo? —le pregunté a Emma en un susurro.

—¡Shhhh!

Parecían discutir. Yo no lograba escuchar bien a Xare, porque nos daba la espalda, pero la vi agitar los brazos y dejarle un par de cosas muy claras a la anfitriona del palacio. Lo que dijo al final lo entendí perfectamente: «Los niños son vuestro problema, no el mío». Aquello pareció dar por zanjada la discusión. La mujer apretó los labios, pero finalmente abrió del todo la puerta, haciéndonos una señal para que subiéramos. No parecía especialmente contenta de recibirnos, pero eh, nosotros tampoco queríamos estar allí, ¿no? Al menos podría esforzarse por ser amable.

Subimos las escaleras hasta encontrarnos frente a frente con ella. Vista a la misma altura, era verdaderamente bajita, le pasábamos por lo menos dos palmos.

Se cruzó de brazos. Bajita o no, daba un poco de miedo.

—Me llamo Nora. Bienvenidos al Instituto Ipurtargiak de Irurita.

—¿Ipur-qué?

—Ipurtargiak, claro. El Instituto de Brujos del valle del Baztán.

De acuerdo, no lo pude evitar. Se me desencajó la mandíbula.

—¿Me estás diciendo que es una escuela de magia? —exclamé, más emocionado de lo que me habría gustado.

Emma me miró como si no pudiera creerse que fuéramos familia. Puso los ojos en blanco. ¡Pero no era tan descabellado! Éramos brujos, ¿no?

Aunque Nora también me miraba como si acabase de decir una estupidez:

—En absoluto. Lo que nos faltaba. La magia es como los modales, cariño: hay que traerla aprendida de casa. ¿Recuerdas que algún profesor te enseñase a respirar, hablar o masticar? Por supuesto que no. Aquí enseñamos biología, matemáticas, geografía del valle... —Chasqueó la lengua con fastidio—. ¿En qué estaban pensando vuestros padres?

—Los niños no... no parecen conocer la magia, Nora —dijo la lamia—. No tienen ni idea de cómo comportarse en Gaua, ni siquiera sabían que son brujos. Es

inaudito, lo sé, pero parece que dicen la verdad. Han perdido a su prima. Deduzco que la niña cruzó el portal primero y ellos dos la siguieron sin saber lo que estaban haciendo.

Nora nos miró unos segundos, frotándose la frente. Primero a Emma, de arriba abajo, y después a mí. Finalmente, dejó escapar el aire en un resoplido.

—Tenemos mucho trabajo por delante —dijo—. De acuerdo, haré que os faciliten una habitación de manera provisional, pero me vais a meter en un buen lío. Esperad aquí, voy a preguntar si tenemos alguna habitación vacía en la residencia del instituto. Me encargaré de que alguien os explique lo básico, pero, por favor, no hagáis ruido. Estamos en medio de una clase.

Un momento. ¿Qué? Miré al cielo, completamente negro sobre nuestras cabezas. Tenía que estar confundiéndose.

—¿En medio de una clase? —dije—. Pero si es de noche.

Nora abrió mucho los ojos, mirándonos a uno y al otro como si no pudiera creer lo que acababa de escuchar.

—Oh, que Mari nos guarde. No os han contado nada, ¿verdad? Aquí siempre es de noche.

6

Emma

¿Que siempre era de noche?

Tenían que estar tomándome el pelo. No podía ser. Sencillamente no podía ser. Era imposible. Ni en mis peores pesadillas se me habría ocurrido algo tan espeluznante.

Daba vueltas y vueltas a nuestra nueva habitación. Finalmente, nos habían alojado en el instituto de... ¿cómo lo había llamado Nora? ¿Ipurtargiak? Dudaba que pudiera pronunciarlo en voz alta. No tenía ni idea de qué significaba, aunque tampoco me pareció importante preguntarlo. Había demasiadas cosas que no entendía, y el nombre era la menos importante de todas.

Nada más entrar, nos habían llevado a un salón iluminado por el fuego de una chimenea de piedra. Varios alumnos la rodeaban y parecían estar simplemente pasando el rato, hablando de exámenes y de deportes con total normalidad. Yo, en cambio, sentía que la cabeza me iba a estallar de un momento a otro, y ojeaba a mi alrededor sin atreverme a mirar a nadie directamente a los ojos. Al cabo de un rato, una chica alta y muy delgada que estaba al otro lado de la mesa de recepción nos tendió unos papeles y Nora se sentó con nosotros para explicarnos lo que teníamos que hacer. Nos hicieron rellenar una solicitud larguísima, que abarcaba tanto datos escolares y habilidades como una serie de preguntas un poco raras: nuestro grupo sanguíneo, la hora y posición de la luna en nuestro nacimiento —¿de verdad?— y un listado de antepasados que apenas supimos completar más allá de nuestros bisabuelos. Lo sorprendente de todo aquello es que les bastó con leer el nombre de nuestra abuela.

—Casilda Goñi —había dicho Nora, mordiéndose la sonrisa—. Por supuesto. Con esto es suficiente.

Nora nos acompañó por el colegio hasta la que sería nuestra habitación. Las paredes de piedra se estiraban en pasillos larguísimos, llenos de candelabros que iluminaban lo suficiente como para poder ver los números encima de las puertas de madera, marcando las habitaciones.

—Se os asignará la habitación 316. Sois afortunados, normalmente los alumnos duermen en grupos de seis, pero estaban todas las habitaciones completas, así que estaréis solos de momento. Por otra parte, tratamos de que siempre haya al menos un miembro de cada linaje por habitación, para asegurarnos de que se fomenta la convivencia entre vosotros, pero... —Negó con la cabeza y suspiró—. En fin. Supongo que también nos saltaremos las reglas con esto, ¿verdad?

Con cuidado, abrió la puerta de nuestra habitación. Estaba totalmente a oscuras y, nada más entrar, sentí el frío calarme hasta los huesos. Mientras me abrazaba a mí misma y me frotaba los brazos, Nora me tendió la llave. No me lo podía creer... ¿De verdad pretendían que durmiéramos toda la noche en una sala de piedra, totalmente vacía, que había estado sin ningún tipo de luz hasta entonces? ¡Íbamos a congelarnos! No quería ni imaginarme cómo estarían las sábanas. ¡Estaban completamente locos si pensaban que...!

Un momento.

¿Cómo era posible?

Antes de que pudiera siquiera abrir la boca para quejarme, Nora acercó su vela al candelabro de la pared y, en el mismo momento en que prendió la llama, noté cómo una oleada de calor invadía la habitación y se colaba entre mi ropa, desentumeciendo cada uno de mis músculos y relajándolos poco a poco.

Me quedé sin respiración. Era imposible.

Me acerqué a la vela y puse la mano junto a ella, sin comprender nada. Era una vela pequeña, alargada y normal, como las de la casa de la Amona, de esas que caben en el cuello de una botella perfectamente y se consumen enseguida. ¿Cómo era posible que transmitiera tantísimo calor? Prácticamente me sobraba el jersey. ¡Y tan solo hacía unos segundos estaba temblando de frío!

—¿Cómo...? ¿C-cómo has...?

Nora le quitó importancia con un movimiento de su mano.

—Oh, ¿eso? Es un viejo truco de los Elementales. Todas las velas están alteradas con magia, por supuesto. Nos ahorramos muchísimo en calefacción y es infinitamente más respetuoso con el medio ambiente.

Al toparse con nuestras caras de estupefacción, comprendió que no estábamos entendiendo nada. Por un momento, sus arrugas se suavizaron e incluso me pareció que se compadecía un poco de nosotros. Agitó la cabeza.

—Debéis de estar cansados. Hablaremos de todo esto mañana, ¿de acuerdo? Descansad un rato, tenéis un par de horas antes de que terminen las clases. Después, mandaré a un alumno de último curso a que os explique todo lo que necesitáis saber para moveros por Iputargiak.

La miré con desconfianza.

—Y por Gaua, en general, evidentemente —añadió.

Parecía algo incómoda, como si fuésemos un par de extranjeros que no hablan su idioma y no supiese qué decir ni qué hacer para comunicarse con nosotros. Tras

observarnos unos instantes esperando una respuesta que no llegaba, carraspeó y nos tendió un par de toallas de algodón a cada uno.

—Si necesitáis algo, estaré en el despacho de dirección. Si no me encontráis es porque estoy impartiendo clase de biología, pero podéis esperarme allí hasta que vuelva. —De pronto, pareció meditar al respecto y apretó los labios—. Os... recomiendo encarecidamente que asistáis a alguna de mis clases, en realidad. Imagino que vuestro encuentro con la lamia os resultaría impactante, ¿no es cierto? Hay más criaturas que probablemente desconocéis y no sería muy inteligente por vuestra parte andar por ahí sin la formación adecuada.

Ninguno de los dos contestamos.

La voz de Nora resonaba en mi cabeza, golpeándola por dentro hasta marearme, y lo único que tenía claro es que, si no se callaba pronto, me iba a desmayar.

—De acuerdo —dijo, alzando las cejas—. Que descanséis.

Cuando Nora nos dejó solos, eché una ojeada a nuestra habitación. Había tres literas de madera con mantas de cuadros, un par de armarios con puertas chirriantes y, enmarcado junto a la ventana, un escudo. Tenía el clásico tablero de ajedrez del escudo del valle del Baztán, pero este era azul y negro y le rodeaban dos enormes ramas con espinas que se unían entrelazadas en la parte superior. Debajo, se leía el nombre del instituto: Ipurtargiak.

Con el rabillo del ojo vi cómo Teo se sentaba en una de las camas, probando si el colchón era lo suficientemente cómodo, y solté un resoplido. Yo no iba a elegir una cama. Por mí, podía quedárselas todas. ¡Porque yo no tenía la más mínima intención de dormir aquí! ¿De verdad pensaba quedarse de brazos cruzados mientras toda esta gente nos tomaba el pelo? Porque era evidente que tenía que ser una broma. ¡Era lo más absurdo que me habían contado nunca! Un mundo donde siempre era de noche y nosotros éramos brujos. Ya, claro. Y donde había duendes, y lamias. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Animales parlantes?

El corazón me latía con fuerza. Sentía la necesidad imperiosa de salir corriendo de allí, de escapar de todo ese absurdo y volver a casa, pero de algún modo sabía que estábamos atrapados entre las cuatro paredes del cuarto. ¿Podríamos marcharnos si quisiéramos? ¿Nos dejarían, sin oponer resistencia? ¿Sería así de sencillo?

Aunque pronto me di cuenta de que eso no era lo peor de todo. Aunque consiguiéramos burlar a Nora y a la chica de la recepción, aunque consiguiéramos encontrar la salida entre esos pasillos larguísimos y escapar sin que se dieran cuenta... ¿sabríamos adónde ir? Ni siquiera sabíamos dónde estaba Ada.

Tragué saliva.

Me detuve frente a la ventana, observando al exterior a través de uno de los cristales cuadrados, perdiéndome en una oscuridad absoluta y aplastante, sin luces de ningún otro pueblo a lo lejos.

¿Dónde se suponía que estábamos? En principio, no nos habíamos movido de Irurita; de hecho, parecíamos estar en una réplica bastante acertada de Irurita, y eso era innegable, pero jamás me había sentido tan lejos de casa. Había algo en el ambiente, algo que no sabría explicar, como una especie de sensación de ingravidez, como un hormigueo extraño que me recorría los brazos, no lo sé. Sería incapaz de explicarlo con palabras, pero estaba ahí, y la sensación era tan certera, tan real, que podía sentirlo en lo más profundo del pecho.

—Somos brujos... —Tumbado boca arriba en la que ya había decidido que sería su cama, Teo tenía la mirada perdida y repetía esa frase una y otra vez como si así pudiera llegar a entenderlo—. Brujos...

Respiré hondo y me puse a dar vueltas por la habitación. No, todavía no estaba preparada para creer que... No. Tenía que haber una explicación. Una explicación lógica, racional y sencilla que diera sentido a todo lo que habíamos visto en las últimas horas. No iba a rendirme tan fácilmente. Empecé a revisar cada esquina de nuestro cuarto, buscando alguna pista, algún indicio de lo que estaba ocurriendo de verdad. ¡Algo!

—Pero no lo entiendo —siguió hablando Teo, con la mirada concentrada en algún lugar del techo—. Si Ada también ha cruzado, es porque también es bruja, ¿no? ¿No te parece...? Ostras, no sé, piénsalo. ¿No es mucha casualidad que siendo adoptada resulte que también sea bruja como nosotros? Quiero decir, ¿cuál era la probabilidad de que...?

—Aquí nadie es un brujo, cabeza de chorlito —le interrumpí, cansándome de sus cavilaciones. Hice acopio de toda la convicción que pude reunir y negué con la cabeza—. Alguien nos está tomando el pelo. Y tengo que admitir que, sea quien sea, lo está haciendo muy bien. ¿Cómo habrán conseguido apagar todas las luces? No hay ni un puñetero enchufe.

Justo a mi lado, la puerta se abrió de repente, sorprendiéndome agachada y palpando las paredes. Detrás de ella, un chico asomó la cabeza.

Al verlo, me sobresalté y me incorporé de golpe, con lo que quedamos frente a frente.

Era un chico alto y espigado, que no aparentaba menos de catorce años. Su piel pálida contrastaba con un pelo totalmente negro, no uno de esos castaños muy oscuros que parece negro, sino un negro a secas, un negro absoluto que bajo la luz adecuada podría emitir destellos de azul. Pero no fue eso lo que captó mi atención. Lo que realmente me distrajo fueron sus ojos. Eran grises, ovalados, con finas líneas dibujando formas más oscuras. Parecían las piedras de un río, brillantes en medio del agua. De alguna manera, sentía que los había visto antes. Estaba casi segura. ¿Pero dónde?

Él me apartó la mirada de golpe y la clavó en el suelo. Me avergoncé inmediatamente por mi exceso de curiosidad, mientras él daba un paso hacia atrás y se aclaraba la garganta. ¿En qué demonios estaba pensando?

—Me han dicho que necesitáis un guía —dijo, secamente—. Venid conmigo.

Y después de eso, sin detenerse a esperar ninguna respuesta por nuestra parte, giró sobre sus talones y salió de nuevo por donde había venido.

Teo me dirigió una mirada rápida antes de ponerse de pie de un salto y se apresuró a seguirle por el pasillo. Todavía algo impactada, dudé unos instantes antes de hacer lo mismo, y tuve que dar un par de zancadas para alcanzarlos.

—Bueno, a ver —comenzó, con la vista fija en el fondo del pasillo—. El Ipurargiak es un instituto de brujos, el más antiguo del norte de Navarra y el único que sigue vigente a día de hoy en el valle del Baztán. Tiene más de quinientos años de historia, así que las normas de respeto al edificio y sus instalaciones son especialmente estrictas. Podéis encontrar las normas de convivencia en el corcho que hay en la secretaría, pero fundamentalmente debéis saber que está prohibido jugar a deportes de pelota en el interior del edificio, comer en las habitaciones, o utilizar cualquier tipo de manifestación mágica en medio de las clases sin un justificante de Dirección. Bueno, y por supuesto el uso de la magia en el resto del edificio también está restringido. En el mismo corcho encontraréis el listado de manifestaciones permitidas en el interior de las instalaciones, pero veréis que es una cuestión de sentido común. ¿Básicamente? No prendáis fuego a las paredes ni inundéis la biblioteca.

Se detuvo unos segundos y dirigió una mirada fugaz a Teo, como si hubiera podido adivinar sus intenciones y no le hubieran hecho ni pizca de gracia.

—El quebrantamiento de las normas conlleva un parte, que puede ser leve, moderado o grave. Tres faltas graves equivalen a una expulsión inmediata. Ha pasado antes, así que créeme si te digo que no merece la pena tentar la suerte.

Seguimos caminando. El chico hablaba muy serio, sin apenas mirarnos. Me daba la sensación de que había aprendido este discurso de memoria y lo recitaba desapasionadamente, como si tener que tratar con nosotros dos fuese un trámite del que quisiese librarse cuanto antes.

—¿Qué más os puedo contar? La mecánica... bueno, tengo entendido que es parecida a la de cualquier colegio de vuestro mundo. Dividimos el contenido en asignaturas, como botánica y...

—¿Pociones? —El chillido de Teo resonó en las paredes.

¿Acababa de decir lo que creía que acababa de decir?

El chico pestañeó un par de veces antes de contestar:

—No. Matemáticas, lenguaje y geografía. —Siguió caminando—. Tampoco jugamos a Quidditch, por si te lo preguntas. Como os digo, este es un instituto normal, no una escuela de magia.

—¿Normal? Pero si es de noche —insistió Teo.

—Todo el rato, efectivamente.

—Pero es que eso es... es... imposible.

Nuestro anfitrión se detuvo y nos miró, primero a él y después a mí. Por un segundo, me pareció que se le escapaba algo parecido a una sonrisa.

—No me habéis dicho cómo os llamáis.

—Yo soy Teo y ella es mi prima, Emma.

—Unax —dijo, simplemente.

De pronto, una de las puertas del fondo del pasillo se abrió y de ella salió un grupo de alumnos algo mayores que yo. Una chica daba un codazo a otra y se reían y, detrás, uno de los más altos cogía la gorra de otro chico y la tendía en alto, mientras el otro se quejaba e intentaba recuperarla dando saltos al aire.

Parecían tan normales... Parecían simplemente un grupo de chavales que perfectamente podrían haber ido a mi clase.

Teo me quitó las palabras de mi boca.

—¿Todos ellos son...? —dijo Teo.

—¿Brujos? —Asintió—. Claro. Todos en Gaua lo somos. No todos duermen aquí. Algunos vivimos con nuestra familia y venimos aquí solo a clase. Pero también es una residencia para los que vienen de otros pueblos del valle y... bueno, para los que tienen la familia en el otro lado. Como vosotros.

Por mucho que Unax hablase, por muy serena que fuera su actitud y esa manera de hablar, tan calmada y suave, yo seguía sin creerme una sola palabra. Aunque cada vez me costaba más asimilar que todas las personas que veía a mi alrededor estuvieran compinchadas para gastarnos una broma. Tenía que ser así, no había otra opción, pero cada vez se volvía más surrealista en mi cabeza.

Eché un vistazo a mi alrededor. De no ser por la oscuridad de las ventanas, habría jurado que este colegio se parecía bastante al mío: los corchos en las paredes con hojas de calificaciones y avisos, los carteles con dibujos de los alumnos más pequeños, *collages* hechos con hojas del bosque... ¿Lo de inventarse criaturas mágicas y portales? Bueno, eso ya era más original, claro. En mi colegio, el mayor grado de emoción al que podíamos aspirar era nuestra fiesta de fin de curso, en realidad. Y fíjate, qué ironía, ¿eh? Yo que siempre la había odiado con todas mis fuerzas y hasta había fingido estar enferma para no asistir, ahora casi la echaba de menos.

Casi.

El chico se detuvo ante la última puerta al girar el pasillo. La abrió con cuidado, lo suficiente como para que nos asomásemos por ella. Conducía a una sala bastante grande, de forma circular, con dos alturas y una hilera de mesas por cada una de ellas, abarrotada de estudiantes que murmuraban bajito.

—Esta es la biblioteca —susurró—. Son unos días de bastante jaleo, como veréis. Faltan pocos días para los exámenes, así que por las tardes estará hasta arriba. No molestéis mucho.

Por un segundo, justo antes de que Unax cerrase la puerta, me pareció ver que una vela flotaba por encima de una de las estanterías. Abrí la boca para decir algo, pero la

cerré inmediatamente. Estaba segura de que debía de habérmelo imaginado.

Todo esto estaba empezando a afectarme. Debía encontrar la manera de salir de allí. Y rápido.

Teo se frotaba la nuca.

—¿Exámenes en julio? —dijo.

—Ah, es cierto. Eso es diferente en vuestro mundo, ¿verdad? Aquí tenemos las vacaciones en invierno, no en verano.

Por primera vez en un rato, no pude evitar hablar.

—¿Es que vais al revés en todo?

—¿Disculpa?

—No hay nada normal en este sitio, ¿verdad? ¡Qué originales sois, ¿no?! Tiene que ser agotador llevar la contraria al resto del mundo todo el rato.

Unax me miró y esperó unos segundos antes de contestar, como si tratase de escoger bien sus palabras.

—Es una cuestión de pragmatismo —respondió, con calma—. En este valle, la temperatura en verano es agradable. El invierno, en cambio, es difícil de tolerar; más si cabe teniendo en cuenta que siempre es de noche.

Sonrió.

—Además —añadió—, el festival de invierno es lo mejor de Gaua.

En el comedor, Unax terminó de explicarnos el funcionamiento básico de las instalaciones y nos ayudó a pedir algo de comida. Y, con la misma naturalidad y monotonía con la que nos recitó los horarios del gimnasio y la biblioteca, nos volvió a contar todo eso que nos había dicho la lamia acerca de los tres linajes de brujos. «Elementales, Empáticos y Sensitivos —nos dijo, engullendo su plato de espaguetis—, son distintas manifestaciones de la magia. Va por sangre, ya sabéis. Se transmite de padres a hijos, al igual que la genética. Siendo nietos de Casilda, no cabe duda de que seréis Sensitivos». Y dicho aquello, tan tranquilo, se limpió los restos de tomate de la boca con la servilleta. Después, nos llevó a conocer el resto del edificio y le seguimos, aturdidos, hasta las galerías de la torre.

Era el lugar más alto de Ipurtargiak, y también la torre más alta del pueblo, ligeramente más que la cúpula de la Iglesia. Era una galería cuadrada, abierta en sus cuatro paredes, lo cual permitía tener una panorámica completa del valle si la recorrías de un lado a otro.

Me apoyé en la barandilla de madera, dejando caer el peso de mi cuerpo, buscando respirar un poco de aire fresco. Podía escuchar a mi corazón latiendo con fuerza, como si alguien lo hubiera recolocado al lado de mis orejas. Era demasiada información, y toda ella era absurda. Ilógica.

¿De verdad pretendía que creyéramos algo de lo que nos estaba diciendo? ¿O que lo entendiésemos, siquiera?

El viento de la noche, ese viento frío y húmedo tan característico de la zona, me acarició la cara y me provocó un escalofrío. Miré hacia abajo. Desde ahí arriba podía

adivinar las formas del valle, sumido en la oscuridad. Sus montañas interminables, sus frondosos bosques y, en medio, el pueblo, apenas iluminado con el brillo tintineante de sus farolillos. Sin duda, era Irurita: la plaza era la misma, la iglesia era inconfundible, con aquel reloj en medio de la cúpula, y las calles eran idénticas a las que recorría en bicicleta con Ada intentando seguirme el ritmo.

«Vas a despertar, Emma. En cualquier momento, vas a abrir los ojos y no vas a estar aquí».

Aunque cada vez me resultaba más complicado convencerme de algo así.

Teo se colocó a mi lado, observando el pueblo junto a mí. Respiré profundamente. «En menudo lío nos hemos metido», quise decirle. Pero Unax se colocó a mi otro lado y, tras unos segundos con la mirada perdida en el valle, se inclinó hacia mí y me miró fijamente a los ojos.

—¿Cómo es posible? —me dijo—. ¿Cómo puede ser que nunca antes hubierais cruzado el portal? ¿Y que nadie os contara nada de lo que sois...?

¿De verdad? ¿Otra vez?

Sentí que toda la rabia y frustración de las últimas horas se acumulaba en mis manos, y golpeé con fuerza la barandilla de madera que nos sujetaba en lo alto de la torre.

—¡Portal! ¿Qué demonios es un portal? ¡Hablas como si tuviéramos alguna idea de...! ¡¿Y los linajes?! —No sabía ni cómo comenzar a explicarme, así que traté de tranquilizarme y respirar hondo—. Mira. Nuestra prima Ada se cayó por un pozo, ¿vale? Fuimos a buscarla. Eso es todo. Solo queremos encontrarla y llevarla de vuelta a casa.

Por un momento, me pareció ver un atisbo de compasión en su mirada. Tal vez empezara a comprender que todo esto era verdaderamente nuevo para nosotros y que no queríamos nada de lo que nos estaba pasando. Que todo lo que queríamos era irnos de allí.

—Emma —dijo. Puso su mano encima de la barandilla y me cubrió el antebrazo con suavidad—. Todo lo que os han contado hasta ahora acerca del mundo en que vivís tan solo es la mitad de una historia. Y eso nunca equivale a la verdad.

Me clavó los ojos grises y yo aparté la vista de inmediato, algo incómoda. Era una mirada difícil de sostener. Sabía que nos estaba mintiendo, sabía que no debía confiar en él, al igual que tenía claro que no debíamos confiar en nada ni nadie de lo que estábamos viendo en ese lugar. Pero había algo raro en su mirada, algo difícil de explicar. Era como si sus ojos pudieran leer dentro de mí, como si fuera un libro abierto. No tenía claro que me gustase esa sensación.

Tragué saliva. Aparté mi mano y le miré de nuevo, esta vez muy seria y frente a frente.

—¿Y por qué tendríamos que creer que tú sí nos vas a decir la verdad?

Unax respiró profundamente y alzó los hombros.

—Supongo que tendréis que confiar en mí.

Teo

Unax apoyó su espalda en la barandilla y comenzó a hablar.

—Hubo un tiempo en que la noche y el día convivían en paz. Seguro que esto sí os lo han contado. Un tiempo en que los dioses, como Mari, madre de todos, o Gaueko, dios de las Tinieblas, vivían en el valle en hermandad con el resto de las criaturas: las bellas lamias, los habilidosos duendes, los enormes aunque torpes gentiles... y también los temerosos humanos.

—¿Cómo que temerosos? —le interrumpí, ofendido.

—Efectivamente, Teo. Los humanos eran los más débiles. Por eso Gaueko se divertía a su costa y alimentaba sus pesadillas, persiguiéndolos con los lobos por pura diversión. Por eso, un buen día los humanos le pidieron a Mari que les protegiese de sus miedos y ella les hizo caso. Así dio a luz a su primera hija, la Luna, para que les iluminase por las noches.

—Esa es la historia que nos contó la Amona —le susurré a Emma, que asintió con severidad sin siquiera mirarme.

—¿Ya conocíais esta historia? Perfecto —continuó Unax—. Entonces recordaréis que la luz de la luna no fue suficiente, y que los lobos de Gaueko seguían dominando el valle a su antojo. Pero Mari no es una diosa que se rinda fácilmente, así que hizo acopio de todo su poder y dio a luz a su segunda hija: la diosa Sol. Con ella, por unas horas, el mundo estaba libre de tinieblas, los rayos del sol iluminaban todo el valle y los humanos perdieron el miedo.

Torcí la cabeza:

—Gaueko no se lo tomó muy bien... ¿verdad?

—Para nada. Por supuesto, no tenía nada que hacer contra Mari, porque era mucho más poderosa que él. Pero lo que sí que es cierto es que le dolió en lo más profundo de su orgullo e impuso una norma: si él no tenía influencia durante el día, ningún humano debería salir de su casa por la noche o se enfrentaría a él. De ahí proviene el dicho: «El día para los del día...».

—«... la noche, para los de la noche» —terminó Emma, haciendo un gesto de aburrimiento con la mano—. Sí, todo esto nos lo contó nuestra abuela. Pero sigo sin

entender qué tiene que ver todo esto con nosotros, y por qué estamos aquí.

Unax la miró y alzó los brazos.

—De acuerdo, ¡de acuerdo! Aún no he llegado a eso, pero es que es una historia complicada. Voy a necesitar vuestra colaboración para que lo entendáis mejor. —Se inclinó hacia nosotros, con media sonrisa—: ¿Confíaís en mí?

Yo asentí rápidamente, más presa de la curiosidad que porque fuera verdad del todo. A Emma le costó un poco más, pero finalmente se encogió de hombros y miró al suelo. Era evidente que lo de dar su brazo a torcer le costaba un gran esfuerzo.

—Bien. —Unax siguió hablando—: Ahora necesito que os relajéis. Sentiréis un pequeño cosquilleo, ¿vale? No luchéis contra él, solo... dejaos llevar.

¿Cómo? ¿Cosquilleo?

Alcé una ceja. ¿Pero qué iba a hacer?

Frente a nosotros, Unax cerró los ojos y se concentró. Había sospechado que era un poco raro, pero este numerito superaba mis expectativas. Miré a Emma de reojo y ella frunció el ceño también... hasta que lo sentí: ahí estaba, efectivamente, ese cosquilleo dentro de mi cabeza.

Traté de agitarlo casi de manera inconsciente, como si fuera una mosca, pero después me dejé llevar como nos pedía Unax, y respiré hondo. Pronto el cosquilleo se convirtió en algo más profundo, y tuve una sensación parecida al vuelco en el estómago que se tiene justo cuando te encuentras en la parte más alta de una montaña rusa, esperando la caída, esa sensación de querer echarte atrás y al mismo tiempo... la adrenalina, la velocidad, las palpitaciones rápidas del corazón.

Entonces, pasó. Me dejé caer, solo que no estaba en lo alto de una montaña rusa. Fuera lo que fuera que estaba pasando, estaba dentro de mi cabeza. Y lo estaba haciendo Unax.

Tuve que agarrarme a la barandilla.

—¡Qué pasada! —exclamé.

Todo cuanto teníamos alrededor comenzaba a desaparecer: la torre, el pueblo bajo nuestros pies. Todo. Miré a los lados. Tan solo estábamos los tres, que parecíamos rodeados por un manto de estrellas y nada más.

—¿Cómo has...? —Emma miraba a todas partes sin dar crédito—. ¿C-cómo...?

Como toda respuesta, Unax simplemente sonrió.

A nuestro alrededor comenzaron a formarse unos dibujos que poco a poco fueron adquiriendo formas. Una de ellas era una mujer blanca, cubierta por un vestido blanco brillante. Estaba sentada encima de una enorme esfera de piedra, abrazando sus rodillas y mirando hacia el valle que tenía a sus pies. No me cupo duda de que era la Luna. Es difícil de explicar, pero lo supe: me era imposible dejar de mirarla.

Sin siquiera mover sus labios, la voz de Unax comenzó a envolvernos.

«Durante muchos años, el mundo fue así. El día para los del día, la noche para los de la noche. Parecía una armonía perfecta. Por el día, los humanos disfrutaban del

valle bajo la luz del sol... Por la noche, Gaueko imponía sus normas y los humanos descansaban en sus casas, bajo el cuidado silencioso de la luna».

Frente a nosotros, la mujer blanca, la Luna, parecía repentinamente triste. Se miraba sus brazos, su vestido... y suspiraba, mirando hacia abajo. A sus pies, unas figuras diminutas (que supuse que debían de ser los humanos) bailaban felizmente bajo una luz cegadora.

«Pero Gaueko no era el único al que la llegada del Sol le había afectado. La Luna, que antes había sido venerada por los humanos como la mayor diosa de la luz, de pronto tenía que conformarse con estar siempre a la sombra de su hermana. Solo podía brillar tras la puesta de Sol. Por eso, por el día, se avergonzaba por la tenue luz que desprendía en comparación con su hermana y, para esconderse, bajaba a la Tierra y se camuflaba entre los mortales».

Vimos el proceso un par de veces delante de nuestros ojos. La Luna bajando con los humanos cuando brillaba el sol, quitándose su vestido y poniéndose ropajes típicos del pueblo, haciéndose pasar por una simple aldeana, hablando con los humanos y bailando y riendo junto a ellos en la plaza del mercado. Después, cuando se hacía la noche, volvía a subir sigilosamente a su guarida, se miraba al espejo, volvía a colocarse su larga capa blanca y brillaba, convertida de nuevo en diosa.

De pronto, se llevó las manos al vientre y sonrió.

«Fruto de su contacto con los hombres, la Luna tuvo tres hijos, un niño y dos niñas, engendrados con mortales que la confundieron con una aldeana más. Así es como nacieron los tres primeros brujos: que no eran sino hijos de la Luna.

»Tenían aspecto humano, así que la Luna los dejó en el valle para que se criaran como los demás, pero no eran como ellos: por la noche, bajo su influjo, la magia de la Luna corría por sus venas como la savia por los árboles del bosque».

Un momento. ¡Un momento! ¿Hijos de la Luna?

No quise sonar muy emocionado, así que carraspeé antes de hablar.

—Entonces los brujos son... somos... ¿descendientes de una diosa?

—Efectivamente —me contestó Unax, el de verdad, quiero decir. No su voz en modo altavoz.

—¿Pero eso no nos convierte en...? —Hice un gesto con las manos, pero Unax me observó pacientemente. Bajé la voz—: ¿... semidioses?

Emma me fulminó con la mirada, pero Unax no se rio.

—Podría llamarse así. De todos modos, preferimos llamarnos «hijos de la Luna». Lo de «semidioses» suena demasiado pretencioso.

Le di la razón, fingiendo quitarle importancia, pero en mi cabeza resonaba la palabra «semidioses» y mi corazón palpitaba a toda velocidad. Se-mi-dio-ses. Guau, aquello era... guau.

Traté de calmarme para evitar caerme al suelo. Habría sido poco místico.

Pero no me dejó mucho más tiempo a reflexionar sobre ello. De la nada, una figura negra, con un enorme abrigo de pelo igualmente negro, empezó a tomar forma

frente a nosotros y nos invadió una repentina oleada de frío. Tenía los ojos más oscuros que había visto en mi vida. A decir verdad, no parecían tener vida.

Tragué saliva.

—No me lo digas: Gaueko —adiviné en un hilo de voz.

Unax asintió. La simple visión de esa criatura oscura me helaba la sangre. Sin embargo, a la Luna no pareció importarle que el dios de las Tinieblas se acercase a ella y se sentase a su lado. Al contrario, se miraron fijamente a los ojos. Él le tendió la mano y ella puso la suya, blanca y delicada, sobre la de él. Después, se fundieron en un largo abrazo que me provocó un escalofrío.

«Pero la Luna no solo se relacionó con los humanos... La leyenda cuenta que Gaueko sabía que estaba triste, que sabía cuánto envidiaba a su hermana Sol, y supo seducirla con su inmenso poder. A fin de cuentas, la Luna necesitaba la oscuridad para brillar. Solo con Él a su lado podían ver su luz.

»Por ello, se dice que la Luna tuvo una cuarta hija, esta vez descendiente del propio Gaueko. Pero esta niña no era como sus hermanos... Hija de la Luna y del dios de las Tinieblas, era la dueña indiscutible de la noche, y tenía un poder inimaginable».

Hizo una pausa larga.

Esta vez, fue Emma quien interrumpió a aquella voz omnipresente. Se dirigió directamente a Unax:

—Pero entonces son cuatro hijos, cuatro primeros brujos, ¿no? —dijo—. ¿Son los linajes de los que tanto habláis? Creía que habías dicho que había solo tres.

—Es verdad —respondió Unax—. Los linajes que han sobrevivido hasta ahora son los tres primeros. Al linaje de la descendiente de Gaueko lo llamamos el «linaje perdido», porque desapareció sin dejar descendencia. Algunos incluso creen que jamás existió y que solo es una leyenda. En cambio, los tres niños mestizos (hijos de la Luna y de mortales) permanecieron en el valle, así que extendieron sus linajes durante generaciones. Hasta hoy.

Emma tragó saliva y asintió.

En ese preciso instante me di cuenta de que estaba empezando a creer a Unax. Pero ¿cómo no hacerlo? Una cosa es escuchar una historia y otra muy diferente es verlo con tus propios ojos, asistir a una demostración de magia, magia de verdad, delante de tus narices. ¡MAGIA! Ya no podía negarlo, por muy cabezota que fuera.

Comenzaba a hacer frío. El aire del valle, húmedo, soplabla con fuerza incluso en el lugar en el que estábamos y me erizó el vello de los brazos. Las figuras de la Luna y Gaueko se desvanecieron y, en su lugar, de entre los hombres, empezaron a emerger tres personas: un hombre y dos mujeres, que caminaron hacia nosotros lentamente.

Si no fuera porque sabía que eran producto de mi imaginación (o de la imaginación de Unax, más bien), habría retrocedido.

«Los tres primeros brujos...».

Sí, vale. Gracias, Voz. Lo había pillado.

La primera de ellas dio un paso al frente. Extendió las manos y comenzaron a rodearle las llamas.

«Elaia, la mayor, era la más fuerte y ambiciosa de los tres. Para ella, la Luna reservó el poder de los elementos, y por ello era capaz de manipular a su antojo los cinco elementos principales: tierra, fuego, aire, agua y rayo. A sus descendientes los llamamos hoy el linaje de los Elementales».

El brujo del medio era un hombre. No se movió. Simplemente cerró los ojos, como lo había hecho Unax unos segundos antes de meternos en este cuento multisensorial tan inquietante. Tragué saliva. Estaba claro que estábamos a punto de descubrir su linaje:

«El segundo de los hijos, Ekai, era el más astuto de los tres, y por eso la Luna le otorgó un asombroso poder mental. Con él, podía hacer uso de una empatía extraordinaria, en cualquiera de sus formas, y su voz hablaba a las mentes como un susurro en la noche».

Ah, poder mental en general, qué bien. Genial. Como más pensaba en las cosas que debía de poder hacer Unax, menos me gustaba todo esto.

—El precursor de los Empáticos —dedujo Emma, mirando a nuestro siniestro nuevo amigo—. Como tú, ¿verdad?

Unax asintió y su mano se dirigió a la última de los tres, que dio un paso al frente, mientras abrazaba una especie de tótem. Tenía el cabello muy largo, que caía como una sábana de seda, y me miraba directamente a mí, con unos ojos muy grandes. Sentí como una especie de temblor recorrerme desde la coronilla hasta la punta de los pies.

«A la pequeña Sarabe, de corazón puro como el valle, la Luna le reservó una intensa conexión con el bosque. Tan solo con el contacto con la madera de sus árboles, podía realizar proezas inalcanzables para los humanos. Sus hijos son hoy los Sensitivos».

Venga ya.

—¿Eso hacemos los Sensitivos? —dije, sin poder ocultar mi decepción—. ¿Tocamos madera?

¡Lo de hacer fuego con las manos sonaba mucho más peligroso!

Unax dejó escapar una risotada.

—Yo no lo subestimaría —dijo, y después se aclaró la garganta—. Lo que quiero que entendáis es que somos todos hijos de la misma madre y poseemos la misma magia, solo que en distintas manifestaciones. Se transmite por la sangre de nuestras familias. Vuestro padre o vuestra madre, vuestra abuela, vuestros bisabuelos... Todos ellos fueron Sensitivos.

Alcé las cejas. El hijo de la abuela era mi padre, así que la magia debía de haberse transmitido a través de él. ¿Mi padre, en serio? ¿El mismo padre ingeniero que me miraba por encima de las gafas para recordarme que las matemáticas eran más

divertidas de lo que yo creía? ¿El que me decía que la música no servía para nada? Vaya. Pues había hecho un gran trabajo disimulando sus poderes todo este tiempo.

Además, parecía que nuestra abuela sí se había dejado caer por aquí e incluso se había labrado una reputación, pero ¿nuestros padres...? Si nosotros habíamos vivido en Francia toda la vida, Emma en Alemania y Ada en Madrid... ¿Habrían cruzado el portal alguna vez, estando tan alejados del valle? No parecía muy realista. ¿Y por qué nadie nos había dicho nada? No sé. Parecía una conversación importante: «Oye, Teo, una cosa, que no sé si te lo he comentado alguna vez, pero somos brujos, descendemos de la Luna y si tocamos cosas de madera hacemos cosas peligrosas». ¡Yo qué sé! Qué menos, ¿no?

Miré a Emma. Al igual que yo, tenía la vista clavada en las figuras de los brujos. Dio un paso al frente, acercándose a Sarabe, la Sensitiva. Miró a Unax de reojo como pidiéndole permiso y él asintió. Con cuidado, acercó las manos y sus dedos rozaron el largo vestido de Sarabe, nuestra... ¿precursora? ¿Tataratatarabuela? Me faltaban «tátaras», seguro. Ese vestido rojo con esos bordados y el escote en forma de uve no parecía muy actual. Más bien parecía sacado de una película medieval.

Sarabe giró su cabeza y la miró directamente a los ojos. Sobresaltada, Emma separó sus dedos de inmediato, como si le quemasen. Dirigió una mirada breve y avergonzada a Unax. Seguramente no le gustaba haberse dejado llevar. Agitó la cabeza y se cruzó de brazos.

—Vale, todo este... truco mental está muy bien. Lo reconozco, impresionante —gruñó, sin mucha convicción—. Pero sigue sin explicar por qué siempre es de noche.

—No he llegado a eso todavía.

Una cosa me quedó clara: a Unax le gustaba hacerse el interesante. Con un gesto de su mano, las figuras de los tres primeros brujos se esfumaron dejando una bruma brillante a su paso. Unax se acercó a nosotros.

—Como os decía, Mari dio a luz al Sol para que, por el día, los humanos pudieran vivir sin miedo a Gaeko. Por la noche, el dios de las Tinieblas reinaba, las criaturas mágicas campaban a sus anchas y los hijos de la Luna, también llamados brujos, podían hacer uso de su magia. No obstante, Gaeko había dejado muy claro que por las noches los humanos debían quedarse en sus casas.

—Sí, sí, «la noche para los de la noche» y todo eso. No hay que hacer enfadar a Gaeko —repetí, un poco cansado. Resoplé con impaciencia. Podíamos estar así todo el día.

La que parecía entregada a sus palabras era Emma. No había dicho ni una sola palabra en un buen rato. Unax negó con la cabeza y sonrió. Cerró la boca e inmediatamente la voz volvió a inundar el espacio donde estábamos, sumergidos por su hechizo.

«Así pasaron los años... y después los siglos...».

Di un respingo. Esta vez el dibujo aparecía bajo nuestros pies.

Me agarré a Emma sin poder evitarlo, y ella se zafó de mí enseguida, aunque también parecía sorprendida. En el suelo, se sucedía algo parecido a una película de animación, donde unas figuritas con forma de hombre avanzaban a cámara muy rápida. Ladeé la cabeza para verlo mejor: parecían ejemplificar la historia del valle. Les vi talar árboles y recoger leña, para después llevarla a sus casas y encender las chimeneas. Después, uno encendía una vela, y otro montaba lo que parecía una lámpara de aceite, mientras otros parecían estar desarrollando un nuevo sistema de recolección de las tierras.

«Con el paso de los años, los humanos se acostumbraron a la luz del Sol. Se confiaron... y dejaron de ser las criaturas temerosas del principio. No paraban de aumentar su prepotencia. Sintiendo superiores al resto de las criaturas, perdieron su miedo a Gaeko y desoyeron sus advertencias...».

Los dibujos se movían a gran velocidad, cada vez más, y comenzaron a cambiar también cada vez más rápido, más frenéticamente: cambiaron sus ropas, sus máquinas, su manera de moverse. Uno de ellos de pronto montaba en bicicleta. No tenían miedo a probar. Al contrario: parecían querer comerse el mundo.

Pero de pronto, entre ellos, cayó un rayo.

Yo mismo me sobresalté con el resplandor.

Sin embargo, cuando miré a mis pies vi que, aunque muchas figuritas se escondieron en sus casas para protegerse de la tormenta, un par de ellas se acercaron a mirar el rastro del rayo con curiosidad.

—La electricidad... —susurró Emma.

Efectivamente, como había adivinado mi prima, en apenas unos minutos de progresión acelerada en aquel mapa animado, una figurita cogía una bombilla entre sus dedos y, colocándola, encendía la primera lámpara.

«Los humanos desafiaron la oscuridad mediante la ciencia y la tecnología. Pronto dejaron de temer la noche. Los campesinos salían de sus casas, cada vez con técnicas de iluminación más avanzadas, que los protegían de las sombras...».

Todo tembló a nuestro alrededor. Miré a todas partes, sin entender nada. Unax seguía con los ojos cerrados y el suelo se convulsionaba. Bajo mis pies, el pueblo de dibujos se iluminaba con una decena de farolas diminutas.

De las sombras, comenzó a emerger de nuevo el mismo ser de oscuridad que ya habíamos visto antes. Esta vez fue Emma quien me agarró del brazo cuando apareció Gaeko, llenando el espacio en el que nos encontrábamos con un rugido cargado de ira.

«La llegada de la electricidad al valle fue más de lo que Gaeko pudo tolerar...».

—No me digas —musité, con una risita nerviosa.

«Los humanos ya no temían la noche, ¡la habían conquistado!».

En el suelo, las figuritas bailaban al anochecer en círculos, iluminadas por la luz de las farolas, despreocupadas, ajenas a que Gaeko, a nuestro lado, daba un golpe

contra la pared, lleno de furia.

«Pero Gaueko no iba a quedarse con los brazos cruzados. Eso nunca. Y comenzó a urdir un plan para dar a los humanos una lección definitiva: raptaría a la diosa Sol e instauraría de nuevo su reinado de la Eterna Tiniebla».

La figura negra agachó la cabeza, cubriendo con su abrigo, solo a medias, el comienzo de una sonrisa.

«Pero un plan tan complejo necesitaba aliados...».

Sentada como siempre sobre el valle, la Luna observaba a los humanos desde las alturas con un gesto de melancolía dibujado en sus facciones. Gaueko se acercó despacio a ella y le susurró algo al oído. Ella al principio pareció horrorizarse y negó con la cabeza varias veces, llevándose la mano al pecho.

—¿Raptar a mi propia hermana? —dijo. Su voz era cristalina como el agua.

—Vamos. —La de Gaueko, en cambio, sonaba rasgada, apenas un susurro imperceptible—. ¿Acaso tu hermana no impide que veamos tu luz? ¿Crees que a ella le importa que estés siempre sola, que solo te atrevas a salir de noche?

—N-no... no puedo hacerlo. No podemos. Mari no nos perdonaría.

—¿Mari? A Mari no le importas lo más mínimo. Ambos sabemos quién es su hija favorita. —Se acercó todavía más a ella, quedando a solo unos centímetros de sus ojos—. No puede haber luna sin oscuridad... Únete a mí y tu brillo será el único; los humanos te adorarán solo a ti. La magia de tus hijos, los brujos, no tendrá límites.

Me recorrió un escalofrío, que disimulé simulando un repentino ataque de tos. Emma lo miraba con los ojos como platos, esperando que la Luna hiciera o dijera algo para detener al dios de las Tinieblas.

Pero no hizo nada. No se movió siquiera.

Y de pronto me di cuenta de que había un par de ojos que observaban esa escena escondidos en lo que de pronto parecía el bosque.

—¡Eh! —dije yo, señalando hacia los árboles—. Ese de ahí les está mirando. ¿Quién es? ¿No va a hacer nada?

Unax sonrió, pero fue la Voz quien me dio la respuesta:

«La Luna dudó y permaneció en silencio, con el corazón dividido entre la tentación y la lealtad. Pero por suerte, el valle tiene ojos. Una criatura gigante, al que llaman Basajaun, el Guardián de los Bosques, lo vio todo».

Esa criatura, fuera lo que fuera, comenzó a moverse.

Yo corrí tras ella, y me siguieron Emma y Unax. Entonces pude verla por completo: un gigante cubierto de pelo y hojas, que perfectamente podría haber confundido con un enorme árbol del bosque. Me quedé clavado en mi sitio.

«El Basajaun, horrorizado ante el terrible plan de Gaueko, acudió a la cueva de la mismísima diosa Mari para alertarla de lo que planeaban hacer».

Entonces, el gigante abrió la boca, que crujió al despegarse como si hubiera estado cerrada durante muchos muchos años.

—Ya viene el lobo... —dijo, simplemente.

Y la criatura desapareció de golpe.

Nos quedamos todos en silencio.

Emma entreabrió los labios sorprendida y maravillada.

Yo... me rasqué la nuca.

—No lo pillo —admití, al cabo de un rato.

Emma puso los ojos en blanco.

—¿Tienes serrín en el cerebro? —me espetó—. Gaueko tiene lobos. Le estaba advirtiéndolo a la diosa Mari de que Gaueko estaba a punto de traicionarlos. ¡Agh! Si lo explicas no tiene gracia.

Vaya con Emma, ahora iba de experta, para ser nueva en esto de ser bruja. Si hacía dos segundos ni siquiera creía en la magia. Pero lo cierto es que de pronto parecía absolutamente fascinada con la manera en que Unax nos estaba contando la historia. ¿Demasiado fascinada?

Negué con la cabeza.

Yo no tenía muy claro que me gustase la idea de una criatura gigante como esta caminando felizmente por el bosque, pero decidí morderme la lengua. Nos había salvado de la ruina, ¿no? Del rapto del Sol y las tinieblas eternas y la inevitable ira de Mari. Eso fue un gesto bonito, había que reconocerlo. Pero a quién pretendo engañar: seguía sin hacerme mucha gracia. A este mundo empezaban a sobrarle criaturas espeluznantes.

—A este episodio lo llamamos Guerra de las Luces —explicó Unax.

Emma lo miró, impaciente:

—Entonces ¿qué hizo Mari? ¿Los castigó?

—No solo a él —dijo Unax—. Nos castigó a todos.

A nuestros pies, lo que hasta entonces era el valle estalló en una luz blanca y, cuando cayó en el suelo, lo hizo partiéndose en dos, quedando dividido por una fina línea blanca que los conectaba débilmente.

Lo curioso es que ambas partes eran iguales; calcadas. Era como si un valle reflejase al otro y solo los dividiera esa extraña línea de luz.

«Mari obligó a los brujos a crear un portal que separase el mundo en dos para siempre. Desterró a Gaueko y a todas las criaturas a un mundo donde siempre sería de noche. Y así se formó Gava.

»Los humanos, por su parte, siguieron viviendo en el mundo donde habían estado siempre, ajenos a lo que había pasado, sin saber que ahora su noche estaba libre de Gaueko y del resto de las criaturas mágicas. Ajenos a que la magia de la Luna había desaparecido para siempre de su mundo, incluso de noche. Y que nada volvería a ser como antes».

—¡Vaya! —exclamó Emma, frotándose la frente, sin dejar de mirar hacia abajo—. Entonces hay... ¿dos mundos?

—Dos universos paralelos, por decirlo de alguna manera, comunicados por un portal —explicó Unax, señalando la línea, que se materializaba en un pequeño pozo que me sonaba demasiado—. Uno de ellos lo llamamos Reino de la Luz, que es donde vosotros habéis crecido. Un mundo que tiene su día y su noche, en el que habitan los humanos, los animales... donde la magia sencillamente no es posible.

Hizo una pausa, y después continuó, señalando la otra parte del valle, ese otro mundo que incluso bajo nuestros pies se había sumido en la más absoluta oscuridad.

—El otro es Gaua, donde estamos ahora; un mundo de magia, pero condenado a vivir en tinieblas. La noche eterna que siempre deseó Gaueko, con magia, pero sin humanos. Tan solo habitado por los brujos y las criaturas mágicas castigadas por la rebelión de Gaueko. Solo el Basajaun permaneció en el mundo de los humanos, para que siempre hubiera alguien velando por que respetasen el bosque.

Ah, que encima esa cosa gigante vivía con los humanos.

Parpadeé despacio.

Todo este asunto me estaba dando dolor de cabeza. Era demasiada información. ¿Dos mundos a la vez?

—No lo entiendo —dije—. ¿Entonces estamos en el mismo sitio y en el mismo año? ¿No hemos viajado en el tiempo?

—No habéis viajado en el tiempo. Todo ocurre a la vez, son como dos capas de realidad pasando al mismo tiempo, en el mismo valle, en las mismas calles y bosques. Son dos mundos paralelos, idénticos.

Vale, sí. La cabeza me iba a explotar.

Esta vez fue Emma la que se atrevió a preguntar. Menos mal que no era el único que no se estaba enterando de nada.

—¿Y no podemos ver lo que hay al otro lado, en el otro mundo, aunque estemos en el mismo sitio?

Unax negó con la cabeza.

—No podemos vernos —dijo, señalando ambas partes del mapa una y otra vez—. Los brujos podemos sentir algunas cosas, percibir que alguien cercano a nosotros está en el mismo lugar. Forma parte de nuestra magia, pero... eso es todo. Es un portal muy robusto.

—Pero lo hemos cruzado —protesté.

—Efectivamente, lo habéis cruzado. Solo los brujos pueden hacerlo. Mari lo quiso así. No dejamos de ser medio humanos, después de todo. Aunque... bueno. Debemos elegir.

—¿Elegir? —pregunté.

La mirada de Unax se ensombreció.

—Ya os digo que el castigo nos afectó también a los brujos. Ya que la Luna no había tomado partido en la rebelión, nosotros tuvimos que pagarlo por ella —dijo, con la mirada fija en el suelo—. Hasta los quince años, podemos cruzar el portal visitando ambos mundos, pero una vez los cumplimos, no podemos volverlo a cruzar,

así que debemos tomar una decisión: un mundo de oscuridad o un mundo sin magia. Eso es todo lo que nos queda.

Pues vaya. Para ser semidioses, éramos un poco pringados.

Despacio, Unax se aclaró la garganta y nos sujetó por los brazos.

—Ahora vais a despertar. Tened cuidado.

Poco a poco, todo a nuestro alrededor se desvaneció y, donde estaba el valle, surgieron de nuevo las piedras del suelo de la torre. Después, la barandilla, las vistas del pueblo. Todo, tal y como estaba antes de que Unax comenzase a contarnos la historia.

Guau. Esto había sido... Guau.

A mi lado, Emma se llevó una mano a la barbilla y comenzó a caminar en círculos por la terraza, en silencio. «Oh, oh. La hemos perdido», pensé. Unax acababa de conseguir que la cabecita cuadrada de mi prima estallase del todo. Quién lo iba a decir. En cualquier otra situación, me habría reído al verla tan aturdida y fuera de sí, con lo que era ella, que parecía siempre tenerlo todo bajo control. Pero lo cierto es que yo también sentía que en cualquier momento iba a caerme redondo al suelo.

Por fin, Emma se detuvo. Dándonos la espalda, cogió la goma que siempre llevaba en la muñeca y se recogió el pelo para apartárselo de la cara. La había visto hacerlo antes, cuando necesitaba concentrarse. Rara vez era buena señal.

Respiró hondo y se giró hacia nosotros.

—De acuerdo, a ver si lo he entendido —dijo, con sorprendente serenidad—. Estamos en el mundo de la noche. Gaua, ¿no? Bajo el reinado de Gaueko, que es el dios de las Tinieblas, que no le caen nada bien los humanos, y parece que tiene un poco de mal carácter. Aquí no se hace de día nunca y no podemos comunicarnos con nadie.

Emma clavó sus ojos en Unax.

Se acercó a él hasta quedar frente a frente.

—Pero podremos recuperar a Ada y volver a casa —le dijo—. ¿Verdad?

Unax, como siempre, tardó demasiado en contestar.

8

Emma

Al día siguiente, el sonido del despertador me desveló pronto por la... ¿mañana?

No, claro que no.

Seguía siendo de noche.

Lo apagué de un manotazo. Las ventanas, sin persianas (¿para qué?) dejaban ver la misma oscuridad que el día anterior. ¿Cómo conseguirían despertarse con energía? Todo esto solo invitaba a seguir durmiendo.

Al otro lado de la habitación, un gruñido emergió de entre las sábanas. Me incorporé para encender una vela, todavía adormilada, y vi a Teo haciéndose una bola en su cama, abrazando su almohada.

—Teo, levanta.

—No parece hora de desayunar —murmuró de manera casi incomprensible, con la boca pegada a la cama—. Seguro que esta gente cena por las mañanas también. Pfff. Total.

Mi bostezo le dio la razón, pero me froté los ojos y me levanté para comenzar a prepararme. De camino, le lancé mi propia almohada.

—Au —se quejó, pero conseguí lo que quería y sacó su cabeza de las sábanas—. Me va a costar acostumbrarme a esto.

—Teo. —Me detuve en seco. Me senté en su cama y le miré fijamente—. No te vas a acostumbrar. No nos vamos a acostumbrar a nada de esto porque vamos a irnos de aquí. ¿Estamos? Vamos a encontrar a Ada, me da igual lo que digan. La vamos a encontrar y vamos a cruzar el portal de vuelta. ¡Y ya está! A nuestras vidas de siempre. Tú a Francia, yo a Alemania y Ada sana y salva en Madrid, ¿vale? Y no le contaremos nada de esto a nadie porque nos quedaremos sin amigos.

—Ajá...

Era cierto, no lo había pensado. No me quedaba mucha gente con la que pudiera hablar en el colegio, pero esta anécdota era la gota que colmaba el vaso. Si se enteraban, sería como tirar por el retrete el escaso reducto de popularidad que me quedaba vivo. Y de verdad que me quedaba muy poca.

En realidad, hace mucho tiempo tuve una amiga. Una amiga de verdad, ya sabes, de esas con las que puedes hablar de todo sin que piense que estás completamente loca. Se llamaba Erika. Éramos muy muy amigas, desde preescolar. Con ella sí que me sentía cómoda. Hacíamos cosas que supongo que no eran tan normales para las chicas de nuestra edad, pero nos gustaba el deporte y era así como nos lo pasábamos bien.

El motivo que hizo que dejásemos de ser amigas es fácil de explicar. Ese motivo tiene el pelo rubio y es guapísima. Sí, lo has adivinado: es Helga, la chica más popular de mi clase, que decidió que iba a hacerme la vida imposible por pura diversión. Empezó a inventarse apodos para mí, a reírse de que me gustara tanto el fútbol y a ridiculizar el tamaño de mis piernas. Decía que eran piernas de chico, demasiado musculosas... Y es curioso, porque hasta entonces ni yo me había fijado nunca ni tampoco parecía que nadie se hubiera percatado, pero desde ese preciso instante todo mi colegio señalaba mis muslos cuando me ponía en pantalones cortos.

Por supuesto, algunas semanas después de eso, Erika dejó de quedar conmigo. Al principio lo hizo de manera sutil, casi imperceptible, y yo lo achaqué a que estaba agobiada con los trabajos del colegio y que ese era verdaderamente el motivo por el que ya no tenía tiempo para quedar conmigo. Pero al cabo de los días su desapego empezó a ser más evidente y, para cuando me di cuenta, ya no hablábamos en los pasillos ni hacíamos caricaturas del profesor de inglés en los márgenes del libro. No puedo culparla demasiado; en el fondo, es posible que yo hubiera hecho lo mismo. ¿O tal vez no? ¿Tal vez a mí me hubiera dado igual lo que dijera Helga y todas las demás? No lo sé.

La cuestión es que estaba segura que esto de ser bruja no me iba a ayudar a recuperar a Erika, ni a hacer ninguna amiga nueva. ¿Qué tal vuestro verano, chicas? Oh, el mío genial, he perseguido a mi prima a través de un portal y, os vais a reír, pero resulta que soy una bruja.

Bueno, quién sabe, después de todo tal vez incluso se lo creyeran. A fin de cuentas siempre había sido la rara de la clase, ¿no? Esto al menos les confirmaría sus sospechas.

Algo parecido a un ronquido me sacó de mis pensamientos.

¡¿De verdad?!

Sacudí a mi primo con un manotazo entre las sábanas.

—¿Sabes cómo no vamos a encontrar a Ada, Teo? ¡Durmiendo! —chillé—. ¿Quieres hacer el favor de levantarte?

Se incorporó, con los ojos entrecerrados dibujando dos líneas muy finas en una cara de pocos amigos.

—Eres... —dijo— muy... intensa por las mañanas.

Cogí mi ropa y me dirigí al baño.

—Lo que tú digas. Vístete.

El comedor estaba algo más vacío que el día anterior. Claro que, si solo dormían en el instituto los alumnos que no eran del pueblo o los que tenían a su familia «al otro lado», era normal que el número de alumnos se redujera a la hora del desayuno. Aun así, tuvimos que ponernos a la cola para coger una bandeja y tardamos unos minutos en llegar frente al bufé.

Teo pareció despertar de golpe cuando vio los dulces. Empezó a servirse una pieza de cada, incluyendo cosas que yo no había visto en mi vida. Canutillos de crema, una especie de tortas redondas... y en medio de una bandeja vacía, un solo cuenco lleno de una sustancia amarilla espesa que olía tan bien que me provocó un rugido del estómago.

—¿Qué es eso? ¿Natillas?

—No me importa, lo quiero —dijo, no sin antes meterse un trozo de bizcocho en la boca.

—*Muxu goxo* —oí a mis espaldas.

Me di la vuelta. Una chica pequeñita y rubia nos miraba por debajo de su flequillo, haciéndose un hueco entre nosotros para coger el último *muxu*... bueno, eso. Nos lo arrebató delante de nuestras narices.

—Es un postre del valle. Os lo recomiendo... para otra vez —rio, asegurando su bandeja y añadiendo un vaso de leche a su desayuno—. ¿Sois nuevos?

—Algo así —dije—. No nos quedaremos mucho.

Eché un último vistazo a los dulces, pero terminé optando por mi desayuno de todos los días y me hice con un bol de cereales, un zumo de naranja que parecía recién exprimido y un vaso de leche caliente. Después, me dirigí a una mesa libre y, cuando me senté, me di cuenta de que la chica nos había seguido. Con una amplia sonrisa, se dejó caer en el asiento de enfrente y empujó su bandeja hacia el centro de la mesa.

—En serio, es que lo tenéis que probar.

Había cogido dos cucharillas de más y las introdujo en el postre para devolvérmolas llenas. Yo dudé unos segundos, pero Teo le arrebató la cucharilla de un zarpazo y terminé por imitarle. Cuando el sabor explotó en mi boca, como a crema caramelizada, me di cuenta de que tenía razón.

—Está muy rico —admití.

—Es una apuesta segura. —Miró hacia los lados y se inclinó hacia nosotros de manera confidente—. No todo está rico, hacedme caso. No queráis probar el arroz con leche. ¿Pero el *muxu goxo*? No falla.

—¿Llevas mucho... aquí? —preguntó Teo.

—¿Aquí en... Gaua? Bueno. Yendo y viniendo desde pequeña, claro —respondió, como si fuera la mayor obviedad del mundo—. Pero estudio aquí, estoy en tercero. Así que llevo tres años por Gaua.

—¿Tercero? Pero no pareces... —dijo Teo—. Hum. ¿Tienes catorce años? Porque no... no los aparentas.

—Tercero según el sistema Ipurtargiak; no de la ESO. Tengo diez años —corrigió, sonriente—. Aquí se comienza la escuela con ocho años, hasta cumplir los quince. ¿No os lo han contado?

Me encogí de hombros. Unax nos había contado tantas cosas el día anterior que me era físicamente imposible retenerlas todas. Ya había sido demasiado complicado para mí intentar entender y recordar los tres hijos que la Luna tuvo con los mortales y que daban lugar a los tres linajes (Elementales, Empáticos y Sensitivos, ¿no?)... ¡Bueno! Por no hablar de la rebelión de Gaueko cuando llegó la electricidad al valle, su intento de raptar al Sol con ayuda de la Luna, el Basajaun escuchándolo todo, el cabreo épico de Mari y la división del mundo en dos.

Eso era todo lo que ocupaba mi cabeza y, en aquel momento, para mí era más que suficiente. ¿Honestamente? El funcionamiento interno del Ipurtargiak no era algo en lo que hubiese invertido mucho tiempo meditando. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Como saber cómo demonios salir de allí, por ejemplo.

Mi expresión pareció confundirla. Cuando arrugó las cejas, se le formó un agujerito justo encima de la nariz.

Teo dejó caer su cabeza sobre la mano.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo.

Ella asintió.

—¿Qué narices significa Ipur...? Eso.

—¿Ipurtargiak? —rio—. Las Luciérnagas.

—¿Instituto Las Luciérnagas? —Teo no parecía muy impresionado—. ¿En serio?

—Es un animal muy importante en Gaua. —Nos miró, primero a uno y luego al otro—. Eso sí lo sabéis, ¿no?

Nuestro silencio le sirvió de respuesta. Carraspeó.

—Vaya. Bueno, no os preocupéis, ya lo iréis pillando. ¿Vais a estudiar aquí?

—Solo estamos de paso —respondí—. Mi prima se perdió, cruzó el portal sin querer y debe de andar por aquí en algún lado. La estamos buscando. En cuanto la encontremos, volveremos a casa.

—Ah. —No pudo ocultar su decepción—. Bueno, es comprensible. Aunque... ¿no os da pena...? No sé. No conectar con Gaua... ahora que todavía podéis, quiero decir. Antes de volver.

Ah, cierto. Que esto de saltar entre portales alegremente se acababa al cumplir los quince, por el castigo que Mari infligió a la Luna y toda esa leyenda tan ridículamente injusta. De eso sí me acordaba. Aun así, negué con la cabeza.

—Hasta ayer, ni siquiera sabíamos que esto existía —dijo Teo, dándole más información de la que a mí me habría gustado—. Así que...

—¿Cómo? —exclamó, abriendo mucho sus ojos azules—. Tenéis que estar tomándome el pelo.

Como toda respuesta, volví a encogerme de hombros. Ella se llevó las manos a la boca con evidente entusiasmo.

—¿Entonces esta es vuestra primera vez aquí? ¡Debe de ser emocionante!

¿De verdad? Llevábamos menos de veinticuatro horas allí y ya nos habían intentado robar dos duendes, habíamos conocido a una mujer con patas de gallina y nos habían contado una historia de miedo en tres dimensiones, con dioses de las tinieblas y explosiones incluidas.

No sé si lo habría descrito como emocionante. Desquiciante, tal vez.

—Estamos flipando —resumió Teo.

—Queremos volver a casa —repetí tajante, por si no había quedado claro.

La chica asintió, empezando a comprender, por mi gesto, la gravedad de la situación.

—Claro que queréis volver a casa. Esto debe de ser... vaya, no quiero ni imaginarme lo que puede ser encontrarte con todo esto de repente —dijo, y se quedó absorta. De pronto, pareció darse cuenta de que no se había presentado—. Me llamo Nagore, por cierto.

—Yo soy Teo. Y ella es mi prima, Emma —dijo, de prisa. Cruzó sus brazos sobre la mesa y se inclinó hacia ella, dispuesto a seguir curioseando—. ¿Entonces tus padres están en nuestro mundo?

Nagore se mordió el labio superior, con la vista fija en la mesa.

—Lo quisieron así. En el fondo, es una decisión más habitual de lo que pensamos. Es una vida más normal, si lo piensas bien. Yo me crie ahí, pero es que siempre me hablaban de Gaua y... bueno. Tenía que conocerlo por mí misma, para verlo con mis propios ojos antes de decidir, ya sabéis. Y, ¡vaya! Guau. Es como... ¡guau! ¿No os parece? No hay palabras para describir Gaua, ¿a que no?

En eso tenía que darle la razón: no encontraba palabras. En cualquier caso, al menos por el momento, si las buscaba no creía que fueran a ser bonitas.

Ella en cambio parecía fascinada, y no se esforzaba en ocultar su entusiasmo. Observándola, me di cuenta de que su personalidad contrastaba profundamente con la del resto de las personas que habíamos conocido en Gaua. Unax, Nora... ambos parecían reservados, amables pero callados..., como si se guardasen siempre algo de información para ellos mismos, por si las moscas. Como la Amona. Mi tío Fermín, el padre de Teo, siempre decía eso del carácter del valle, «como una buena hogaza de pan: corteza crujiente, interior blandito». ¡Pero vaya con la corteza! Y, en cambio, ahí estaba Nagore, irradiando luz, con una sonrisa tan natural y abierta que era imposible de ignorar. ¿De dónde habría salido esta chica?

Mientras la observaba, vi que a la vez que cogía su tazón de leche y se lo llevaba a la boca, su mano izquierda comenzaba a moverse en círculos, en una especie de baile despreocupado por encima de su cabeza. La miré alzando una ceja, sin comprender lo que se proponía, hasta que noté una suave corriente de aire acompañando los movimientos de su mano.

Un momento. ¿Lo estaba haciendo ella? ¡¿Con la mano?!

Me recorrió un escalofrío que me puso los pelos de punta.

La corriente arrastró un bote de miel desde el extremo opuesto de nuestra mesa donde otros niños desayunaban, y la recorrió por completo esquivando platos y bandejas hasta detenerse justo delante de la suya. Como si nada, Nagore dejó de beber y agarró el frasco para servírsela.

Teo se levantó de golpe.

—¡¡QUÉ PASADA!! —exclamó.

Ella se sobresaltó. Por un momento no entendió nuestra sorpresa, y nos miraba a Teo y a mí sin comprender tanto alboroto. Cuando entendió que la causante era su peculiar manera de prepararse el desayuno, se le dibujó una sonrisa tímida en la boca.

Teo seguía de pie, señalando el tarro de miel como si acabase de sorprenderlo bailando claqué. En cualquier momento se le iban a salir los ojos de las órbitas.

—¿CÓMO HAS...? ¡¡QUÉ GUAY!! —exclamó—. ¿Qué más sabes hacer? ¡Haz más cosas!

—¡Teo! —le reñí, aunque ella parecía bastante encantada.

—Esto es todo, en realidad... puedo hacerlo más fuerte, pero me reñirían si lo hiciera aquí dentro —murmuró, y luego puso los ojos en blanco y empezó a imitar una voz que me recordó bastante a la de Nora—. No está permitido formar viento de más de quince kilómetros por hora, blablá, la seguridad del centro, blablá. Habréis visto el corcho de la entrada, ¿no? Alguna vez me he metido en algún que otro lío.

Espera un segundo...

De pronto advertí, al ver esos ojos grandes brillando con emoción, que tal vez nuestra nueva amiga podía sernos de utilidad.

—Así que eres una Elemental —deduje. Ella asintió sin esforzarse por ocultar su orgullo.

—Mi elemento es el Aire —explicó.

No sonaba mal. Cualquier ayuda era poca, y nos podría venir muy bien su compañía para buscar a Ada. Algo era algo, ¿no? Una ventisca pequeñita para que nos respetasen los duendes no nos habría venido nada mal.

—Oye, y... siendo que parece que te manejas bien por aquí —probé suerte—: ¿Crees que podrías ayudarnos a entrar en el bosque a buscar a nuestra prima?

Pero antes de que ella pudiera responder, detrás de nosotros sonó un carraspeo que me hizo dar un respingo en mi silla. Nora, la directora del Ipurtargiak, nos miraba con dureza, con sus labios formando mil arrugas como un acordeón al plegarse.

—Nadie va a ir al bosque —dijo, secamente—. Buenos días, Nagore. Teo, Emma, debéis acompañarme.

Nos levantamos sin preguntar. ¿Nos habíamos metido en un lío? Empezaba a ser algo demasiado recurrente para mi gusto.

Nora nos sacó del Ipurtargiak y caminamos durante una media hora, abandonando el pueblo y tomando una carretera envuelta entre árboles hasta llegar al pueblo más grande del valle. Al igual que me pasó con el pueblo de la Amona, no me fue difícil reconocer Elizondo, con sus mismas casas blancas de bordes empedrados, sus mismos balcones, el ancho río que dividía sus calles... Había ido allí mil veces, también con nuestros padres. Pude reconocer perfectamente el lugar en el que solía haber un bar, donde mis padres y mis tíos siempre se sentaban a tomar un *pintxo* relajadamente mientras Teo, Ada y yo jugábamos en los columpios. En este mundo, en cambio, parecía haberse convertido en una tienda de hierbas e infusiones, con la pintura de las paredes desconchada y una enorme aldaba metálica con forma de caldero en medio de la puerta de entrada.

Me invadió una sensación rarísima. Muchas cosas seguían igual y eran inconfundibles y, sin embargo, parecía que alguien hubiera embalsamado el pueblo más de cien años atrás: ni un solo coche ni una farola ni rastro de los bares con luces de neón y carteles con el logo de Coca-Cola. Era como si todo se hubiera quedado exactamente igual que a principios del siglo xx.

Sería entonces ¿no? La separación de los dos mundos había coincidido con la llegada de la electricidad al valle, en ¿mil novecientos... algo? ¿O sería un poco antes? Lo que estaba claro es que todo había permanecido igual desde entonces. Claro que Gaueko debía de haber decidido prescindir de toda luz artificial. En su lugar, las farolas estaban encendidas con velas, que a duras penas iluminaban las calles. Tenía que ser verdaderamente complicado vivir así. La propia Nora nos había dado un par de lámparas de aceite para recorrer el camino sin tropezarnos.

Finalmente, se detuvo frente a un gran palacio blanco en forma de U, con piedras rojizas en los bordes, en el que yo recordaba haber estado alguna vez. Cuando vi el enorme escudo en el centro, no me cupo duda:

—He estado aquí —dije. Teo alzó una ceja—. Es la Casa de Cultura. De hecho tú también has estado aquí, ¿no te acuerdas?

Se encogió de hombros. ¡Pues claro que no se acordaba! Estuvo toda la visita con los auriculares puestos, escuchando música y pasando de las explicaciones de la Amona.

—En vuestro mundo es la Casa de Cultura —me interrumpió Nora—. Aquí, es el Palacio del Concilio, sede de los brujos desde finales del siglo xviii. Acompañadme.

La seguimos atravesando el enorme portón metálico y recorriendo el pórtico que nos separaba del interior del palacio. Una vez dentro, me di cuenta de que era diferente a lo que yo recordaba. En mi mundo el suelo estaba cubierto de baldosas, pero aquí seguía siendo piedra, blanca, pulida y brillante por los miles de millones de zapatos que la habrían recorrido en todo este tiempo. En las altas paredes colgaban una multitud de símbolos, escudos y cuadros que tampoco me sonaban de nada. Las observé distraída mientras seguíamos a Nora a lo largo del pasillo, en dirección a las escaleras.

Sin poder evitarlo, ahogué un grito cuando mi vista se topó con un tapiz en la pared de mi izquierda.

Teo se giró a mirarlo también.

—¡Ostras!

Pero yo no tenía palabras. Lo que representaba aquel tapiz era absolutamente escalofriante. Una enorme hoguera se erguía en medio de una plaza, y en ella, maniatadas, varias personas gritaban de dolor, envueltas en llamas. Mientras tanto, una multitud jaleaba y aplaudía con los ojos sedientos de sangre.

Aparté la mirada. El fuego, las miradas desquiciadas de toda esa gente... era una escena demasiado macabra como para que pudiera mirarla más de dos segundos seguidos. En su lugar, mi mirada se topó con Nora, que nos observaba desde dos escalones por encima de nosotros con una expresión triste. Respiró profundamente antes de hablar:

—Debéis saber que a los humanos les cuesta mucho tolerar lo que no son capaces de comprender. Ha sido así siempre.

—¿Esta escena es real? —exclamó Teo, ahora sí sobresaltado. Yo, lamentablemente, ya me lo temía—. ¿Pasó de verdad?

Nora asintió.

—El 7 de noviembre de 1610. Supongo que conoceréis el escándalo de Zugarramurdi.

—¿No había una película?

—No solo una película, hay multitud de mitos y leyendas al respecto, pero esta es la verdad: es uno de los muchos actos de intolerancia del hombre hacia lo desconocido.

Miré una vez más, brevemente, a los rostros de las personas que ardían en la hoguera. Decidí elegir con cuidado mis palabras antes de preguntar:

—Entonces es verdad que eran brujos.

—No todos ellos —respondió—. Aquel día se condenó a la hoguera a once personas, entre las que había niños, brujos y humanos perfectamente corrientes que se habían visto envueltos en esta majadería sin tener ni idea de qué les estaban acusando. Pero poco importa que fueran brujos o no; fue una atrocidad, se los acusó de cosas que ninguno de ellos había cometido.

—¿Quién los acusó? —pregunté.

—Una vecina del pueblo. Dijo que un grupo de mujeres la habían engañado para participar en aquelarres donde se rendía culto al diablo.

—¿Y era verdad?

—Mari misericordiosa, ¡claro que no! Cualquiera que se esfuerce en conocernos un poco sabrá que no creemos en supersticiones. Todo lo que hacían esos grupos de mujeres era reunirse, debatir, entrar en contacto con la naturaleza y avanzar enormemente en sus conocimientos de botánica. Ese fue el problema, si me lo preguntáis; dudo mucho que les hiciera mucha gracia que estuvieran aprendiendo

tanto. La inteligencia en una mujer siempre ha sido una amenaza, y más en el siglo XVII.

Este tema tocaba profundamente a Nora; no hacía falta ser muy listo para darse cuenta. Se le habían ruborizado las mejillas y se cruzaba de brazos mientras respiraba hondo como si intentase calmarse.

—Deberíamos... deberíamos contarle, ¿no? —dije—. La gente tiene que saber esto.

Nora negó con la cabeza.

—Este asunto está zanjado. Tuvimos que esperar al siglo XIX para que se llevase a cabo una investigación seria acerca de lo que pasó —explicó—. Afortunadamente, entonces sí, se reconoció públicamente que había sido una acusación absurda y terriblemente injusta. ¿Pero explicar a los humanos la existencia de los brujos? ¿Intentar que comprendan lo que hacemos? No, no estaban preparados.

—¿Por eso os escondéis? ¿Porque tenéis miedo de los humanos?

—Mira, Emma, la relación con los humanos ha sido complicada desde que el mundo es mundo. En el siglo XVIII se formó este Concilio, donde estáis ahora, y os aseguro que se trabajó muy duro por intentar preservar la convivencia del valle y buscar la mejor manera de cohabitar con los humanos. Se debatió muchísimo sobre si debíamos revelar nuestra verdadera identidad, y se colaboró con algunos humanos de confianza. Estaban haciendo muchos progresos, pero entonces... llegó la Guerra de las Luces y lo cambió todo.

—Gaeko os montó un buen lío —dijo Teo.

Nora chistó, llevándose un dedo a los labios.

—¡Ssh! ¡Jamás hables así de un dios! Tienen oídos en todas partes. —Frunció la boca unos segundos antes de seguir hablando—. Pero sí. Con la llegada de la electricidad y el intento de raptó del Sol... bueno, la situación se complicó, Mari dividió el mundo en dos y creó Gaua. Desde entonces las prioridades del Concilio han cambiado. Para bien o para mal, la magia ya no convive con los humanos.

Con un suave carraspeo, nos indicó que la charla había terminado y se giró para seguir subiendo escalones. Pero a mí me costaba muchísimo dejar de pensar en todo aquello. La imagen del tapiz se me había clavado en la retina, y no pude evitar pensar en la Amona y en todas las personas de mi familia. Si realmente la magia había corrido siempre por nuestras venas, no quería ni imaginarme los peligros a los que nos habíamos enfrentado, fruto de la desconfianza y el desconocimiento de sus propios vecinos. Yo, en cambio, mientras terminaba de subir las escaleras, todo cuanto veía en los cuadros y fotografías de los brujos eran imágenes que transmitían un profundo respeto a la naturaleza y a los animales del valle.

Desde luego, no parecían tan siniestros ni tan peligrosos. Pero tal vez tuviera razón: en el fondo, siempre rechazamos lo que nos cuesta entender.

Nora terminó de subir las escaleras y se llevó una mano al pecho, ahogada por el último esfuerzo.

—Estáis a punto de descubrir la Sala... de los Cien... Árboles —dijo—. Un auténtico... orgullo para los... Sensitivos.

Aún con esfuerzo, agitó la mano para saludar en dirección a una sala, donde un hombre mayor con una espesa barba grisácea esperaba leyendo un libro detrás de la ventanilla. Él reparó en su presencia y la saludó con un gesto de cabeza antes de levantarse lentamente y abrirnos la puerta.

—¿Qué me traes, Nora? —murmuró, arrastrando los pies hacia nosotros con un manajo de llaves en las manos.

—Dos nuevas incorporaciones al linaje de los Sensitivos.

El hombre alzó las cejas y sonrió, aunque parecía algo sorprendido.

—*Ongi etorri* —dijo. Yo le sonreí. Esa frase sí la conocía, y significaba «bienvenidos» en euskera.

—Necesitarán catalizadores.

—Entendido. Vamos allá.

Lo seguimos hasta el fondo de la antesala, donde una puerta que llegaba hasta el techo estaba cerrada con un complejo candado que la cubría de arriba abajo en miles de engranajes. Contuve la respiración, asombrada, mientras observé al hombre mayor utilizar tres llaves diferentes, en posiciones distintas, realizando movimientos estudiados con sumo cuidado. Primero dio tres cuartos de vuelta con una llavecita dorada, después un ligero giro a la izquierda con la llave más grande de todas, seguido de dos giros completos en un candado de cobre, ribeteado con los mismos dibujos de hojas que tenía la última de las llaves.

Cuando terminó el último movimiento, se llevó ambas manos a su barriga redonda en un gesto de satisfacción.

—¡Pues ya estaría!

Y antes de que pudiera mirarle con desconfianza, los engranajes de la puerta comenzaron a moverse, primero poco a poco, hasta desatarse en una perfecta cadena de movimientos que contagió a todas y cada una de las piecitas metálicas que la componían. Observé todo el baile de su mecánica con los labios entreabiertos. Era un espectáculo alucinante.

Se detuvo de pronto, del mismo modo abrupto que había comenzado, y el último clic abrió ligeramente la puerta.

—*Eskerrik asko*, Mikel. Yo me encargo desde aquí —dijo Nora, empujando la puerta para terminar de abrirla del todo.

—¡*Agur*, Nora! Ya estaremos.

Pero la voz del señor mayor solo hizo eco a nuestras espaldas. Lo que vi delante de mí me taponó los oídos y me dejó sin aire. La sala era enorme, con paredes largas que se extendían más allá de donde me llegaba la vista, y todas ellas estaban cubiertas por cientos de ramas de árboles que se entrelazaban formando una estantería infinita.

No había un solo centímetro de sus ramas que no estuviera ocupado, desde el suelo hasta lo más alto del techo y, sin embargo, no había ningún libro. Lo que

ocupaba cada estante natural era un millar de pequeños objetos, todos ellos de la misma madera de los árboles.

—Madera del bosque —dijo Nora—. Imagino que ya os han hablado de vuestra condición, ¿me equivoco?

Teo ladeó la cabeza.

—¿Te refieres a que somos Sensitivos?

Nora asintió y echó una ojeada a su alrededor con los ojos brillantes.

—Debéis sentirlo con profundo orgullo. El linaje al que pertenecéis tiene una profunda conexión con el bosque, más de lo que cualquier otro brujo o bruja pueda llegar a imaginar jamás. El bosque habita en los Sensitivos, el agua de los ríos corre por nuestra sangre y el simple contacto con la madera de sus árboles provoca reacciones mágicas que son diferentes para cada brujo.

Esta vez, se dirigió a mí y lo hizo muy seria, clavándome sus ojos redondos:

—No debéis permitir nunca que el desconocimiento de quienes os rodean os quite el orgullo de ser diferentes. La presencia de los brujos ha sido fundamental para el valle. El culto a la tradición está tan profundamente arraigado en el Baztán gracias a nuestro esfuerzo durante años, y no es solo una cuestión de cultura. Nuestros antepasados lo han preservado y han cuidado de cada una de sus criaturas. Y en el caso de los Sensitivos, nuestra labor para comprender y proteger la flora del valle ha sido crucial. No os lo reconocerán jamás, pero somos responsables de buena parte de los primeros avances que se realizaron en química y farmacia.

No respondí. Tampoco se me ocurría qué podía decir y, a mi lado, Teo solo miraba a su alrededor con ojos chispeantes, entre los miles y miles de objetos que ocupaban las estanterías.

En el centro de la sala, había un par de sillones de un color verde oscuro que rodeaban una mesita de café, por supuesto, de madera. Nora se dirigió a ellos, se hizo acopio de uno de los sillones y se dejó caer con fuerza, haciendo temblar sus patas.

—Veréis, esta situación no es la habitual —dijo, acariciándose las sienes con las yemas de los dedos—. Son vuestros familiares quienes deben enseñaros todo esto. Es absolutamente inaudito y, diré más, nada recomendable, que unos niños entren en Gaua sin ningún tipo de instrucción ni herramientas.

Respiró profundamente, cerrando los ojos.

—En fin —dijo—. Debéis saber que Casilda y yo fuimos muy buenas amigas.

—¿Nuestra Amona? —preguntó Teo, y ella asintió con la cabeza.

—Éramos uña y carne. —Se le formó una sonrisa triste—. Pero es que además tenía un gran potencial. Su conexión con Gaua era sorprendentemente fuerte. Es una pena que se decidiese por el Reino de la Luz.

—¿Por qué se fue? —pregunté.

—Escogió a vuestro abuelo.

—¿No era brujo? —dijo Teo.

—No. Era un humano corriente, un pastor como tantos otros del valle. Pero vuestra abuela era cabezota, y una vez se le metía algo entre ceja y ceja tened por seguro que no había manera de llevarle la contraria.

Así que la Amona había renunciado a la magia por amor. No pude evitar sonreír. ¿La Amona? No le pegaba nada, detrás de esa apariencia tan seria y despegada, haber mandado todo a freír espárragos por un chico del pueblo. De pronto, me invadió una rabia enorme no haber llegado a conocer a mi abuelo. Murió cuando todavía no habíamos nacido, y todo cuanto tenía de él eran unas fotografías en blanco y negro en las que él y la Amona miraban a cámara muy serios, como queriendo poner fin al asunto cuanto antes.

—¿No puede volver a Gaua? —dijo Teo.

—La decisión que tomas a los quince años es definitiva. Es una lástima. A nadie le cabía duda de que era la candidata perfecta al cargo de líder de los Sensitivos. —Debió de ver nuestras caras de confusión, porque procedió a explicarse—. Hay uno por linaje. De la misma manera que hubo tres precursores, siempre hay tres... representantes, por así decirlo. Así nos aseguramos que los intereses de todos estén bien atendidos y... bueno, en fin, cosas de política con las que no quiero aburrirlos.

El agotamiento en sus palabras no me dejó lugar a dudas:

—Eres tú, ¿verdad? La líder de los Sensitivos.

Asintió.

Vaya. Líder de grupo y directora del instituto... Por lo visto, también había adictos al trabajo dentro de Gaua.

—En fin, centrémonos en lo importante. Ya sabéis que el caso de los Sensitivos es un poco más complejo que el resto ya que, a diferencia de los otros dos linajes, nuestra magia necesita un catalizador —dijo, señalando las paredes que nos rodeaban.

—¿Una varita? —preguntó Teo.

La mirada de Nora le sirvió de respuesta. No había varitas y Teo había visto demasiadas películas.

En cambio, había una cantidad ingente de objetos de todas las formas imaginables. Habría cientos. O miles. La simple visión mareaba.

—Debéis escogerlo bien —nos advirtió—. No todos servirán.

Sin esperar a que le dijeran nada más, Teo comenzó a caminar por la habitación, curioseando entre los estantes de ramas naturales y toqueteándolo todo como si estuviese en su casa. Cada poco exclamaba un «guau», «qué pasada» o un «¿y esto qué es?». Pero yo me mantuve estática en mi sitio, justo en frente de los sofás, mirando a Nora sin ninguna intención de moverme y con los brazos cruzados.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

No pude evitarlo. Apenas conocía a Nora, y todo era tan nuevo que tenía una voz permanente en mi cabeza advirtiéndome de que no debía confiar en nadie; ni siquiera en ella. Pero no sé qué me pasó en ese momento. No sé si fueron todos esos catalizadores juntos, las historias sobre las brujas ardiendo tan cerca del pueblo de la

Amona o una mezcla de ambas cosas, pero me invadió una sensación de miedo tan grande que me impedía moverme.

Tragué saliva.

—¿Dónde está Ada? —dije al fin.

No sin cierta dificultad, Nora se levantó de su asiento y se acercó a mí.

—Emma, escucha...

—No —dije—. Ha pasado un día entero y todavía no sabemos nada de ella. No necesito un catalizador, necesito encontrarla.

Quise evitarlo, pero me quemaban los ojos. Parpadeé muy rápido. Por nada del mundo querría que Teo lo viese, pero llevaba todo el día resistiendo las ganas de salir corriendo a buscarla. El momento en que dije que Ada no era mi prima se repetía una y otra vez en mi cabeza y, en cambio, aquí estaban todos, hablándome de portales, linajes y objetos mágicos como si estuviésemos en una especie de parque de atracciones.

Nora puso su mano sobre mi hombro y lo apretó con suavidad.

—Ten por seguro que tu prima es mi más absoluta prioridad —me dijo—. Ayer convoqué una junta de líderes urgente y los Empáticos están coordinando una brigada de búsqueda, peinando todo el bosque para encontrarla.

Con dificultad, tragué el nudo de mi garganta.

—Aparecerá, Emma —me dijo—. Si realmente está en Gaua, la encontraremos.

Exacto. Si es que realmente estaba en Gaua, ¿no? Porque todavía cabía la posibilidad de que nunca hubiera cruzado este portal. Al fin y al cabo, como había dicho Teo, eso supondría que Ada también era una... bruja, ¿no?, pese a no tener ningún vínculo de sangre con nosotros ni con la Amona. Los padres biológicos de Ada también tendrían que haber sido brujos y esa era una casualidad demasiado grande, ¿verdad? Ni siquiera sabíamos si sus padres eran del valle también.

Y, sin embargo... dejando la lógica aparte..., algo me decía que estaba aquí. Y era una sensación que me envolvía de la cabeza a los pies, con la misma seguridad que lo había sentido desde que decidí saltar al pozo. Estaba con nosotros, en algún lugar de este mundo de oscuridad.

Nora volvió a hablar.

—Estamos intentando establecer formas de comunicación con Casilda. Querrá saber que estáis bien.

—Un momento, ¿eso se puede?

—Existe la comunicación a través del fuego. Es una técnica Elemental algo rudimentaria y necesitamos más tiempo del que nos gustaría, pero estamos trabajando en ello. En realidad, Emma, lo más sensato sería que volvierais con vuestra Amona. No tiene sentido que estéis por aquí... Deberíais volver a casa, para que esté tranquila, y esperáis con ella al otro lado. Nosotros podríamos encargarnos de buscar a Ada, y estoy segura de que vuestra abuela os lo agradecería.

Al otro lado de la habitación, la voz de Teo sonó amortiguada desde el fondo de alguna caja:

—¿Y perderme todo esto? ¡Ni muerto!

Yo también lo tenía muy claro. No podía volver. No después de ser la que había pronunciado las palabras que la habían hecho huir de casa y meterse en este lío. ¿Cómo podría explicárselo a la Amona? ¿Y a los padres de Ada? No podría siquiera mirarles a los ojos. Debía solucionarlo yo. Debía ser yo quien la trajera de vuelta. Negué con la cabeza, convencida.

—No me voy a ir de aquí sin Ada.

Nora esperó unos segundos en silencio, como si pusiera a prueba mi determinación. Después, simplemente alzó las cejas:

—Pues entonces, si realmente queréis ayudar en su búsqueda y sobrevivir en este mundo, debéis aprender cómo funciona. De lo contrario, sois absolutamente vulnerables a muchos más peligros de los que podríais imaginar.

No dije nada. Me limité a mirarla, tragándome la rabia. Ella tomó mi silencio por respuesta y se dirigió a una de las ramas más cercanas. Posó su mirada en los distintos objetos colocados encima y después me miró a mí, entrecerrando los ojos.

—Obsérvalos bien. ¿Cuál te seduce? El objeto debe hablarte.

—¿Hablarme?

—No literalmente, claro, pero sí debe decirte algo. Tiene que ser un objeto que tengas la necesidad de coger en tus manos. Algunos brujos lo describen como una «curiosidad imperiosa». —Sonrió, bajando la mirada—. En mi caso fue una simple cuestión de instinto.

Me acerqué más, con cuidado, caminando por la sala y echando una ojeada a todos los artilugios que poblaban las ramas. Había cosas tan diferentes entre sí que no tenía ni idea de por dónde empezar: relojes de arena de distintos tamaños y formas, juguetes infantiles, amuletos que parecían inservibles, pulseras, llaveros e incluso coleteros.

Y ninguna de esas cosas me hablaba.

En absoluto.

¿Y si lo hacían? Bueno. Debían de estar haciéndolo muy bajito, porque lo único que llamó mi atención fue darme cuenta de que había algunos huecos vacíos entre las ramas. Fruncí el ceño, acercándome más. El rastro de polvo formaba un dibujo sobre la rama, lo que era una señal inequívoca de que ese espacio había estado ocupado por un objeto durante muchos años.

—¿Por qué algunos huecos están vacíos?

—Porque esos catalizadores pertenecen a algún brujo ahora.

Miré a mi alrededor y vi varios huecos más, en distintos puntos de la sala. Nora añadió:

—Cada catalizador tiene su lugar, y volverán a él en el momento en que su dueño haya dejado de necesitarlo.

—¿Cuando muera?

—O en el caso de que decida irse al otro lado del portal. En ese caso, también deberían devolverlo. Los catalizadores pertenecen a Gaua, así que llevarse uno al otro lado sería una tremenda irresponsabilidad.

Toqué con mis manos el rastro del catalizador, recorriendo con mis dedos el dibujo de su sombra, que parecía tener la forma de una cuchara de postre. No tenía ni idea de por qué me había llamado la atención, pero la ausencia de ese catalizador me había provocado muchas más cosas que cualquiera de los objetos que podía ver a mi alrededor.

Nora me miraba negando con la cabeza, pero sus ojos me sonreían formando pequeñas arruguitas en sus extremos.

—Vamos, escoge uno. No lo pienses tanto y déjate llevar.

Decidí hacerle caso. Justo en frente de mí, en una rama gruesa había un pequeño artilugio de madera. Lo miré atentamente, sin tener la más remota idea de lo que era. Parecía... ¿un azucarero? En cualquier caso, nada tan imponente como una podría haber imaginado un arma de brujería. Fruncí un poco el ceño, y miré a Nora de reojo para intentar adivinar su reacción. Pero este había sido mi primer instinto, ¿no? Y se suponía que había que dejarse llevar por el instinto.

»Magia, Emma. Vas a entrar en contacto con la magia. Generaciones y generaciones de brujas van a confluír en ti y vas a sentir por primera vez la magia de la Luna, nada menos. Qué más da si parece un azucarero. Quieres ayudar a Ada, ¿no? Pues venga».

Respiré profundamente.

—Ese —dije, con solemnidad—. Quiero probar ese.

Nora asintió y lo cogió entre los dedos. Me miró unos segundos en silencio antes de dejar caer la figura de madera sobre mis manos.

Cerré los ojos con fuerza.

Esperé.

¿Y ya?

Abrí un ojo.

Nora ladeaba la cabeza.

—No te preocupes —dijo, restándole importancia y quitándome el azucarero de golpe—. Es normal, nadie acierta a la primera. Sigue probando, ¿vale? La magia se revelará sola si debe ser así.

¿De verdad? ¿Sigue probando? ¿Como si fuera un rasca-y-gana? ¿Qué pretendía que hiciera, pasarme el día rebuscando en el baúl de los recuerdos del bosque?

Pero antes de que pudiera expresar mi frustración en voz alta, una suave melodía inundó la habitación y el suelo tembló bajo mis pies, haciendo tambalear todas y cada una de las figuritas de las estanterías. Duró apenas un segundo, pero fue suficiente para hacerme perder el equilibrio.

Entonces lo vi.

En la otra punta de la sala, Teo estaba de rodillas, separando sus labios de una flauta de madera. Nos observaba asombrado, con su pecho subiendo y bajando rápidamente.

¡Lo había hecho él!

—Fantástico —exclamó Nora, caminando con prisas hacia mi primo—. Verdaderamente extraordinario.

Teo había encontrado su catalizador, así, sin más, en menos de cinco minutos. Mi primo Teo, el mismo que era un desastre y no se enteraba nunca de nada, el mismo que no me estaba ayudando absolutamente nada desde que habíamos cruzado el portal. Me parecía algo tan surrealista que lo habría achacado a un golpe de suerte... hasta que lo comprendí.

Cerré la boca de golpe, mirando todavía desde lejos cómo recibía las felicitaciones de Nora, con los ojos fijos en su flauta, brillando con una emoción chispeante y contagiosa.

La música.

Por supuesto que era la música.

Teo no había tardado ni un segundo en encontrar su catalizador porque, en el fondo, siempre había estado dentro de él.

Para mi sorpresa, sentí una secreta punzada de envidia.

9

Teo

Hablemos claro: cuando a uno le dicen que es brujo, que ha cruzado un portal y que ha llegado a un mundo mágico, se imagina una vida trepidante llena de aventuras. Cuanto menos, yo qué sé, uno espera que le enseñen a hacer cosas peligrosas, como a preparar una poción mortal, o a lanzar un hechizo que convierta a tu enemigo en una cucaracha, ¿no?

Pues no.

Aquí, por lo visto —Nora se encargaba de repetírnoslo una y otra vez— «la magia se traía aprendida de casa», y todo el mundo parecía tenerla tan naturalizada como si se tratase de lavarse los dientes o atarse los cordones de las zapatillas. ¡Así, sin más! Se levantaban por las mañanas e iban al colegio como si nada, como si fueran gente totalmente normal y no viviesen atrapados en un mundo de tinieblas.

¿Entre tú y yo? Yo creo que la falta de sol les sentaba regular.

Para mí, en cambio, la magia era algo totalmente nuevo, y no me podía creer que no estuvieran hablando de ella todo el rato. Solo habían pasado tres días desde que me hice con mi catalizador y te aseguro que conseguir esa flauta había sido, de lejos, lo más emocionante que me había pasado nunca, y eso que todavía no había conseguido hacer gran cosa. Bueno, estaba ese hormigueo en los dedos cuando la tocaba, sí, pero aparte de eso y el primer temblor que había producido en la Sala de los Cien Árboles, no había logrado dirigir mi magia hacia ningún objetivo concreto.

Vamos, que de momento no me servía para nada.

Pero sabía que tenía que ser solo cuestión de tiempo, así que aprovechaba cada minuto libre entre clases para ensayar canciones, concentrarme y tratar de mover algún objeto pequeño.

Sí, me has entendido bien: entre clases. Nora se había empeñado, muy a mi pesar. «Seguid a Nagore en todo momento», nos había dicho. «Es por vuestra propia seguridad», blablá, «ella conoce bien ambos mundos, os será de ayuda, no os separéis», blablá. Y sí, eso incluía ir con ella a todas las clases, incluyendo a las más aburridas. Estarás conmigo en que esto es pasarse de la raya. ¿De verdad había necesidad de malgastar tanto tiempo estudiando lengua o biología, cuando podría

estar practicando con mi flauta y volviéndome invencible? ¿De qué me iba a servir a mí el objeto indirecto si volvía a cruzarme con un duende con ganas de jugar?

No lo entendía. Y por eso aquel día, cuando vi a Nora entrar en clase y cerrar la puerta tras de sí, no pude evitar soltar un largo resoplido. Tal y como nos había advertido el primer día, ella impartía la clase de biología y botánica del valle y los días anteriores se había dedicado a llenar la pizarra de dibujos de plantas rarísimas de las que no había oído hablar en mi vida. Por lo visto, las flores eran totalmente distintas a las que estábamos acostumbrados en nuestro mundo, y tenían un montón de particularidades rarísimas que no podría recordar aunque lo intentase, aunque tampoco es que me estuviese esforzando demasiado. Las plantas de mi mundo nunca me habían llamado la atención, así que estas, por raras, brillantes y mágicas que fueran, no iban a ser una excepción.

Pero entonces, la directora dejó caer su cuaderno sobre la mesa y el golpe hizo eco en las paredes del aula.

—Hoy no hablaremos de plantas —dijo, y se cruzó de brazos.

Suspiré, aliviado. Al menos, hasta que sacó una serie de tarjetas con dibujos de bichos. No tenía claro que prefiriese los bichos a las plantas. Las primeras eran aburridas, pero ¿estas cosas? Estas cosas eran espeluznantes, y vivía mucho más feliz sin saber que existían, gracias.

Al primero de ellos lo reconocí enseguida.

«Lo que me faltaba».

—Vamos a dedicar la lección de hoy a profundizar en la fauna autóctona del valle —dictó Nora, alzando una de sus diminutas cejas—. Seguro que conocéis a los galtxagorris.

—Demasiado bien —murmuré, cruzándome de brazos. ¿Cómo olvidar a los duendes que me habían atacado en mi primer día en Gaua? Me recorrió un escalofrío.

—Estos pequeños duendes muestran una inteligencia extraordinaria, tanta que se aburren si no encuentran una actividad que les estimule intelectualmente, y es entonces cuando pueden volverse peligrosos —continuó Nora.

«No me digas».

Sentada en el pupitre de mi derecha, Nagore me miró con una sonrisa.

—¿Por qué pones esa cara? —dijo.

No sabía qué cara estaba poniendo, pero no sería nada descabellado que fuera una mueca de asco.

—No me caen bien —respondí, simplemente.

—¡Pero si son adorables!

—Uy, sí. Prueba a jugar con ellos, ya verás qué bien se les da lo de hacer la zancadilla.

Se tapó la risa con la palma de la mano, mientras Nora continuaba con la explicación:

—Hace años, antes de la separación del mundo, los galtxagorris habitaban en el interior de cajas de alfileres y estaban al servicio de los humanos, pero la realidad es que desde hace años son miembros de pleno derecho en Gaua y ahora tan solo algunas familias contratan sus servicios, fundamentalmente para desarrollar tareas complejas relacionadas con los números.

Nagore no se esforzaba en ocultar su entusiasmo. Tomaba apuntes con rapidez, copiando los dibujos de las criaturas mientras Nora seguía hablando del estilo de vida de esos duendecillos y su alimentación básica, pero a mí todo eso no me interesaba en absoluto. Pensándolo bien, ya les había aguantado lo suficiente aquel día en el bosque, así que decidí evadirme de la misma manera que lo he hecho siempre en el colegio. Disimuladamente, traté de sacar el reproductor de música de mi bolsillo, dispuesto a esconderme los auriculares por debajo de las mangas. Digamos que ya había desarrollado cierta habilidad, ¿de acuerdo? Podría estar toda una clase escuchando música, apoyando la cabeza en mi mano fingiendo aburrimiento, y nadie se enteraría.

En cambio, Nagore me miró de refilón cuando todavía estaba desenredando los cables dentro del cajón de mi mesa. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, puso los ojos más grandes que le he visto nunca y me dio un manotazo que se escuchó en toda el aula.

Nora se calló de golpe, y las cabezas de todos se giraron hacia nosotros.

—¿Algo que queráis compartir con el resto de la clase? ¿Algún conocimiento avanzado sobre los hábitos alimenticios de los galtxagorris, tal vez?

Me rasqué el cuello, fingiendo no tener ni idea de lo que me estaban hablando: un clásico que nunca fallaba. A mi lado, Nagore también se encogió de hombros y, no sin antes dirigirnos una mirada que demostraba que no se fiaba un pelo, Nora continuó con su lección. Esta vez puso sobre la pizarra una tarjeta diferente, que mostraba la fotografía de un gigante enorme, cubierto de pelo de la cabeza a los pies y con unos dientes puntiagudos que no me gustaron nada en absoluto.

—Gentiles —exclamó Nora—. ¿Qué podéis decirme de ellos?

Nagore suspiró con alivio al ver que la profesora había dejado de prestarnos atención. Inmediatamente después, me fulminó con la mirada.

—¿En qué estás pensando? —susurró—. Podrías meterte en un lío si te ven con esto.

Alcé una ceja, no demasiado impresionado. Ya me habían castigado más veces de las que podía recordar y no me parecía para tanto, pero ella negó con la cabeza como si no me enterase de nada.

—No están permitidos los objetos electrónicos dentro de Gaua. Bajo ningún concepto. Se considera un delito, podrías arrestarte —me advirtió, muy seria—. Será mejor que lo escondas si no quieres que te lo quiten.

—¿Y por qué no se pueden utilizar?

—No hay electricidad, ¿recuerdas? Gaueko no lo permitiría. Aquí nos regimos por su ley, ¡lo aprobó el Concilio hace más de cien años! No hay electricidad, no hay luz, no hay...

—De acuerdo, ¡de acuerdo! —dije, poniendo los ojos en blanco.

No entendía qué daño podía hacer mi reproductor, pero le hice caso y lo guardé en el bolsillo de mis pantalones. Lo único que me faltaba era que me quitaran el único objeto que me permitía escuchar música.

Mientras tanto, Nora dibujaba en la pizarra una enorme figura de piedra que parecía prehistórica.

—¿Alguien sabría decirme algo sobre estas particulares construcciones de los gentiles?

Dejé caer mi cabeza sobre la mesa, rendido. Mi mejilla se aplastó contra el libro de biología.

Cada día, sobre las 11.00, teníamos un descanso de media hora y nos dejaban salir a los jardines que rodeaban el colegio. Era mi momento favorito. El patio se iluminaba con una enorme guirnalda de velas colgantes que cubría todo el espacio como una gran tela de araña. Entre todos los estudiantes, muchos aprovechaban para ir a la bulliciosa plaza del mercado para comprar dulces o intercambiar cromos, pero siempre había algún grupo que se quedaba en el patio jugando o poniendo a prueba sus últimos trucos. El día anterior, había visto a un Elemental congelar el chorro de agua de la fuente del patio con un simple chasquido de sus dedos, mientras otro trataba de calentarla expulsando llamas con las palmas de sus manos. Me pareció que era un duelo de Elementales, y casi se me desencajó la mandíbula. Yo quería hacer algo así. Y quería aprenderlo ya. Como fuese.

Mientras tanto, Emma... la verdad, no sé muy bien qué es lo que hacía. Supongo que se quedaría rezagada por ahí o se sentaría en uno de los bancos de piedra, poniendo esa expresión tan suya de odiar profundamente a todo el mundo.

Creo que en el fondo su mal humor había empeorado por lo del otro día, cuando conseguí mi flauta. Ella se fue de la Sala de los Cien Árboles con un catalizador que no parecía servirle de nada y por lo visto había vuelto cada día para intentarlo con otros más, con el mismo resultado: nada. Al menos, eso me había dicho Nagore. Porque por supuesto, Emma a mí no me lo había contado, ¡ni lo haría jamás! Era demasiado orgullosa como para admitir que le había ganado en algo, aunque fuera en una cosa como la magia, que se suponía que no le interesaba en absoluto.

«A mí no me importan esas bobadas, Teo. Estamos haciendo cosas más importantes, Teo. Hay que encontrar a Ada cuanto antes, Teo». ¿Y cómo pensaba buscar a Ada si no tenía ninguna manera de defenderse?

Pero a mí me daba igual, yo tenía mi flauta. Y mis ganas de conseguir hacer algo con ella eran tan grandes que lo que Emma hiciera o pensara me importaba más bien

poco.

—Voy a intentarlo otra vez —les anuncié a las dos, apresurándome hacia las escaleras que llevaban al patio mientras agarraba con fuerza la flauta debajo de mi sudadera.

Pero antes de que pudiera bajar un escalón, me tropecé con un chico. Lo primero que vi fue una cazadora negra con una capucha de rayas. Miré hacia arriba. Era Unax.

Se sobresaltó al vernos. Claramente, subía de vuelta en dirección al colegio. Me miró a mí primero, solo un segundo, antes de mover la cabeza a modo de saludo. Después, su vista fue a parar a Emma. Pareció dudar unos segundos, pero después apretó los labios, con una expresión severa en el rostro.

—Qué tal —dijo simplemente, y se fue a paso rápido sin darnos tiempo a contestar su pregunta. Supuse que era su manera de decir «hola». Su manera siniestra-de-doy-mal-rollo-porque-soy-un-Empático, quiero decir.

Nagore venció el escalón que nos separaba, agarró mi brazo y me miró con los ojos muy abiertos, como si acabase de ver a un hipopótamo bailando la conga.

—¿Conocéis a Unax? —exclamó.

Yo me encogí de hombros, pero Emma la miró con mucho interés y contestó por mí:

—¿Por qué?

—Bueno, es... ¡ya sabes! ¡Unax! —dijo, como si eso lo explicara todo. Después se acercó mucho a nosotros, mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que no nos escuchaba nadie, y su voz se convirtió en un susurro—. Su padre es un pez gordo; nada menos que el líder de los Empáticos. Su familia es una de las familias más influyentes de Gaua, desde hace muchísimos años. Dicen que el bisabuelo de su bisabuelo ya era líder de los Empáticos, ya ves que es cosa de familia. ¡Y ya os conoce! No está mal para vuestra primera semana, ¿eh?

Nagore pegó un codazo a Emma en el costado, pero ella no se rio. En su lugar, se quedó mirando en dirección al pasillo donde Unax caminaba como si de repente tuviera mucha prisa.

Cuando desapareció doblando la esquina, Emma arrugó las cejas.

—No nos contó nada de su familia... —murmuró.

Nagore resopló.

—Bueno, no creo que le guste mucho hablar de ello.

—¿Y por qué no?

—No lo sé. Tiene que ser raro, ¿no? Ser hijo de alguien tan importante y que la gente te lo recuerde todo el rato. Dicen que ya se está preparando para ser el nuevo líder. Y eso que solo tiene catorce años... ¿te lo imaginas?

«Sí, bah. Seguro que ser importante y famoso tenía que ser agotador», pensé. Se me ocurrían dramas peores.

Agitando la cabeza con impaciencia, las dejé atrás y terminé de bajar las escaleras de dos en dos. El suelo empedrado del patio estaba tan frío que podía notarlo a través

de mis zapatillas. Di vueltas y vueltas entre los grupos de estudiantes y las guirnalda de luces, buscando con la mirada algún objeto que me sirviera para practicar con mi flauta. Entonces los vi: un grupo de chicos jugaban a pasarse la pelota sin tocarla con las manos, simplemente moviendo el aire a su alrededor con movimientos de sus dedos. Una chica se había unido con su catalizador, que era un pequeño objeto romboidal de madera, que llevaba sujeto a su muñeca como si fuera una pulsera. Con cada movimiento que hacía con él, la pelota la obedecía y se movía en la dirección que le marcaba, como si llevara una raqueta invisible.

Yo tenía que aprender a hacer eso.

—¡Eh! —exclamé, tratando de llamar su atención—. ¿Puedo intentarlo?

Los chicos parecían mayores que yo. Uno de ellos, el más alto y corpulento, me miró de arriba abajo y se le dibujó una sonrisa burlona.

—¿Intentar qué? —dijo otro, más bajito, con una nariz larga y el rostro lleno de pecas.

Pero antes de que pudiera responderle, la chica del catalizador me miró con la cabeza ladeada.

—Espera, ¿no es el nuevo? —dijo.

—¡Es verdad! Uno de los perritos falderos de Nagore —señaló el primero, con voz socarrona, y miró a sus amigos—. Dicen que es su primera vez en Gaua, que ni siquiera sabían que eran brujos.

La chica soltó una risotada y negó con la cabeza.

—Déjalo, novato —dijo—. A ver si vas a romper algo.

Me invadió una profunda rabia, pero la contuve apretando la mandíbula. No se me ocurría ninguna respuesta ingeniosa para dejarles sin palabras, así que me largué de ahí tratando de ocultar mi vergüenza.

Les escuché reírse a mis espaldas.

—Eh, no les hagas caso. —Nagore me había alcanzado—. Son de último año y se creen que lo saben todo sobre la magia, ¿sabes? Siento decirlo, pero esto es muy típico entre los Elementales; suelen sentirse los dueños del mundo.

—Pero si tú eres una Elemental —dije, confuso.

—Bueno, pero yo soy una rara y maravillosa excepción —bromeó.

Negué con la cabeza.

—La chica era Sensitiva —dije—. Estaba moviendo la pelota con una pulsera de madera, lo he visto.

Nagore suspiró, abatida. Nos habíamos apartado del centro del patio, y me dejé caer en un banco, al lado de la puerta que conducía al comedor. Nagore se sentó conmigo, pero por poco tiempo. De repente, su cara se iluminó y se puso de pie de un salto.

Junto a la puerta, había varias cajas de herramientas y un par de sillas plegables apiladas, oxidadas por haber pasado demasiado tiempo bajo la lluvia y el frío. Nagore

cogió una silla, la extendió con fuerza, ayudándose de su rodilla, hasta que chirrió y consiguió recuperar su forma original.

Después, la colocó frente a mí y se sacudió las manos.

—Venga, muévela —me animó.

—¿Qué?

Nagore señaló al grupo de estudiantes con la cabeza.

—No los necesitamos. Vamos, coge la flauta y muévela.

Yo no estaba muy seguro. Una cosa era una pelota pequeña, y otra una silla entera, con las patas metálicas, que estaba seguro de que debía pesar bastante. Me revolví el pelo, nervioso.

—¿A qué esperas? —insistió.

Saqué la flauta, más por no llevarle la contraria que porque me hubiera convencido. Despacio, me la llevé a los labios y soplé, empezando a entonar la melodía más complicada que había conseguido aprender. Me concentré con todas mis fuerzas, y abrí un ojo.

La silla ni siquiera había temblado un poquito.

¿Y si esto no era lo mío?

A lo mejor lo de la Sala de los Cien Árboles había sido un error, ¿no? A lo mejor simplemente había pasado un avión por encima, si es que había aviones en Gaua (¿los había? Esa era una buena pregunta), o había sido un terremoto o... ¿y si mi catalizador era otra cosa? A lo mejor, como habíamos sentido el temblor en la sala lo habíamos dado por sentado y ya está. Mi padre me lo había dejado bien claro, la música no era algo muy serio. A lo mejor tendría que haber escogido algo un poco más práctico. Como un ábaco, o algo así.

Sonreí amargamente.

—Eh. ¿Qué haces? —Nagore arrancó una hoja de la libreta que llevaba en su bolsillo, la arrugó en una bola y me la tiró a la cara sin piedad.

—¡Au! ¿Qué? ¿Por qué?

—Esa canción era un auténtico rollo.

—¡No es un...! —traté de defenderme, pero me quedé a media frase. La verdad es que a mí tampoco me gustaba nada—. No sé. Pensaba que, si escogía una melodía complicada, sería más... ¿efectiva?

—¿Y eso por qué?

—Bueno, no sé, tiene sentido, ¿no? Las cosas importantes cuestan esfuerzo.

Nagore pestañeó un par de veces en silencio y después movió la cabeza muy rápido, desordenándose el flequillo.

—Toca tu canción favorita, Teo.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Cómo? ¿Mi canción favorita?

—Claro. Se supone que tienes que sentir algo, ¿sabes? No vas a conseguir hacer nada si no te lo crees ni tú.

Miré la flauta entre mis manos. La verdad es que eso tenía sentido, pero no era algo que me hubieran dicho nunca. ¿Que tenía que creérmelo? ¿Disfrutar? ¿Sentir? Bueno, desde luego esas palabras no sonaban para nada como los consejos de mi padre, así que solo por eso decidí que tenía que darle una oportunidad.

Aunque me había pillado tan desprevenido que ni siquiera tenía claro cuál era mi canción favorita.

—Pues... es que no sé cuál es —confesé.

—¡Pfff! ¿En serio? —Se tapó la cara con las manos—. Pues yo qué sé. Piensa en una, ¡una que te guste! Por ejemplo, ¿qué canción te gustaría escuchar?

—¿Ahora mismo?

Ella asintió.

Yo me metí una mano en el bolsillo, para palpar mi reproductor de música unos segundos. «¿Qué canción me gustaría escuchar ahora?», pensé.

Y de inmediato, una canción de Imagine Dragons acudió a mi mente. No era muy complicada de tocar, pero era, sin duda, una de las que más me gustaban.

De acuerdo, había que intentarlo.

Me llevé por segunda vez la flauta a la boca, cerré los ojos y empecé a tocar *Demons*. Esta vez, no pensé en la silla, ni en nada más que en la melodía. La conocía muy bien. De memoria. Pronto, la voz del cantante resonaba dentro de mi cabeza, y seguía la letra mentalmente como tantas veces que la había cantado en la ducha o en mi habitación, con la música a todo volumen. Con el pie, empecé a seguir el ritmo y, para cuando me di cuenta, todo mi cuerpo bailaba acompañando la canción, presa de un cosquilleo que me subía desde los dedos de los pies hasta lo alto de la nuca. La fuerza de esta canción era tan contagiosa que era imposible no dejarse llevar, incluso interpretada con una flauta dulce. Era la sensación más alucinante del mundo. Solo estábamos esa canción y yo. Solo quería tocar, y bailar, y me faltaba tener una boca más para cantar mientras tocaba, y de repente...

¡CLAC!

Del sobresalto casi se me cayó la flauta de entre los dedos y, a lo lejos, escuché que alguien ahogaba un grito.

Cuando abrí los ojos, la silla estaba en el suelo.

Se me cortó la respiración. Miré a Nagore, alucinando. ¿Lo había hecho yo? ¿De verdad? ¿Yo? ¿Con mi flauta?

Como si entendiera la pregunta que no había formulado, Nagore sonrió hasta que se le marcaron los hoyuelos y movió la cabeza en gesto afirmativo.

Y entonces, cuando creía que había alcanzado toda la felicidad que existía en este mundo, el patio irrumpió en un aplauso, al principio tímido y después unánime, ganando en volumen según los alumnos se acercaban a admirar mi proeza. Incluso el grupito que antes me había llamado novato ahora me miraba impresionado, y la chica del catalizador asentía con la cabeza en señal de respeto.

¡¡Lo había hecho!! Había hecho magia. Magia de verdad. ¡Con mi recién descubierta canción favorita! ¿Quién decía ahora que la música no servía para nada? Sentía la alegría hinchándose en mi pecho como un globo a punto de explotar. Nagore se acercó a mí para felicitar me, e incluso un chico de mi clase vino a darme unas palmadas en el hombro. Fue al girarme hacia él cuando vi a Emma, mirándome desde lo alto de las escaleras.

Apartó la mirada muy rápido y se dio la vuelta, entrando de nuevo en el colegio. No parecía muy contenta.

Al contrario, parecía frustrada.

10

Emma

¿Frustrada? No, no estaba frustrada.
Para nada.

Había atardecido, ya habían acabado las clases y me había largado del Ipurtargiak para «que me diera el aire». Pero, en realidad, estaba escondida en el pórtico de uno de los edificios de la plaza del mercado, jugando a la pelota con ganas de atravesar la pared y romper hasta las piedras.

Pam. Pelota contra la pared. Pam.

No estaba frustrada.

Pam.

Estaba rabiosa.

Pam.

Enfadada.

Pam. Pam. La mano con la que jugaba me ardía de los golpes.

Eso era. Estaba enfadada. Y ni siquiera sabía con quién.

¿Cuántas veces había ido a la Sala de los Cien Árboles a probar nuevos catalizadores? ¿Cuántas? Mikel, el guardián de las llaves, ya me conocía perfectamente y se había aprendido hasta mi nombre. Me dejaba pasar sin hacerme preguntas y me deseaba suerte sonriendo debajo de su barba gris.

Pero es que yo ya lo había probado todo. Todo.

Había entrado con calma, mirando todos los objetos y tratando de sentir lo que se suponía que tenía que sentir. Pero también había entrado a la sala a gritos, exigiéndole a la Luna que me mandase una maldita señal. Y también me había tapado los ojos con las manos y había dado vueltas sobre mí misma para desorientarme y dejarme caer contra el primer catalizador que encontrase en mi camino, esperando que el auténtico me atrajese hacia él con algún tipo de fuerza extraña.

¿Y qué había conseguido, eh?

Nada.

Pam.

¡NADA!

Pam.

Solo un montón de objetos inservibles que sacaba a pasear para no sentirme una auténtica inútil mientras mi primo andaba por ahí tirando sillas y ganándose los aplausos de todo el instituto.

Y mientras él disfrutaba de su momento de gloria, yo seguía sin conseguir ningún avance y Ada seguía ahí fuera, a saber dónde, probablemente muerta de miedo, y yo no podía hacer nada para sacarla de donde quiera que estuviera.

A lo mejor... a lo mejor no volvía a verla nunca.

Y todo era por mi culpa.

Pam.

Esa era la realidad. A lo mejor Ada se había perdido para siempre, y todo habría sido porque yo era una bocazas. Y por mucho que lo intentase, por mucho que me empeñase, ni siquiera era capaz de arreglarlo por mí misma. Hasta Teo, ¡TEO, por el amor de Dios!, lo estaba haciendo mejor que yo, y se movía entre el resto de los brujos como un pez en el agua.

¿Aunque de qué me sorprendía?

Pam.

Yo nunca había encajado en ninguna parte.

¡Pam!

No encajaba ni en mi propio mundo. ¿Por qué iba a ser diferente aquí? ¿En serio creía que iba a atravesar un portal y ser una persona distinta? ¡Pues claro que no encontraba un catalizador para mí! Todos los brujos podrían hacer magia menos yo, ¡estaba claro! Incluso en un mundo de raritos yo estaba destinada a llamar la atención.

¡PAM!

Emma la rarita, ¿no?

¡PAM!

Emma, la bruja sin magia. La que nunca encontró su catalizador. Pobrecita.

¡PAM! ¡¡PAM!! ¡¡¡PAM!!!

—¡¡EH!! ¿Paramos ya con la pelotita o qué? ¡Algunos intentamos estudiar!

El grito emergió de la puerta del edificio donde me había metido. Del sobresalto, se me escapó la pelota y ni siquiera me dio tiempo a recogerla porque, cuando me giré y vi la cara del chico furioso que se asomaba por la puerta, me quedé paralizada. Era Unax.

Su expresión se relajó un poco al verme, aunque siguió mirándome con cara de pocos amigos. A mí y a la pelota, que rodaba por el suelo hacia sus pies.

—¿Se puede saber qué demonios hacías?

Miré la pelota y me coloqué el pelo detrás de las orejas con torpeza.

—¿Jugar?

—¿En mi patio?!

—¿Es tu patio? N-no lo sabía.

Sentía arder mis mejillas. Por supuesto que no lo sabía. De haberlo sabido jamás me habría escondido allí. Todo lo que esperaba era desaparecer y ocultarme del mundo. Desde luego, no era mi intención encontrarme con nadie, y menos... bueno, y menos con él.

Como toda respuesta, Unax señaló el escudo que había encima de la puerta. Lo miré algo confundida; ese escudo no significaba nada para mí, pero estaba claro que debía de tratarse del emblema de su familia. Era muy parecido al del valle y también tenía los cuadros de un tablero de ajedrez, pero en lugar del casco de una armadura, había un ojo cerrado custodiando el estudio.

Sí, no había duda de que era la señal de que la casa pertenecía a alguien. A un Empático, probablemente, por el dibujo del ojo.

Definitivamente, no era mi día.

—Lo siento —dije rápidamente—. No sabía que era tu casa. En mi mundo está vacía, no vive nadie. ¡Pero ya me iba!

Decidida a no hacer más el ridículo, le di la espalda y empecé a andar hacia la salida, dispuesta a esconderme en algún agujero y no salir nunca más.

—Emma.

Su voz a mis espaldas me provocó un respingo. Me detuve de golpe y, al girarme, lo vi de pie en la puerta, sujetando mi pelota en la mano.

—Te dejabas esto.

Arg. ¿Qué habíamos dicho de dejar de hacer el ridículo?

—Claro.

Volví sobre mis pasos hasta quedar frente a frente con él. Con una mirada difícil de descifrar, me tendió la pelota, aunque no llegó a soltarla. En su lugar, dirigió la vista a mi mano desnuda y arrugó las cejas.

—¿Pero qué has hecho?

—¿Qué?

Su pregunta me pilló por sorpresa. Me miré la mano por inercia y descubrí que la recorrían pequeñas grietas surcadas en sangre. La moví hacia los lados para verla bien. ¿Cómo había podido hacerme esto? Estaba muy hinchada. Ni siquiera me había dado cuenta.

Unax se metió la pelota en el bolsillo y me cogió la mano entre las suyas, acercándose para mirarla bien.

—¿Pero cómo se te ocurre jugar a pelota sin nada en la mano? Ni un esparadrapo, ni un guante... ¿Querías rompértela o qué?

—No me he dado cuenta.

—Pues ya me dirás cómo, porque esto tiene que doler.

—Yo qué sé, estaba jugando. Claro que me dolía, pero no pensé... yo qué sé.

—Y encima venga a darle golpes con toda tu ira, claro. No podías jugar como una persona normal.

—¡Oye! Ya te he dicho que lo siento.

De un tirón, le aparté la mano y me la cubrí con la mía.

Unax me miró molesto y alzó las manos con impotencia, antes de meterlas de nuevo en sus bolsillos.

Respiró hondo.

—Deberías curarte eso.

Negué con la cabeza sin pensarlo dos veces, pero de reojo eché un vistazo a mi mano. La verdad es que una de las heridas tenía una pinta un poco fea y, ya en frío, empezaba a escocerme bastante.

No dije nada, pero Unax dejó caer el peso de su cuerpo contra el marco de la puerta y se revolvió el pelo como si le ayudase a pensar con claridad. Cerró los ojos un instante.

—Tengo cosas en casa —dijo al fin.

—Cosas.

—Para curarte. Tienes que lavarte bien la herida. Pasa, anda.

Ni siquiera me dejó opinar. Abrió la puerta por completo y empezó a caminar hacia el interior. Solo entonces me di cuenta de que iba en pantuflas y que llevaba puesto el pantalón del pijama.

Se giró hacia mí.

—¿Pasas o qué?

Cerré la puerta tras de mí.

La casa de Unax era alucinante. Mientras me dirigía a la cocina, conté cuatro habitaciones, por lo menos dos cuartos de baño y un pequeño aseo en la entrada. Era enorme. El pasillo entero estaba cubierto por una alfombra alargada muy elegante y, en las paredes, colgaban varios cuadros y blasones que estaba segura de que también habían pertenecido a su familia.

Unax me acomodó en un taburete de la cocina, junto a la encimera.

—Espera aquí.

Me quedé observando a mi alrededor, sin atreverme a moverme del taburete. Intenté controlar mi curiosidad, porque no quería que Unax me descubriera cotilleando entre sus cosas, pero me resultaba muy difícil evitar echar un vistazo entre los cacharros de la cocina, o en los cajones. No es que buscase nada en concreto, pero era como si cada pequeña cosa, cada detalle de aquella casa, formasen las piezas de un puzle muy complicado que me había decidido a completar. No podría explicarlo, pero de pronto quería saber más.

Al cabo de unos minutos, Unax volvió con una caja llena de tiritas, vendajes y botecitos de cristal, y la dejó sobre la encimera. Después, agarró una silla y se sentó

frente a mí. Rebuscó entre los objetos hasta dar con un rollo de una gasa fina, que partió con los dientes para hacerse con un trozo de unos diez centímetros de largo y doblarla por la mitad. Después, vertió sobre ella un líquido transparente y me cogió la mano con cuidado.

Nuestras rodillas se chocaron cuando empezó a limpiarme la herida, dando pequeños toquitos con la gasa sobre mi piel.

Contuve el aliento.

—¿Te duele?

Negué con la cabeza.

No sentía dolor; lo que estaba era... ¿incómoda? No, no era eso. No estaba incómoda. Tenía la boca seca y sentía que debía decir algo, pero tampoco sabía el qué. Unax estaba demasiado cerca y, de repente, me costaba pensar con normalidad. Podía notar su respiración encima de mi mano.

Agh. ¡Por favor! ¿Qué me estaba pasando? ¿Desde cuándo me volvía tan..., tan... ¡estúpida!, delante de un chico? Me recordaba a mis compañeras de clase, suspirando como idiotas por los alumnos de último año. Verlas desde fuera era patético. ¿Esas risitas? ¿Las notitas y las miradas nerviosas? No era lo mío. No era lo mío, ¡para nada! No podía ser como ellas. ¿Qué sería lo próximo: empezar a tartamudear como si un rayo me hubiera partido el cerebro? Ni hablar. Por mucho que Unax tuviera unos ojos grises tan inquietantes y me mirase como si pudiera ver dentro de mí.

«Espabila, Emma».

De pronto, Unax se revolvió en su silla.

—Bueno. —Se aclaró la garganta, como si de pronto tuviese mucha prisa por hablar de cualquier cosa—. ¿Me vas a contar ya por qué estabas intentando destrozarme las paredes de mi casa?

Me encogí de hombros.

—Intentaba distraerme.

Sin dejar de limpiarme la mano, alzó la mirada hacia mí.

—¿Y siempre eres así de bestia?

—Solo cuando estoy enfadada.

Alzó las cejas y sonrió de medio lado.

—Recuérdame que no te enfade. —Levantó la gasa y se incorporó un poco. Después, rebuscó de nuevo en la caja y miró un par de botecitos hasta que dio con el que buscaba. Lo desenroscó con cuidado y vertió un par de gotitas sobre un pedazo de algodón—. Esto va a escocerte un poco.

—¿Qué es?

—Una pomada.

—¿Pero qué lleva?

—Confía en mí.

—¿Qué lleva?

—Pues plantas del bosque, ¡yo qué sé! —Con un resoplido, cogió el botecito para leer la lista de ingredientes—. Caléndula. ¿Contenta?

Gruñí a modo de respuesta.

Unax respiró hondo, mirándome con una ceja alzada y el algodón en alto. Con un gesto de cabeza, le di permiso y él lo acercó a mi herida. Presionó ligeramente y me mordí el labio. No dolía mucho, pero sí era una sensación desagradable.

Todavía con el algodón apretado contra la herida, me miró fijamente.

—¿Y tú por qué estabas tan enfadada?

Fruncí el ceño. ¿De verdad quería preguntarme eso? ¿Qué le importaba a él, en cualquier caso? Apenas habíamos vuelto a hablar desde nuestro primer día en Gaua. No teníamos confianza, ni éramos amigos.

—Aún no lo has encontrado, ¿no? —dijo mientras despegaba el algodón cuidadosamente de la herida.

Aaaauch.

—¿Cómo? —dije, distraída. Desprovista del algodón, mi mano escocía bastante más. Tuve que concentrarme y respirar profundamente para que mi cara no revelase que esta vez me dolía de verdad.

—Tu catalizador.

Eso sí lo escuché.

Abrí mucho los ojos y aparté la mano de golpe.

¿Cómo se atrevía? Sentí cómo una mezcla de furia y vergüenza invadían mi pecho a toda velocidad hasta alcanzar mi garganta. ¿Cómo se habría enterado? ¿Es que lo sabía ya todo el mundo? Quise levantarme de la silla de inmediato pero, como si adivinase mis intenciones, me detuvo con su mano en mi rodilla.

—Eh —dijo—. La gente habla. ¿Qué más da?

—¿Qué más da? —exclamé, intentando enfatizar lo ridícula que era su pregunta.

—No eres ni la primera ni la última a la que le cuesta un poco.

—¿Ah, no? ¿Puedes nombrarme a alguien que haya entrado más de cinco veces a la Sala de los Cien Árboles y aún no tenga catalizador?

—Pues... Bueno, creo que... ¿no hay un chico de Segundo que...?

—Déjalo, Unax.

Guardamos silencio unos segundos hasta que suspiró, vencido.

Rebuscó en la caja para sacar una venda y me envolvió la mano con cuidado hasta cerrarla con un pedazo de esparadrapo.

—No te lo quites hasta mañana. La pomada tiene que asentarse para que haga efecto.

Asentí, sin decir nada.

Sabía que no lo había dicho con la intención de hacerme daño, pero no podía evitar sentirme todavía más abatida. Por un momento, había conseguido olvidarme del asunto y él me lo había recordado de golpe, frivolizando el tema como si fuese

una tontería, pero para mí no lo era; en absoluto. Conseguir ese catalizador era mi única esperanza para ayudar a Ada. Sin él, estaba perdida.

Y, además, estaba eso. Esa sensación que no podía quitarme de la cabeza, que martilleaba las sienes y me hacía sentirme tan pequeña.

—¿Y si no soy como los demás?

Mi frase nos sorprendió a los dos. A Unax, que estaba a medio levantarse de la silla, y a mí, que no entendía a qué venía de pronto ese arrebatado de sinceridad. Él me observó en silencio y se cruzó de brazos, invitándome a continuar con evidente curiosidad.

—No sé, es que... Todos sois... todos tenéis algo. Un catalizador, un poder, un algo. —Tragué con dificultad un nudo en mi garganta—. Excepto yo, ¿entiendes?

—Pero es que sí que lo tienes. Simplemente no lo has encontrado todavía.

Chasqué la lengua.

No me entendía.

—Ya lo sé. No es eso, si ya sé que si lo busco muchísimo y sigo esforzándome al final aparecerá. Eso ya lo sé. Es solo que...

—Qué.

—Que estoy cansada. ¿Vale? Estoy cansada de tener que esforzarme siempre tanto para...

... «encajar en algún sitio», completé mentalmente, aunque en el exterior me limité a morderme el labio superior y respirar, dejando la frase a medias. Ese era el problema: ser simplemente Emma nunca iba a ser suficiente. Pero eso Unax no lo entendería. ¿Cómo iba a hacerlo? El hijo de una familia tan poderosa dentro de Gaua, ni más ni menos que el destinado a ser líder de su propio linaje, ¡la figura más respetada por los de su clase! ¿Qué podía saber él sobre lo que era sentirse un bicho raro?

Unax respiró profundamente y me miró de una manera que no sabría explicar, con la cabeza ligeramente ladeada hacia la izquierda.

Al cabo de un rato, volvió a hablar:

—Acompáñame.

Se dirigió de nuevo hacia el pasillo y le seguí, confusa, sujetándome el vendaje con una mano. Llegamos a la zona del recibidor en la que se encontraban todos aquellos blasones que me habían llamado la atención al entrar. Unax se detuvo frente a una hilera de fotografías y señaló la primera de ellas con la mano. Era un retrato antiguo y ovalado, enmarcado en cobre, que representaba a un hombre mayor que poseía un semblante serio e imponente. No cabía duda de que había sido alguien importante.

—¿Quién es? —pregunté.

—Mi tatarabuelo. Proclamado líder de los Empáticos en 1926 —dijo, con la vista fija en él—. Claro que no fue el primero, pero no tenemos fotografías de los que lo fueron antes que él.

No sé si esperaba que dijese algo, pero continuó hablando sin que yo pronunciase una sola palabra.

—Su labor fue especialmente relevante. Formó parte del primer Concilio de Brujos que se celebró en Gaua, tras la Guerra de las Luces, así que hizo muchísimo por la paz del valle en un momento verdaderamente complicado. Y ese de ahí, ¿lo ves? —Señaló la siguiente fotografía—. Es mi bisabuelo. También fue líder de los Empáticos. En... ¿1950, creo recordar? Comprendió que las habilidades mentales de los Empáticos eran de una enorme utilidad para la comunicación y el entendimiento con las criaturas, y fue el responsable de que se instaurase el estudio y preservación de la fauna de Gaua.

Pasó a la siguiente fotografía.

—¿Y ese? Mi abuelo.

—Líder de los Empáticos, ¿no?

—Has acertado. Nombrado en 1975. Hizo tantas cosas que... —Se revolvió el pelo y soltó una risa cargada de nerviosismo—. Es que no podría nombrártelas todas aunque quisiera.

Fruncí el ceño. ¿Adónde quería llegar con todo eso? ¿Es que de repente pretendía contarme la historia de toda su familia?

—Y ese es mi padre. Ximun.

Señaló la última fotografía, ya realizada en color. Me acerqué a mirarla de cerca. Su expresión era algo fría, distante. Miraba a cámara con la cabeza ligeramente alzada hacia detrás y había algo en él que me ponía un poco nerviosa. Pero sus ojos grises eran inconfundibles, y signo inequívoco de que era su sangre la que corría por las venas de Unax.

Entonces, señaló el espacio vacío que había en la pared, justo a la derecha de la imagen de su padre.

—¿Sabes qué es eso? —dijo—. El espacio que ocupará la fotografía del próximo líder de los Empáticos.

Tragué saliva.

—Tú. ¿Verdad?

Asintió.

—Ha sido así desde el siglo xvii. Y créeme, no basta con haber nacido en esta familia para que te proclamen líder. El consejo de Empáticos debe decidirlo por unanimidad.

—¿Entonces cómo sabes que te van a elegir a ti?

—Llevan preparándome desde pequeño. ¿A ti te parece que tengo otra opción?

Despegué la vista de las fotografías. Debajo de ellas, justo frente a nosotros, había una cómoda alargada que exhibía trofeos y reconocimientos de distintas instituciones de Gaua, junto a más fotografías de sus familiares en eventos, estrechando la mano de varias personalidades, con la expresión solemne y autoritaria de un auténtico líder.

Le miré, esta vez directamente a él.

—Unax, ¿por qué me cuentas todo esto?

Pero no hizo falta que me contestase. Le miré a los ojos, que me devolvían la mirada más transparente que nunca... y lo comprendí. No se me había ocurrido que a lo mejor Unax no quería ser el líder de los Empáticos. Que a lo mejor habría querido dedicarse a otra cosa, o tener una vida tranquila con un rebaño de cabras, ¡o ser cantante!, o simplemente descubrir por sí mismo cuál era su lugar en el mundo. O incluso en el que había al otro lado del portal.

En cualquier caso, no parecía tener muchas opciones. Y de pronto me di cuenta de que debía ser absolutamente abrumador el tener a la espalda más de tres siglos de antepasados llenos de éxitos y con una vocación tan clara. ¿Y si él fallaba? ¿Y si no quería? ¿Y si no podía?

Tragué saliva.

¡Por eso me lo había contado! Porque, contra todo pronóstico, el futuro líder de los Empáticos sí me entendía cuando le decía que tenía que esforzarme demasiado para encajar en alguna parte.

Porque sí sabía lo que era sentirse un bicho raro.

Lo vi sonreír, primero con los ojos, y después con los labios. Si no supiera que era imposible, habría jurado que Unax acababa de escuchar cada uno de mis pensamientos y que le habían provocado ganas de reír.

Y, en cambio, su carcajada no llegó nunca. En su lugar, siguió mirándome en silencio durante unos segundos en los que no pude ver nada más ni escuchar nada más ni pensar en nada más que no fueran sus ojos, acercándose lentamente hacia mí. Estábamos tan cerca que solo un pequeño movimiento me separaba de rozar su nariz.

¡CLAC!

El sonido de un objeto al caer al suelo me sobresaltó y nos separó de golpe. Me había puesto tan nerviosa que había trastabillado y había tirado un objeto de la cómoda. Me agaché inmediatamente a recogerlo, mientras sentía toda la sangre de mi cuerpo latiendo con fuerza y agolpándose en mis mejillas.

Unax dio un par de pasos hacia atrás. Con el rabillo del ojo le vi frotarse la frente con las yemas de los dedos.

El objeto se había caído en algún lugar debajo de la cómoda. Lo busqué con la mano que no tenía el vendaje esperando que, fuera lo que fuera, no estuviese roto.

Afortunadamente, lo encontré de una sola pieza. Era un broche metálico. Me puse de pie despacio, sin dejar de mirarlo. Había algo en él que me llamaba poderosamente la atención.

—¿Qué es?

Unax se aclaró la garganta. Parecía bastante incómodo, con las manos metidas en los bolsillos y esa expresión tan pretendidamente distraída.

—Hum, ¿qué? —Carraspeó de nuevo—. Ah. Un eguzkilore.

Lo acaricié con los dedos. Parecía una especie de girasol, pero las hojas eran duras, como grandes espinas a su alrededor. No podía dejar de mirarlo. Unax advirtió

mi curiosidad.

—Es la flor que se pone en las puertas de las casas en el valle. ¿No te habías fijado?

¡Ah, claro! ¿Por eso me sonaba tanto? Juraría que la había visto también en otra parte, aunque era incapaz de recordar dónde.

—Cuentan —continuó— que hace mucho tiempo, mucho antes de la Guerra de las Luces, los humanos tenían tanto miedo de las criaturas de la oscuridad que le pidieron a Mari que les ayudase cuando caía el sol.

—¿Y para eso había creado a la Luna?

—Sí, pero bueno, pero ya te conté que su luz no era suficiente para detener a las tinieblas, así que se dice que Mari creó una flor que se pareciera al sol para confundir a las criaturas. Así hizo el eguzkilore, o flor del sol. Según la leyenda, cualquier criatura mágica que llegue a una casa en la que haya un eguzkilore en la puerta, debe pararse a contar cada una de sus hojas. Y claro, contando y contando llega el amanecer y deben marcharse.

Sonreí, girando el broche para verlo un poco mejor antes de tendérselo de nuevo a él.

—Así que ya es todo un emblema del valle —concluyó, colocándolo en su sitio—. Un símbolo de protección frente a las tinieblas.

—No tenía ni idea.

—No me lo puedo creer. ¡Siendo del Baztán!

—Pero si es que he vivido toda mi vida en Alemania.

—¿En serio?

La puerta principal se abrió antes de que pudiese contestarle. Por ella emergió un hombre alto, de pelo negro hasta la altura de las orejas. No me fue difícil reconocer a un hombre que acababa de ver en fotografía. Era Ximun, el actual líder de los Empáticos y padre de...

Al mirarle, me sorprendió su reacción. Unax se había tensado como la cuerda de un violín. Ximun cerraba la puerta tras de sí y nos miró a los dos.

—Tenemos visita —dijo, a modo de saludo.

La verdad es que había algo en su voz que me hacía sentir incómoda. Y esos ojos grises, tan similares a los de Unax, se parecían más al color de un mar enfadado en pleno invierno. Había algo raro en él, algo que parecía... peligroso. Y la manera en la que Unax se frotaba las manos tampoco me hacía sentir mucho más cómoda. Era como si la presencia de su padre lo convirtiera en un niño pequeño, sin voz ni autoridad. Se limitaba a mirar al suelo como un perro apaleado.

—Sí, bueno —dijo—. Ya se iba.

Decidí no ofenderme ante el desplante de Unax, porque en realidad yo también estaba sintiendo un deseo irrefrenable de irme de allí cuanto antes.

—Eso es. Ya me iba. ¡Buenas tardes!

Ximun, en cambio, me cortó el paso hacia la puerta. Miró a su hijo con una estudiada sonrisa que supuse que pretendía ser amable.

—Todavía no me has dicho cómo se llama tu amiga.

Esperé unos segundos, pero Unax no respondió. No entendí por qué. Su mirada seguía clavada en el suelo. ¿Qué problema había?

—Emma —respondí yo, y me dio la sensación de que Unax apretaba las mandíbulas.

La sonrisa de Ximun se ensanchó y me dedicó una mirada divertida. Primero a mí, después a su hijo y, por último, de nuevo a mí.

—Emma —repitió—. La nieta de Casilda Goñi, ¿no es cierto? Toda una... eminencia.

Sonreí, pero porque no sabía muy bien qué otra cosa podía hacer. No parecía del todo sincero y, de todas formas, tampoco es que yo supiese muchas cosas sobre la Amona, al menos no sobre su vida a este lado del portal. En cualquier caso, había algo en su manera de hablar que me hacía saber que era mejor no decir nada.

Para mi suerte, fue Unax quien decidió intervenir esta vez.

—Emma se ha hecho daño jugando a pelota. La he dejado que pasara para lavarse la herida, pero ya se iba.

—Unax, no seas maleducado. ¿Cómo no la has invitado a que nos acompañe a tomar un té?

Tragué saliva.

—La verdad es que tengo bastante prisa —mentí.

Me observó unos instantes, como si estuviese poniéndome a prueba. Noté un leve cosquilleo formándose en mi coronilla, expandiéndose por toda mi cabeza hasta las raíces de mi pelo. Pero no aparté la mirada. Me quedé mirándole sin pestañear.

Finalmente, volvió a sonreír.

—Desde luego, no queremos entretenerte —dijo, y me abrió la puerta. Yo suspiré con alivio y me dirigí hacia fuera sin mirar atrás, pero, antes de que hubiera cruzado el marco, volvió a dirigirse a mí—: ¿Sabes? He oído hablar mucho de ti. Parece que estás encontrando dificultades para hacerte con un catalizador.

Me quedé paralizada. Sus palabras se me habían clavado en el estómago.

—Te deseo suerte —añadió. Aunque su mirada indicaba muchas cosas, la compasión no era una de ellas—. No puedo imaginarme lo frustrante que debe de ser.

Unax seguía mirando el suelo cuando me marché de allí.

El camino a Elizondo se me pasó volando. Caminé a paso ligero, con toda la velocidad que me permitían las piernas. La mezcla de emociones por todo lo que acababa de pasar en la casa de Unax se agolpaba en mi cabeza y todo lo que podía hacer era andar y andar y andar.

¿Qué había sido eso? Había sido la conversación más rara de mi vida. Y probablemente, la más incómoda. Ximun no parecía honesto. Había algo en su mirada, algo en esa sonrisa que me resultaba profundamente siniestro. Pero, de todas formas, ¿desde cuándo Unax tenía tanto miedo de alguien? ¡Si era su propio padre! Había tenido que contener las ganas de zarandearle y decirle que hiciera el favor de espabilar.

Y luego estaba eso, claro. Ese momento que habíamos compartido, frente a las fotografías. ¿De verdad iba a...? Si el broche no se hubiera caído al suelo, ¿nos habríamos...? Era ridículo pensarlo, pero por un momento, había estado completamente segura de que iba a besarme.

Agité la cabeza, queriendo quitarme con ello todas esas ideas estúpidas de la mente. ¿En qué estaba pensando? No tenía tiempo que perder pensando en esas tonterías.

Tenía que ayudar a Ada.

Tenía que ir a por ella.

Esa era mi prioridad.

Y sabía muy bien lo que tenía que hacer.

—¡Hola, Mikel!

El guardián de la Sala de los Cien Árboles me recibió con una sonrisa que no delataba ningún tipo de sorpresa. Estaba tan acostumbrado a verme por allí que me preguntó por el colegio y por ese trabajo de botánica del que le había hablado el día anterior.

—Suerte, anda —me dijo sonriente, cuando el complicado engranaje terminó su baile y se abrió la puerta ante mí.

—Gracias. Tengo un buen presentimiento.

Y es que Unax no lo sabía, pero tal vez el paso por su casa había servido para algo más importante de lo que creía. Caminé perdiendo la vista entre las ramas, buscando un objeto que había visto ya y que esta vez, sabiendo lo que significaba, había atrapado mi atención de una manera tan poderosa que solo podía ser cuestión de instinto.

Ahí estaba.

Era un pequeño colgante de madera que se encontraba encima de una rama tan fina que perfectamente podría haber pasado desapercibida.

Lo cogí entre las manos. El colgante representaba la forma de un eguzkilore.

Se me escapó una sonrisa.

Emma llegó a Ipurtargiak bastante tarde. Estaba rarísima, todavía menos habladora que de normal, aunque de alguna manera me pareció que no era porque estuviera cabreada conmigo. Con ella nunca se sabía, así que durante un rato decidí no dirigirle mucho la palabra, por si las moscas.

Así estuvimos un buen rato. Yo escuchando música fingiendo que me daba igual y Emma sentada en la cama, pensativa, mirando la ventana con el ceño fruncido y jugando con un colgante de madera entre los dedos.

Al final, no pude aguantar más:

—¿Es un catalizador?

—¿Hum? Sí.

—¿Y funciona?

—Aún no lo sé.

—¿Ahí es donde has estado toda la tarde? ¿En la Sala de los Cien Árboles?

Gruñó algo parecido a un «no» y se metió en la cama para darme la espalda, cubriéndose con el edredón hasta arriba para dar por zanjada la conversación.

Pero yo no me rendí.

—¿Y entonces dónde has estado tanto tiempo?

—Teo, duérmete.

Estaba rarísima. «¡Perdón por preocuparme por mi prima!», quise gritar, pero en el fondo sabía que no era una buena idea y que tenía todas las de perder. Discutir con Emma siempre era una idea terrible y no llevaba a ningún lado.

Además, lo cierto es que estaba muy cansado. Después de tirar la silla en el colegio, había pasado toda la tarde con Nagore poniendo a prueba mi habilidad y probando a mover objetos, con un éxito de momento bastante inestable. Pero había sido emocionante. ¡Increíble! Y, claro: agotador.

Aunque me hubiera gustado que Emma hubiera estado allí. Tal vez si no fuera tan orgullosa, y si no estuviera todo el día pensando en lo muchísimo que odiaba Gaua y las ganas que tenía de irse cuanto antes, podría haber hecho algún progreso y

encontrar un maldito catalizador que funcionase. Pero claro, eso supondría que tendría que ser positiva y optimista y... no, esas cosas no iban mucho con Emma.

Bostecé, rendido, dejándome caer también en la cama.

Estaba demasiado cansado como para discutir.

De hecho, estaba tan profundamente agotado que ni siquiera recuerdo haberme quedado dormido. Sencillamente, cerré los ojos y todo a mi alrededor se desvaneció. Como cuando empiezas a escuchar una canción que te gusta mucho y antes de que te des cuenta la estás cantando por la calle, olvidando que la gente puede verte. Así, poco a poco, me fui sumergiendo en el sueño hasta encontrarme en medio del bosque.

Al principio todo estaba borroso, pero finalmente pude distinguir una cabaña entre los árboles, iluminada por el crepitar del fuego de la chimenea. Me acerqué a ella, preso de un instinto que no sabía de dónde había salido. Caminé hasta colocarme frente a la ventana y eché una ojeada al otro lado del cristal.

Había una gran mesa de madera en medio del salón. Dándome la espalda, había dos personas a las que no podía identificar aunque quisiera y, frente a ellos, de cara a mí, había una niña que se miraba las manos fijamente, con una expresión decidida y el ceño muy fruncido marcándole una raya en medio de la frente.

Un momento. Me froté los ojos para asegurarme, pero no tuve duda.

¡Era Ada!

¡Esa niña era Ada!

El corazón se me aceleró tantísimo que sentí que se me iba a salir del pecho en cualquier momento. ¡Tantos días buscándola y estaba ahí, en frente de mí! ¡Y estaba bien!

—¡¡ADA!!

Grité con todas mis fuerzas, tratando de llamar su atención, pero no parecía escucharme en absoluto. Me moví, comencé a dar saltos, agitando mis brazos de un lado a otro. Tendría que verme, ¿no?

—¡¡¡ADA!!! ¡Soy Teo! ¡Eh, mírame!

Nada. Era como si yo no estuviera allí. ¿Cómo era posible? Si estaba al otro lado de la ventana. Empecé a golpear el cristal con fuerza, pero tampoco obtuve ningún resultado.

Frustrado, me dirigí a la puerta e intenté abrirla, pero estaba cerrada. La golpeé y golpeé, pero era como si nadie pudiera oírme.

—¡¿HOLAAA?! ¡Sé que estáis dentro! —grité—. ¡ABRID LA PUERTA!

Cogí carrerilla para lanzarme contra la puerta, pero todo lo que conseguí fue caerme al suelo y un dolor punzante entre las costillas.

Maldita sea.

No me oían. ¿Cómo no podían oírme? Era imposible.

Con una sensación de impotencia en el pecho, me dirigí de nuevo a la ventana, clavando mi nariz en el cristal para, al menos, tratar de ver algo y llamar su atención como fuera.

Entonces, la vi levantar la cabeza. Tras ella, había un hombre encapuchado. Durante un segundo, el pánico se apoderó de mi garganta y tuve una breve tentación de salir corriendo. Nadie va encapuchado para hacer el bien, ¿no? Es como el código de vestimenta de cualquier villano.

Respiré hondo un par de veces, tratando de tranquilizarme. Pero entonces ocurrió algo que vació todo el aire de mi pecho. La voz del encapuchado sonó:

—Todo irá bien si colaboras, niña. Es sencillo.

No era posible. Podía escuchar su voz como si estuviera a mi lado. No tenía ningún sentido que yo pudiera oírles, con una pared de por medio, y a ellos, en cambio, no les perturbasen mis golpes.

Ada le dirigió una mirada desafiante.

—Me dijisteis que me contaríais quiénes son mis padres. Por eso os seguí. ¡Me dijisteis que sabíais quiénes eran! Y no me habéis contado nada.

Un momento. ¿Qué? ¿Cómo que sabían quiénes eran sus padres biológicos? ¿De verdad lo sabían o la estaban engañando? Y, sobre todo, ¿quién demonios eran ellos?

—Y te lo contaremos, pero antes debes colaborar con nosotros.

—Eso no fue lo que me dijisteis. No pienso hacerlo.

¡¿Hacer qué?!

¿Y desde cuándo Ada era tan valiente?

Hasta el encapuchado parecía estar a punto de perder los papeles. Apoyó la mano en la mesa y respiró profundamente.

Una de las personas que me daba la espalda comenzó a hablar.

—Es inútil. Lo he intentado varias veces. —Esa nueva voz me sobresaltó y sin querer me agazapé un poco tras el cristal. No era una voz desconocida. La había escuchado ya, ¿pero cuándo? Piensa, Teo. Piensa—. Si la niña no quiere, no... por mucho que ponga su mano en la piedra, no podemos obligarla a hacer magia. Sabéis que no funciona así.

—Entonces tendrás que convencerla.

—Tal vez no puede hacerlo.

Se quedaron callados. ¿Me habrían descubierto? Me concentré en no respirar. Escuchaba las hojas romperse bajo mis pies cuando me movía.

—Si es quien creemos que es, puede hacerlo. Es mucho más que una simple bruja —afirmó el hombre mayor, con voz grave—. Es capaz de esto y mucho más.

—¿Y quién se supone que soy? —insistió Ada—. ¿Quiénes son mis padres? A lo mejor, si me lo decís...

—Nunca ha usado su magia antes —susurró el joven, ignorando las súplicas de mi prima—. A lo mejor no sabe hacerlo todavía.

El encapuchado volvió a ponerse de pie.

—Entonces, tendremos que conseguir que aprenda. Antes de que se me acabe la paciencia.

Y, de pronto, desperté.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Emma sí que sabía cómo darme los buenos días. El corazón todavía me latía con fuerza y me sequé el sudor de la frente incorporándome en la cama.

—Llevas un buen rato gritando como un energúmeno.

—¿Ah sí?

—Sí.

—Es que he... He soñado con Ada —expliqué—. Era muy real. Estaba... había... una cabaña. No me oían. Bueno, ellos no lo sé, pero Ada sí que no me oía. Porque yo gritaba y daba un montón de golpes a las paredes. He intentado entrar pero no... ¡no podía!

—Teo, no estoy entendiendo nada de lo que dices.

—Querían que colaborara. Pero ella no colaboraba. Aunque tampoco sé qué es lo que querían que hiciera.

Vale, puede que lo de contar historias no fuera mi fuerte. Emma me miraba con una ceja alzada como si no hubiera entendido absolutamente nada, pero no podía culparla. Finalmente, soltó un gruñido.

—Solo es un sueño, Teo. Vístete.

Bien pensado, aunque se lo hubiera explicado con dibujos, probablemente tampoco tuviera muchas ganas de escucharme. Seguía tan rara como la noche anterior y a eso se le sumaba su cabreo por tener que acompañar a Nagore a completar su proyecto de botánica.

Lo de tener que asistir a las clases le hacía tanta gracia como a mí. De hecho, puede que incluso menos. Cuando bajamos a desayunar, Emma batió su propio récord de minutos sin decir ni una sola palabra. He de admitir que estaba bastante impresionado.

Nagore, menos acostumbrada a su carácter, trataba de animarla sin excesivo éxito, intentando involucrarnos en su lista de compra de camino al mercado.

—Necesito un cuchillo curvado, de dos centímetros, ¿veis? —Nos enseñó sus apuntes—. Como este. Si lo encontráis, compradlo. No creo que valga más de tres medialunas, pero si cuesta más, avisadme.

Le tendió tres monedas pequeñas de plata a Emma y ella vio en ese gesto la oportunidad para esfumarse un rato.

No tardamos en perderla de vista.

Nagore me sonrió y negó con la cabeza.

—Creo que es por todo el asunto del catalizador —le expliqué—. Ayer estuvo toda la tarde fuera y no dijo ni una sola palabra.

—No debería preocuparse tanto. Es perfectamente normal lo que le está pasando. De hecho, lo que te ha pasado a ti... bueno, es bastante alucinante. Dicen que no habían visto algo así desde Casilda...

—No es para tanto —dije, pero el pecho se me hinchó sin poder evitarlo. «¿Has oído eso, abuela? Ja».

—Desde luego que lo es. Es impensable para alguien que ha pasado tanto tiempo sin magia. Los niños que venimos del Reino de la Luz solemos cruzar el portal mucho más pequeños, para que la conexión se fortalezca.

Nagore se detuvo frente a un puesto lleno de frascos de cristal de diversos tamaños. Comenzó a tocarlos y a cotejarlos con los dibujos que traía en su cuaderno.

—Y luego, ¿qué vas a hacer?

—Ya os lo he dicho. En cuanto compremos todo el material que necesitamos, tenemos que ir al bosque para recoger las muestras de las plantas y...

—No, no —la interrumpí—. Me refiero a cuando cumplas quince años.

Casi se le cayeron un par de botes al suelo. Me miró con los ojos como platos y después se disculpó una y otra vez con el tendero, ofreciéndole una monedita pequeña (¿un cuarto?) de más por el frasco que había decidido llevarse.

—Teo, no lo sé —dijo, cuando nos habíamos alejado lo suficiente como para que pudiera hablar tranquila—. No es tan sencillo.

—Pero tú naciste en nuestro mundo, ¿no? Tu familia está allí.

Me miró y la vi seria por primera vez desde que la conocimos en el comedor.

—No es una decisión fácil, ¿sabes? La magia no es algo a lo que se pueda renunciar fácilmente. Puede que mis padres no vivan aquí, pero son brujos como yo. La magia corre por mi sangre, es como... respirar... —De pronto, miró al cielo y a la inmensidad del negro que nos cubría, más allá de los farolillos del mercado—. Pero, por otro lado... ¿quién querría vivir en un mundo donde siempre es de noche?

Tragué saliva. Yo tampoco tenía claro que me hiciera mucha gracia.

—Probablemente por eso vuestra abuela nunca os habló de este lugar.

Lo cierto es que no lo había pensado de esa manera, pero no dejaba de tener cierto sentido. Tal vez ni siquiera mi padre supiera que era brujo, a fin de cuentas. A lo mejor la Amona decidió ocultárnoslo a todos para evitar que cruzásemos el portal y la dejásemos sola. Aunque, por otro lado, ¿no era un poco egoísta ocultar una información así a alguien a quien quieres?

Pero, antes de que pudiera pararme a pensarlo más detenidamente, agarré el brazo de Nagore de golpe. Se me había cortado la respiración. Entre la gente, captó mi atención una niña pequeña y delgada, con una media melena castaña que me resultó inconfundible.

—¡Es Ada! —chillé—. ¡¡ADA!!

Desde la otra punta del mercado, la cabeza de Emma asomó sobresaltada. No di explicaciones. Corrí entre los puestos para perseguir a la niña, sin preocuparme por los empujones que daba a mi paso, que provocaron un par de gruñidos y quejas

acerca de la falta de modales de la juventud actual. Pero todo eso me daba igual. Solo quería alcanzar esa melena castaña y, cuando lo hice, le toqué el hombro quedándome sin aire.

Se dio la vuelta.

Una niña desconocida me devolvió la mirada asustada, sin comprender nada, antes de echarse a correr en dirección a su madre. Yo me llevé la mano al costado, tratando de recuperar el aliento, totalmente abatido.

Emma no tardó en alcanzarme.

—No e-era... no era Ada... —logré decir, a bocanadas.

Ella miró a su alrededor y respiró profundamente.

No hizo falta que dijéramos nada para entender lo que pasaba por nuestra cabeza. Se nos estaba agotando el tiempo.

¿Y si no la encontrábamos nunca?

La pregunta volaba sobre nosotros como una carga pesada e incómoda.

Al cabo de unos segundos, Nagore llegó hacia donde estábamos, haciéndose hueco entre la gente y pidiendo disculpas al corro de personas que se había formado a nuestro alrededor y que nos miraba con reprobación. Por lo que pude observar, habíamos montado un pequeño jaleo en el mercado.

—Vámonos de aquí —dijo.

Nagore nos sacó de ahí, agarrándonos del brazo, y llevándonos de camino al bosque.

Caminamos un rato en silencio, dejando el pueblo a nuestras espaldas, mientras Nagore se detenía a cada paso para examinar las flores y plantas con su lupa y cortar alguna con muchísimo cuidado.

Cuando entramos en el bosque, me sorprendió encontrarme con una multitud de puntitos brillantes sobrevolando la hierba. Ya lo había visto antes, concretamente en nuestro primer día en Gaua. Claro que yo en aquel momento estaba demasiado ocupado lidiando con los galtxagorris.

Emma ahogó un grito, tan asombrada como yo ante una visión como esa. Parecía que estaba cubierto por una manta de estrellas.

—¿Qué es todo eso?

Nagore sonrió.

—Luciérnagas, ¡claro!

—¿Qué dices? ¡Pero si hay muchísimas!

—¿Por qué te crees que nuestro instituto se llama Ipurtargiak? ¡Ya os dije que las luciérnagas eran animales muy importantes en Gaua! —Se agachó en la hierba, tratando de rozar a alguno de esos pequeños insectos, pero eran tremendamente rápidos y se le escapaban entre los dedos—. No son exactamente la misma especie de luciérnagas que tenemos en el Reino de la Luz, son una especie autóctona de Gaua.

—¿Y eso por qué? —preguntó, esta vez, Emma.

—Bueno, seguro que os habréis dado cuenta de que no hay posibilidad de que las plantas realicen la fotosíntesis con el sol. En Gaua las plantas hacen la fotosíntesis con la luz de la luna. Es por eso por lo que la mayoría son de color blanco y brillan un poquito en la oscuridad. ¿Os habéis fijado?

Como toda respuesta, me encogí de hombros. No es que la flora de Gaua me tuviese demasiado preocupado.

—Como imaginaréis, sin sol, las abejas no sobrevivieron en Gaua. En cambio, las luciérnagas mutaron y se hicieron muy fuertes. Ahora son las encargadas de polinizar las flores. ¿No os parece genial?

No se lo podía negar. Esa imagen era la más alucinante que había visto en mi vida. Y, sin embargo, era incapaz de apreciarlo en lo más mínimo. Tenía la mente bastante más ocupada en otras cosas.

Mientras guardaba una hoja cuidadosamente dentro de una bolsa hermética, Nagore pareció darse cuenta.

—No os desesperéis —dijo—. La encontraréis, estoy segura. Las conexiones familiares son fuertes. Hay cosas que los brujos podemos sentir sobre las personas cercanas a nosotros. Cosas que simplemente sabemos. Os prometo que Ada sabrá volver a vosotros.

La miré. ¿Podría ser...? No. Seguro que era una tontería.

Seguro que pensaría que era un estúpido, aunque... ¡qué demonios! Después de haberme enfrentado a unos duendes por defender mi reproductor de música, ¿todavía me preocupaba que me tomaran por loco?

—He soñado con Ada —le dije—. Esta noche.

Nagore frunció el ceño.

—¿Cómo era el sueño?

Se lo expliqué, con bastantes más detalles y de una manera más ordenada que cuando se lo había contado a Emma. De hecho, esta vez incluso ella pareció prestarme más atención. La expresión de Nagore, en cambio, era un poema indescifrable.

—Esto es muy raro —dijo, bajando la voz como si hablara para sí.

—¿Por qué?

—Parece una visión, pero eso es un poder mental y tú no eres... tú eres Sensitivo.

De pronto, la que parecía verdaderamente alarmada era Emma. Miró a Nagore con los ojos muy abiertos.

—Espera. ¿Dices que ese sueño era real? —exclamó—. ¡¿Crees que alguien tiene a Ada?!

—¡No lo sé! —dijo—. No tendría sentido. Teo no puede hacer esas cosas, a menos...

—¿A menos...?

—A menos que alguien te hubiera enviado ese sueño —me respondió Nagore—. Un Empático.

Parpadeé un par de veces, tratando de que no cundiese demasiado el pánico, aunque solo podía pensar en el brujo de la visión de Unax, el de los ojos cerrados y la sonrisa inquietante, mandándome mensajitos para que me entretuviera en sueños. No sabía que pudieran hacer esas cosas, pero no me parecía nada divertido.

—¿Quién puede querer que soñemos con Ada? —dijo Emma.

Nagore negó con la cabeza.

—No lo sé, pero debéis andar con muchísimo cuidado —nos advirtió—. Esto no me gusta nada.

A mí tampoco me gustaba, por si me lo preguntaban. Ni un pelo.

En cambio, Emma frunció el ceño. Parecía que había tomado una decisión y, en fin, había algo que había heredado de nuestra abuela: no era nada fácil quitarle una idea de la cabeza.

—No pensarás ir a buscarla, ¿verdad? —Nagore también había adivinado sus intenciones.

Emma no respondió. Se limitó a sostenernos la mirada mientras se recogía el pelo en una coleta.

Ay, madre.

Emma

Puede que aquellos días estuvieran volviéndome loca, pero había una cosa, probablemente solo una, que tenía muy clara: iba a recuperar a Ada. Y ni Nagore ni Nora ni las estúpidas normas de un instituto de brujos iban a impedírmelo.

—¡¡EMMA!!

Detrás de mí, Nagore gritaba. «Es peligroso», berreaba. «¡Volved aquí!». Y lo que no decía, pero probablemente pensaba es: «¿Pero adónde vas? Si ni siquiera sabes hacer magia». Porque esa era la cuestión, ¿no? Yo no tenía ni idea de hacer magia. Por lo que sabía, ni siquiera estaba segura de tener el catalizador adecuado todavía.

Pero no tenía tiempo de aprender ni de seguir esperando a que la magia de Gaua se dignase a hablar conmigo por fin. Si el sueño de Teo era cierto... si alguien tenía a Ada contra su voluntad... Ni hablar. Si de verdad pensaban que iba a quedarme sentada mirando cómo nadie hacía nada por buscarla, es que no me conocían en absoluto.

—¡Emma, espera! —Teo me alcanzó, con la mano en el costado, intentando recuperar el aliento. Llevaba siguiéndome ladera abajo un buen rato.

—Teo, déjame —dije, decidida.

—V-vvooy... contigo.

Me detuve para mirarle. ¿De verdad? Estaba doblado sobre sí mismo por el flato, pero había determinación en sus ojos. Giré la cabeza hacia mis espaldas; hacía ya unos minutos que habíamos dejado atrás a Nagore y, de todas formas, ya estábamos sumergidos en medio del bosque.

Miré a ambos lados. La niebla trepaba por los árboles, deslizándose entre las raíces expuestas como si estuviese tramando algo. Bajo mis pies, los tallos de las flores, blancas como la luna, se giraban al ritmo de nuestras pisadas, bajo el manto de luciérnagas.

Traté de respirar hondo.

No tenía ni idea de cómo moverme por el bosque. Todavía no lo había intentado desde que habíamos llegado a Gaua, y todo lo que veía a mi alrededor era completamente diferente al bosque de nuestro mundo.

Teo seguía mirándome.

—Bien, ven conmigo —dije al fin, vencida.

De todos modos, no es como si pudiera volver solo al pueblo, ¿no? Seguro que se moriría de miedo y llamaría la atención de todo el mundo antes de que pudiese encontrar a Ada.

—Emma.

—Qué.

Se rascó la cabeza.

—No es que no confíe en ti, ¿eh? Que seguro que a estas alturas tienes un plan supermeditado... pero... —Teo señaló nuestro alrededor con las manos—. ¿Tienes idea de adónde vamos?

Vale, eso sí que no me lo esperaba. ¿Que adónde íbamos? Pues a por Ada, ¿no? La verdad es que... hasta ahí llegaba mi plan. Tragué saliva. Mirando a mi alrededor, no había un solo centímetro que no estuviera cubierto por árboles, cuyos troncos llenos de hiedras crecían y crecían alto, mucho más arriba de donde alcanzaba a ver al estirar el cuello. Las velas que habíamos traído con nosotros a duras penas nos servían para iluminar el camino y, por si fuera poco, en el punto en el que estábamos se dividía en dos.

Respiré profundamente, mirando a un lado y a otro esperando que la respuesta llegase de alguna parte, pero no ocurrió nada. Las hojas de los árboles emitían un susurro casi imperceptible con el paso del viento y, desde luego, si intentaban decirnos algo, yo no lo entendía. Cerré mis ojos un instante, respiré hondo y decidí: izquierda. No había vuelta atrás.

—Por aquí —dije, y Teo me siguió.

El camino que había escogido, lleno de piedras, pronto comenzó a convertirse en una cuesta hacia arriba por la que no era fácil subir. Pero cuando empezó a dibujarse un pequeño claro en el bosque, se me ocurrió que tal vez no había sido tan mala idea. A fin de cuentas, desde arriba podríamos ver bien el bosque entero, descubrir nuestra posición e intentar encontrar una cabaña que se pareciese a la que Teo había descrito.

Terminamos de subir y llegamos al claro, donde nos encontramos con unas enormes piedras sobrepuestas una encima de otra, formando una especie de puente. Parecía una construcción prehistórica, o al menos me sonaba haber estudiado algo así en el colegio. ¿Se llamaban dólmenes?

—¿Esto no será...? —empezó a decir Teo, y le tembló la voz—. En la clase de Nora, los bichos grandes, Nora dijo... Nor-aa... ¡aaa-aaayy, madre!

—¿Qué? —Le agarré del brazo. Me estaba poniendo nerviosa. Teo no me devolvió la mirada. En su lugar, siguió mirando detrás de mí y lentamente alzó su brazo, señalando algo muy muy alto.

Oh, no.

Sabía que mirar atrás no me iba a gustar.

Lo hice despacio, con mi pecho subiendo y bajando a toda velocidad, y me encontré con unos pies de tamaño descomunal. Unos pies sucios llenos de barro, que subían en unos tobillos muy grandes y unas gigantescas piernas recubiertas de pelo. Parecían un par de enormes troncos.

Se me cortó la respiración.

Esa cosa no mediría menos de seis metros.

—Es un... —tartamudeaba Teo. Algún instinto extraño en mí me había hecho colocarme delante de él, cubriéndole tras mi espalda—. E-ees un...

—Gentil —gruñó el gigante, y su voz grave llenó el espacio e hizo temblar la tierra bajo nuestros pies.

Así que eso era, Teo tenía razón. Nora nos había hablado de ellos en su última clase. Nos había contado historias. Se suponía que los gentiles eran gigantes que vivían en los valles hacía muchísimo tiempo, tirando piedras por diversión aquí y allá, y todo eso. Así era como nuestros antepasados explicaban las grandes construcciones de piedra que había en algunos bosques. Pero ¿cómo iba a saber que estaban tan cerca del pueblo? ¡¿Ahora resultaba que podías encontrártelos dando un paseo?! ¿No podrías habernos contado eso, Nora? ¡No sé! ¡Parecía un dato importante a tener en cuenta!

Pero mientras todos esos pensamientos se agolpaban en mi cabeza sin orden ni concierto, esa cosa seguía mirándonos desde las alturas, encorvado para poder fijar sus ojos, desproporcionadamente pequeños, en nosotros dos. Claro que debía de ser como si yo me fijase en una hormiga, o algo así. Le bastarían dos dedos para cogerme de la camiseta y lanzarme por los aires.

Teo sacó su cabecita detrás de mí y emitió un suave carraspeo.

—Disculpe, señor. Ya nos íbamos —dijo, y tiró de mí para que nos largásemos corriendo.

—¡No, espera! —dije yo, presa de mi instinto, y el gigante se agachó para mirarme mejor, alzando una de sus pobladas cejas con evidente curiosidad.

A Teo los ojos se le iban a salir de la cara.

—¡¿Cómo que «espera»?! —me susurró, agarrándome el brazo muy fuerte—. ¿Te has vuelto loca?

Probablemente. Pero ya no había vuelta atrás. El corazón me latía con fuerza contra el pecho.

—Estamos buscando a una niña —dije, muy seria, sosteniéndole la mirada—. Tiene ocho años. Así de bajita. Pelo marrón y corto por debajo de las orejas.

—Y pinta de listilla —añadió Teo en mi oído. Le arreé un golpe en el costado—. ¿Qué? Es verdad.

Carraspeé.

—¿La has visto o no? —pregunté, haciendo verdaderos esfuerzos por mirarle directamente a los ojos.

El gigante pareció pensárselo unos instantes. Finalmente, negó con su gran cabeza. No pude evitar sentirme decepcionada.

—Bueno, pues ya está, un placer, ¿eh? —dijo Teo, tirando de mí.

Parecía tener mucha prisa por despedirse de nuestro nuevo amigo, y la verdad es que no podía culparle. Cabizbaja, le seguí un par de pasos, hasta que un nuevo sonido gutural me hizo detenerme de golpe.

—Brujos siempre dan problemas.

Me giré. La criatura, ahora con la mirada perdida, fruncía el ceño mientras arrancaba una rama de árbol de un solo manotazo. Después se dejó caer en el suelo, ocasionando un gran estruendo que me hizo perder el equilibrio, y comenzó a utilizar la rama como un mondadientes. La verdad es que era una imagen bastante asquerosa.

—Gentil ha visto a niña, pero niña no estaba sola —dijo, despacio.

—¿Dónde? —pregunté, recuperando la esperanza. No quería acercarme demasiado, y Teo, aferrado a mi brazo como una cría de koala, tampoco me lo iba a poner fácil. Pero es que no podía dejarlo así. Hablaba de Ada, ¡estaba segura! Tenía que haberla visto, y tal vez su testimonio era nuestra única oportunidad de encontrarla.

Pero el gigante volvió a negar con la cabeza.

—Brujos siempre dan problemas —repitió.

—No buscamos problemas —le aseguré.

—Ellos sí. —Clavó su mirada en mí, y se incorporó hasta quedar a nuestra altura. Sentía su aliento fétido demasiado cerca—. Y Gentil no quiere problemas. Gentil quiere dormir.

Teo alzó sus hombros y asintió con la cabeza.

—A mí me parece bastante razonable —me dijo.

Mira por dónde, ya tenían algo en común.

—¿Estaba en un pozo? —pregunté, ignorando a mi primo. Tenía que intentarlo. Pero los ojos del gigante se entrecerraron con desconfianza—. ¿Podrías decirnos dónde?

—Brujos sie...

—Sí, sí, damos problemas, ya lo sé —le interrumpí. A mi lado, Teo se tiraba de los pelos—. Pero es que nosotros solo queremos encontrar a esa niña. Es nuestra prima, ¿vale? Mira. ¿Nosotros? Brujos buenos. Nosotros encontramos a nuestra prima, no damos problemas y el gentil vuelve a dormir. ¿Qué tal te suena?

Quién me iba a decir a mí que me vería en esta: convenciendo a un bicho de seis metros de que vengo en son de paz. ¡Yo! Y lo peor de todo es que parecía que no se me daba mal del todo. Al menos seguíamos vivos, ¿no? Hacía unos minutos habría jurado que íbamos a convertirnos en comida rápida para gigantes y ¡míranos!, teniendo una conversación tranquila. La Amona estaría orgullosa.

El gentil me aguantó la mirada unos segundos, como si estuviera intentando comprobar si podía fiarse de mí. Después, su boca volvió a abrirse, enseñándome sus

dientes puntiagudos.

—Gentil vio cabaña al otro lado de colina alta. —Ahora incluso Teo prestaba atención. Nuestro amigo señalaba un monte hacia el oeste que no habíamos examinado todavía—. Allí.

Asentí, conforme. De momento, con eso teníamos bastante.

—Perfecto, nos vamos —dije, girando sobre mí misma. No había tiempo que perder, y me despedí dándole la espalda—. ¡Gracias!

—Sí, eso, graciaa-AAH-¡EEH! ¿QUÉ HACES? —gritó Teo. Me di la vuelta, alarmada. El gigante lo había cogido entre sus dedos y lo levantaba con la facilidad con la que yo habría arrancado una brizna de hierba—. ¡Suéltame!

No me iban a dar un respiro, ¿verdad?

—¡Suéltale! —exclamé, aunque intentando no sonar demasiado mandona. Venga ya, con lo bien que habíamos conectado. ¿A qué venía eso ahora?—. ¿Qué estás haciendo? ¡Déjalo en el suelo!

Pero el gentil lo había agarrado de un talón y lo agitaba como si fuese un salero. Lo observé impotente, sin entender nada. A Teo, que pataleaba y se revolvía en las alturas, se le cayeron todas las cosas que llevaba en el bolsillo: un par de monedas, el reproductor de música, varios envoltorios de chicles —¿en serio, Teo?— y, finalmente, la flauta de madera se despegó de sus manos.

Ahí estaba la clave.

En cuanto la flauta tocó el suelo, el gentil pareció satisfecho y dejó caer a mi primo con indiferencia, que se quejaba dolorido. Corrí hacia él, ayudándolo a levantarse. Milagrosamente, no parecía que se hubiese roto nada. Mientras, el gigante cogió el instrumento, que entre sus manos adquiriría unas dimensiones ridículamente pequeñas. ¿Para qué la querría? No podría tocarla. Y en cambio, su boca se ensanchó en una enorme sonrisa. Enorme, literalmente, claro. ¿Estaría buscando un nuevo mondadientes?

Teo, todavía sujetándose el brazo que había sufrido la mayor parte del golpe, gritó como si le hubieran arrancado un trozo de su alma:

—¡¡MI FLAUTA!!

El gigante seguía examinándola con la misma ilusión con la que un niño descubre un juguete nuevo. La miraba hacia arriba y hacia abajo, tratando de ver a través de sus agujeros y agitándola como si esperase que así emitiera algún ruido. Teo parecía al borde de la desesperación.

—¡Devuélvemela! —gritó.

—Gentil ha ayudado —respondió el gigante con serenidad, sin mirarnos—. Flauta regalo para Gentil.

A Teo no le convenció nada:

—Sí hombre, ¡tú lo flipas!

—¡Teo! —le dije, sujetándolo e intentando que me mirase a mí y no al gentil. Parecía a punto de hacer alguna tontería. ¿En serio le parecía una buena idea

contradecirle?—. Teo, deja que se la quede. Ya te conseguiremos otra.

—No.

—Es una flauta.

Teo me miró como si no me enterase de nada.

—¡Es MI flauta!

Se liberó de mis brazos, totalmente decidido, y empezó a desabrocharse una zapatilla. Para cuando comprendí lo que intentaba hacer, ya era tarde. Teo cogió su zapatilla y la lanzó con todas sus fuerzas, impactando de lleno en la nariz redonda del gigante.

—¡Eh! ¡Devuélvemela! —le gritó—. ¡Gentil malo! ¡GENTIL MALO!

¿De verdad? ¿Era demasiado tarde para fingir que no nos conocíamos de nada y echarme a correr?

—Teo, por lo que más quieras —me quejé, aunque sin éxito. Parecía tener más temeridades en su lista, y ni corto ni perezoso empezó a correr hacia él y a trepar por su pie.

La criatura soltó un gruñido descomunal. Perfecto, ya le habíamos cabreado. ¿Y esa cosa tan grande, enfadada? No teníamos nada que hacer.

Nos iba a machacar.

«¿Qué hago ahora? Piensa, Emma, piensa». El gentil agitó la pierna por la que trepaba mi primo y se deshizo de él como si fuese un bicho demasiado molesto. Corrí hacia él, que una vez más estaba tendido en la hierba con gesto de dolor. Lo levanté como pude. Como siguiese dándose golpes contra el suelo, íbamos a perder el poco cerebro que le quedaba.

—Teo, ya basta, vámonos —dije, y esta vez no estaba dispuesta a negociar.

Pero, a mis espaldas, el gigante emitió un sonido que no parecía muy amistoso. Tal vez ya fuera tarde para marcharse.

—BRUJOS... —dijo, caminando hacia nosotros. Ay, madre— SIEMPRE... — Me temía lo peor, pero sorprendentemente nos pasó de largo y siguió caminando. Suspiré con alivio. ¿Pensaba marcharse? ¡Qué bien!—. DAN... —Un segundo. Oh, no. Había llegado a la estructura de piedras y estaba cogiendo una de ellas con sus manos. Eso no era bueno. Nada bueno—. PROBLEMAS.

—¡¡Teo, corre!!

Es cuanto tuve tiempo a decir antes de echar a correr yo misma, esquivando la piedra de tamaño descomunal que volaba en nuestra dirección. Cuando impactó contra el suelo, todo el bosque tembló con nosotros y me tropecé hasta hundirme en el barro.

—¡Teo! —grité. No veía nada.

—¡Estoy bien! —Su voz emergió de entre los helechos. El gigante seguía moviéndose en dirección a donde había caído la piedra. Parecía que lo fuese a volver

a intentar. Necesitábamos salir de allí YA. Me limpié el barro de la cara y alargué el brazo hasta dar con mi primo, pero él insistió—: ¡Necesito mi flauta!

—¿Quieres dejar de pensar en tu estúpida flauta?! No sé si te has dado cuenta, pero esa cosa nos va a hacer puré.

Teo me obligó a mirarlo.

—Emma, si tuviera mi flauta podría parar las piedras. Tal vez podría... Tal vez incluso podría mover al propio gigante. Necesito mi flauta —repitió, y después chasqueó la lengua—. Tú no lo entiendes.

Esa frase salió directa de la boca de Teo y me impactó de lleno en el pecho. Tú no lo entiendes. Porque no sabes hacer magia, le faltó decir. No le hizo falta. Lo entendí perfectamente. A fin de cuentas, aquí estábamos, ¿no?: un gigante nos estaba lanzando peñascos y yo no podía hacer nada para defendernos porque era la bruja más inútil de la historia de Gaua. Estaba absolutamente indefensa. Y Teo, que sí que podía hacer algo al respecto, se había quedado sin su flauta.

Era el fin.

No tuve tiempo de reaccionar.

Antes de que pudiera darme cuenta, la piedra volvía a volar hacia nosotros con una velocidad demasiado rápida como para poder decidir hacia dónde moverme. En su lugar, me quedé estática, abatida, viéndola acercarse a mí como a cámara lenta, y solo tuve tiempo de coger la mano de Teo con fuerza y, con mi mano libre, cubrirme a mí misma, apretando mi collar de madera contra el pecho en un movimiento instintivo, deseando con todas mis fuerzas que la piedra no nos aplastase.

Cerré los ojos.

Y entonces pasó.

Un enorme estruendo me hizo abrir los ojos de golpe. Lo que hacía unos segundos era una piedra se había convertido en un millón de añicos que caían a nuestro alrededor sin habernos rozado siquiera.

Y lo vi; esa fue la primera vez que lo vi.

Ahí estaba, adivinándose a nuestro alrededor. Una especie de halo transparente, apenas perceptible, que reflejaba a ratos la luz de la luna y nos rodeaba formando una cúpula casi perfecta.

—¿Lo has hecho tú? —susurró Teo.

Apenas podía escucharle. Mis oídos pitaban todavía por el impacto, y sentía el latir de mi corazón hasta en la garganta. Pero era cierto. Lo había hecho yo. Podía sentirlo en los dedos, en mi piel de gallina, en la nuca, en todas partes. No sabía cómo lo había hecho, pero no cabía duda de que ese poder había salido de lo más profundo de mí.

Y era la sensación más intensa y más abrumadora que había experimentado jamás.

Todavía estaba temblando.

—¿Es un... escudo? —pregunté.

—Mola —exclamó, como toda respuesta. Yo asentí, aturdida.

El sonido de una voz me sobresaltó:

—Emma.

Me incorporé. No era Teo.

A mi izquierda, Unax me miraba con una expresión de absoluto asombro en los ojos. Estaba tan aturdida que me costó reaccionar. ¡Unax! ¿Qué demonios hacía aquí?

La estupefacción dio paso a un profundo alivio que me relajó los músculos hasta convertirlos en una especie de gelatina. Era Unax. Y había venido a rescatarnos. De repente, contra todo pronóstico, teníamos alguna opción de salir de esta con vida.

—Unax... —No pude evitar esconder la sonrisa cuando me ayudó a levantarme—. ¿Cómo nos has encontrado?

Sin embargo, no hizo falta que contestase a mi pregunta porque, de inmediato, Nagore apareció a su lado, disipando mis dudas.

—¿De verdad creías que os iba a dejar hacer el tonto solos por el bosque? —dijo, dirigiéndome una mirada un poco mosqueada—. No habríais durado ni tres minutos.

No intenté defenderme. En su lugar, le dediqué una mirada que reflejaba una mezcla entre arrepentimiento y un agradecimiento totalmente sincero. Si salíamos vivos, tendría que invitarle a mucho chocolate.

Pero no teníamos tiempo para chácharas. El gentil se recuperaba de la sorpresa y se disponía a coger una nueva piedra para terminar lo que había empezado.

—¡MÁS BRUJOS! —gruñía—. ¡MÁS PROBLEMAS!

Esta vez, cogió un peñasco más grande todavía y lo hizo rebotar un par de veces en su mano derecha como si se preparase para una gran jugada. Unax se colocó frente a nosotros, pero Nagore no dejó de mirar a la criatura, que se erguía delante nuestro a punto de atacar.

—¿Qué demonios le habéis hecho? —gruñó. No podía culparla. Tenía todos los motivos del mundo para estar enfadada.

—Tiene mi flauta —se justificó Teo.

Le miró unos segundos, incrédula, pero finalmente respiró hondo y alzó sus brazos con las palmas abiertas hacia arriba. Empezó a susurrar algo que no pude entender, como si fuese una canción antigua en un idioma desconocido para mí, y el viento empezó a moverse, haciendo silbar a todos los árboles a nuestro alrededor. Hasta el gentil se detuvo, mirando hacia los lados, atónito, observando lo que pasaba a su alrededor.

Lo que vi fue indescriptible. Con las palabras de Nagore, el viento empezó a coger forma, uniéndose en un torbellino que al principio parecía inofensivo, pero terminó convirtiéndose en una corriente de aire que arrastraba todo a su paso. Ramas de árboles, tierra, hojas, todo cuanto se interpusiera en su camino empezaba a girar en las alturas con una fuerza y velocidad impresionantes.

Unax me tiró del codo, atrayéndome hacia él y agarrando a Teo con su mano libre, y nos ayudó a agazaparnos detrás de una roca para evitar que el torbellino se

nos llevara por delante a nosotros también. Desde mi escondite observé cómo el gigante se balanceaba hacia los lados, hasta finalmente alzarse en la corriente de aire, levantando sus pies apenas unos palmos del suelo.

Los brazos de Nagore temblaban del esfuerzo. Nuestro amigo debía de pesar bastante, y levantarlo, aun con magia, no parecía tarea fácil. Aun así, consiguió darle un par de vueltas sobre sí mismo, separándole de su peñasco y de un pequeño objeto de madera, que salió despedido hacia nosotros.

—¡Mi flauta! —chilló Teo, y alargó el brazo para cogerla. Se abrazó a ella como si no la hubiera visto en años.

Entonces Nagore dejó caer los brazos y se desplomó sobre sus rodillas, sin fuerzas. Sin perder un segundo, Unax corrió en su auxilio y la alzó en brazos, trayéndola rápidamente hacia nuestro escondite y colocándola en tierra firme con cuidado. Ella se incorporó despacio, exhausta, recuperando el aliento con dificultad.

—¡HA... SIDO... UNA... PASADA! —exclamó Teo, haciendo que Nagore sonriera un poco.

Unax cerró los ojos como si necesitara concentrarse.

El gigante había caído al suelo, pero no parecía que le hubiésemos hecho ni un rasguño, y emitía algo parecido a un murmullo enfadado que no sonaba nada bien.

Unax abrió los ojos y apretó las mandíbulas. Nos miró a los tres, muy serio, antes de hablar:

—Hay dos gentiles más de camino —dijo—, han escuchado el estruendo y vienen hacia aquí.

—No podremos con todos —advirtió Nagore, negando con la cabeza—. Tenemos que irnos.

—¡Rápido, antes de que se levante del todo! —gritó Unax, tirando de mí.

Y los cuatro echamos a correr ladera abajo, con el gruñido del gentil pisándonos los talones.

—¡BRUJOS SIEMPRE DAN PROBLEMAS!

Un poco de razón llevaba.

Si te llaman al despacho de la directora sabes que algo has hecho mal. Pero si convocan una audiencia en el Palacio del Concilio, máximo emblema de la brujería en Gaua, y ni más ni menos que los tres líderes de los linajes te reciben para echarte una bronca... bueno, entonces sabes que la has liado bastante.

—¿A qué creéis que estáis jugando?

Frente a nosotros, Nora, directora del Ipurtargiak y líder de nuestro linaje (si es que no nos habían echado todavía) nos atravesaba con la mirada, absolutamente furiosa. No estaba mal, ¿no?, un par de días como Sensitivos y ya nos estábamos ganando la expulsión. Habíamos batido un récord, seguro.

—¿Es que os habéis vuelto locos? —insistió.

Ninguno dijimos nada. Algo me decía que dijésemos lo que dijésemos, la respuesta iba a ser peor que el silencio, así que me limité a agachar la cabeza en señal de arrepentimiento. Nora daba un poco de miedo, sí, pero a los otros dos líderes, directamente no me atrevía a mirarles a los ojos.

Ane, la líder de los Elementales, era la mujer más excéntrica que había visto hasta ahora, y eso que en Gaua el listón estaba bastante alto. Parecía de esta clase de personas que disfrutaban acaparando miradas. Llevaba una larga y voluminosa trenza y un vestido largo, del verde más verde que os podáis imaginar, con unas hombreras exageradamente grandes. Pero lo peor eran sus uñas: puntiagudas y pintadas, ¿cómo no?, de un verde intenso, a juego con su vestido. No dijo nada, pero no le hacía falta. Cada vez que Nora abría la boca, ella asentía con severidad, dedicándonos una mirada afilada que imponía mucho más respeto que cualquier grito de nuestra directora.

A su otro lado había un hombre alto que ni siquiera nos miraba, lo cual era todavía más raro. No había duda de que se trataba del tercer líder, Ximun, el de los Empáticos. Había algo extraño en la manera que nos miraba, con los labios apretados y una pizca de algo que parecía diversión en sus ojos.

—Volvemos a vernos —susurró, pero era a Emma a quien estaba mirando.

¿Cómo que volvían a verse?

¿Ya se conocían?

Miré a Emma incrédulo. ¡Ofendido! Y la vi tragar saliva con un nerviosismo evidente.

Así que allí es donde había estado ayer, codeándose con las altas esferas y... Un momento. Entonces lo recordé. ¡Nagore nos había dicho que el padre de Unax era el líder de los Empáticos! Se me había olvidado por completo.

Ladeé la cabeza y le eché una nueva mirada, examinándole esta vez de arriba abajo. Iba vestido completamente de blanco, con una chaqueta abotonada hasta el cuello, y su pelo largo y negro lo llevaba recogido con una goma. Me recorrió un escalofrío de pensar que la persona que tenía en frente, líder de los Empáticos, fuese el padre de alguien. No sabía ni qué pensar. Imaginar a ese ser tan siniestro leyéndole cuentos a un crío era un escenario demasiado surrealista. Aunque, pensándolo bien, ¿se los leería mentalmente? «Venga, Unax, una sesión inmersiva en *Caperucita Roja*, ¡métete dentro de la tripa del lobo!». Menudo mal rollo de familia. En general. Ajena a mis cavilaciones, Nora dio un paso hacia nosotros y siguió hablando, con las mejillas encendidas en sangre:

—No solo habéis desobedecido las normas de convivencia de Gaua, sino que os habéis saltado una orden directa de la Escuela, poniendo en peligro vuestras vidas, y las de Nagore y Unax.

Miré de reojo a Emma, pero tampoco parecía tener intención de aportar nada a la conversación.

—¿No tenéis nada que decir? —Nos miró, cruzada de brazos—. Bien. Devolveréis vuestros catalizadores.

—¡¿QUÉ?! —No lo pude evitar—. ¿Con lo que me ha costado recuperarlo? Tiene que ser una broma.

Nora parpadeó muy despacio.

—¿Te parece que tengo ganas de bromas?

Tragué saliva.

—No mucho, no —admití.

Su labio inferior temblaba de rabia contenida.

—Los recuperaréis cuando consideréis seriamente utilizarlos con prudencia —sentenció, finalmente.

Acto seguido, tendió su mano hacia Emma. Ella vaciló unos instantes, pero finalmente se quitó el colgante del eguzkilore por encima de la cabeza y se lo dio, sin rechistar. ¿Y ya está? ¿Nos íbamos a rendir sin más? Nora me miraba expectante, pero yo tenía la flauta agarrada con fuerza en mi mano izquierda y no estaba en mis planes soltarla tan fácilmente.

Por primera vez, la mujer de verde entreabrió sus labios.

—Obedece a tu líder, chico —dijo, simplemente, y una oleada de frío invadió la habitación, calándose en mis huesos y poniéndome la piel de gallina.

¿Eso lo estaba haciendo ella? La líder de los Elementales no dejó de mirarme fijamente a los ojos, y la sensación de frío se volvió tan intensa que dolía. Mensaje captado: si me desobedeces, te conviertes en granizado de Teo. Qué le íbamos a hacer, lo había intentado. Devolví mi flauta con rapidez y el frío se detuvo, haciéndome suspirar con alivio.

Sonrió de medio lado con evidente satisfacción.

Esa mujer empezaba a caerme un poco mal.

Nora asintió con la cabeza e introdujo nuestros catalizadores en su bolso, cerrando la cremallera y dando dos palmaditas.

—Yo los custodiaré personalmente hasta entonces —dijo—. Ahora marchaos. Y no os metáis en ningún lío. La próxima vez, no mostraremos tanta misericordia.

Con el castigo ya efectuado y mi orgullo pisoteado en el suelo, los líderes de los tres linajes de brujos levantaron la sesión y la puerta se abrió sola, invitándonos a abandonar la sala. Cabizbajos, nos dimos la vuelta para salir.

A Nagore y Unax no les habían permitido entrar, así que nos esperaban sentados justo a la salida, con gesto preocupado. Cuando nos vieron salir, se pusieron de pie de un salto.

Me pareció que se temían lo peor. Yo abrí la boca, dispuesto a confirmárselo, pero Unax me detuvo, mirando a ambos lados.

—Aquí no —dijo—. Hay ojos en todas partes.

Salimos de ahí en silencio y buscamos un lugar tranquilo en la parte de detrás del edificio que nos permitiera hablar con sosiego sin que nos escuchase nadie. Llegamos junto al río, que se deslizaba como una enorme serpiente entre las casas, dividiendo el pueblo de Elizondo en dos, y nos sentamos en un banco. Cuando nos aseguramos de que no había nadie que pudiera escucharnos, Emma comenzó a explicar lo sucedido en el Concilio y las consecuencias de nuestro castigo.

Nagore se llevó las manos a la boca, espantada, aunque terminó por decir lo que yo en el fondo sabía que iba a decir. Habría preferido taparme los oídos.

—Os dije que no era una buena idea.

Emma y yo resoplamos a la vez.

Nos quedamos callados unos segundos, escuchando el sonido del agua. Tampoco es como si la excursión para salvar a mi prima hubiera sido idea mía, ¿no? Por una vez, todos los méritos eran de Emma. Claro que, si esperaba que pidiera disculpas o admitiera que había sido una irresponsable, podía esperar sentado.

Finalmente, Unax rompió el silencio:

—El escudo fue impresionante, Emma.

¿Perdón?

Ella levantó la mirada, tan sorprendida como yo.

—Aún no sé cómo lo hice —dijo, con una sonrisa tímida.

Hasta Nagore asintió con la cabeza. Ah, estupendo. ¿Mi prima casi conseguía que acabásemos muertos y nos tocaba felicitarla?

—Te dije que era cuestión de tiempo —dijo Nagore—. Solo tenías que sentirlo de verdad.

Emma se llevaba la mano al cuello, ahora desnudo, sin su amuleto del eguzkilore. Respiró profundamente, negando con la cabeza.

—Tampoco sé si sabría repetirlo —se lamentó—. No hice nada en concreto, no pensé en nada, solo...

—Querías protegerte —dijo Unax—. A ti y a tu primo. El sentimiento de protección es uno de los más fuertes que existen, Emma. La magia no es más que eso: conexión. Contigo, con Gaua, con la gente que te importa.

Aquello me hizo pensar. ¿De verdad era tan complicado? Para mí no lo fue.

—Pero yo no tuve que pensar tanto —dije, finalmente. A Emma no pareció sentarle del todo bien mi comentario. Pero era verdad, ¿no?—. Cogí la flauta y la toqué.

Nagore, en cambio, me miró ensanchando su sonrisa.

—Eso es porque tú tienes muy claro qué has venido a hacer aquí. Esa pasión es tremendamente poderosa. ¿No has notado que la música siempre te ha ayudado a entender el mundo?

Tragué saliva. Tenía tanto sentido que daba hasta un poco de miedo. Las clases escuchando mis auriculares escondidos debajo de las mangas, todas esas tardes en las que debería haber estado estudiando y las dedicaba a escuchar mis CD favoritos... De repente resultaba que no era un vago. Simplemente, las matemáticas no eran lo mío, por mucho que mis padres se empeñaran en hacerme creer que tenían que serlo, viniendo de una familia de ingenieros. La música era lo mío. Y la música sí servía para algo, después de todo, ¿no? Era capaz de hacer magia. ¡MA-GIA! Y mover sillas, y quién sabe qué otras cosas más, si me daban tiempo. Porque era mi destino, o algo así.

Guau.

De todas formas, no creía que a mis padres todo esto les fuera a hacer mucha gracia. Aunque les asegurara que con mi flauta podía mover montañas, viajar en el tiempo o salvar el mundo, seguirían apuntándome a una clase de apoyo en matemáticas. Por si acaso.

Tragué saliva amargamente.

Emma, que llevaba unos minutos en silencio, se incorporó y miró a Unax.

—Hum. ¿Puedo preguntarte algo? —dijo—. Cuando nos encontrasteis en el bosque y nos ayudasteis dijiste algo. Supiste que había más gentiles en camino. Incluso que tenían más piedras. ¿Cómo lo supiste? ¿Lo... viste, o...?

Él se encogió de hombros, quitándole importancia, con la mirada fija en el río.

—Soy Empático, ¿te acuerdas?

Un momento, ¡un momento! ¿Eso también lo había hecho con magia? Esta vez era yo el que tenía muchas preguntas:

—Eh, ¡eh! Yo pensaba que solo podías hacer... ya sabes, eso que hiciste —dije, y gesticulé con mis manos imitando las figuras enormes que nos había proyectado nuestra primera noche en Gaua—. Lo de meternos dentro de los cuentos.

—Bueno, eso no es más que un truco... Es bastante sencillo, en realidad. La telepatía funciona de las dos maneras. Yo puedo hablarte a ti, transmitiéndote mi voz o incluso imágenes, como hice esa vez. Y eso es relativamente sencillo, especialmente si la otra persona se encuentra receptiva y dispuesta a escucharte.

Fruncí el ceño.

—¿Y cuál es la otra manera? —dije.

A mi lado en el banco, Emma parecía bastante tensa.

—¿Puedes...? —murmuró, sin mirarlo—. ¿Leer la...?

—Leer la mente, sí —dijo él, y a esas palabras les sucedió un silencio incómodo, que rompió con un carraspeo—. No siempre, claro. Solo si el pensamiento es muy fuerte, está muy expuesto o la otra persona quiere dejarme entrar. Normalmente, sentís una especie de hormigueo incómodo y bloqueáis lo que estáis pensando.

Eso tenía que probarlo. Me concentré muy fuerte. Sin abrir la boca, miré a Unax.

«¿Qué estoy pensando ahora?», pensé, con claridad, «¿PUE-DES ES-CU-CHAR ES-TO? LOS EM-PÁ-TI-COS DAIS MAL RO-LLO». Él negó con la cabeza.

—Menudo Empático si no supiera leer eso —dijo—. Pero suele ser más complicado que lo que acabas de hacer, ¿sabes? Rara vez pensamos de manera ordenada. Suelen ser palabras sin sentido, entrecortadas. Ideas que cambian sobre la marcha... Incluso a veces... sensaciones contradictorias.

Emma se mordió el labio, con la mirada fija en sus zapatillas. Escondió la cara entre su pelo, repentinamente preocupada por desatarse y atarse los cordones, pero eso no evitó que me diera cuenta de que se había sonrojado hasta las orejas. Unax, por su parte, se rascaba la nuca, sospechosamente interesado en el movimiento del río.

¿Me estaba perdiendo algo?

De pronto, Emma se giró hacia Nagore, en un intento abrupto por cambiar de tema.

—¡Tu viento...! —dijo—. Eso sí que fue... vaya. Fue una pasada, ¿verdad, Teo? ¡Conseguiste levantar entero a ese bicho!

Asentí, sin dejar de mirarles a los dos con una ceja alzada. A mí no me engañaban; ahí estaba pasando algo. Y empezaba a cansarme de tanto secretito.

Nagore, en cambio, sonrió encantada.

—No habría podido aguantarlo mucho más. El gentil pesaba muchísimo. ¿Visteis esa barrigota? ¡Ni con toda la magia de Gaua! —Acto seguido, cogió a mi prima del brazo—. Os pasará a vosotros también. Ya lo verás. Para cuando te des cuenta controlarás perfectamente tu magia y podrás planificar la forma y potencia de los

escudos. Lo he visto antes, ¿sabes? Solo tienes que aprender a escucharte. Para conectar con la naturaleza primero debes saber quién eres tú. Una vez tengas eso claro, podrás controlar lo que sentiste y enfocarlo para utilizarlo como necesites.

Emma suspiró.

—Supongo... —dijo, pero acto seguido negó con la cabeza—. De todas formas, ¿de qué me sirve ahora? Nos hemos quedado sin catalizadores. Y los necesitamos más que nunca. ¿Cómo vamos a encontrar a Ada?

Por primera vez, le di la razón; esa era una muy buena pregunta.

¿Qué demonios íbamos a hacer ahora?

Emma

Esa noche me costó muchísimo dormirme. No podía creerme todo lo que había pasado en tan poco tiempo. Todavía sentía el pánico en los músculos tras el enfrentamiento con el gentil y la adrenalina de haber sabido invocar mi primer escudo. Había sido alucinante, y las cosquillas en los dedos aún estaban ahí, quemándome las yemas y dejándome con ganas de más.

Pero tal vez no habría más. Tal vez eso era todo. Y si había algo que realmente me impedía dormir era pensar que ahora que por fin lo había conseguido, nos habían quitado los catalizadores. Todas mis esperanzas de encontrar a Ada por mis propios medios se esfumaban, dejando en su lugar una sensación de impotencia que me agarrotaba el pecho.

Nora dijo que lo tenían todo bajo control, que estaban buscando el bosque, que había una brigada, que Ada era su prioridad. Todo eso estaba muy bien, pero ¿qué habían conseguido hasta entonces? ¡Nada! Y llevábamos allí ya unos cuantos días.

Por mucho que quisiera evitarlo, algo me decía que no podía fiarme de nadie. Tal vez ni siquiera de ella. En este lugar, todos parecían guardar unos cuantos secretos.

Incluso Unax, que aparentemente me había abierto su corazón al hablarme de toda su familia, había olvidado mencionar el pequeño detalle de que podía leerme la mente. ¡La mente! ¿Cómo no me lo había dicho? Aquel día en su casa pensé..., bueno, pensé un montón de cosas sobre él y sobre mí y... ¡pudo escucharlas todas! ¡Todas! Tan solo de pensar en ello me avergonzaba y enfurecía a partes iguales. Debía habérmelo dicho. Tenía que habérmelo advertido, y habría controlado muchísimo más mis pensamientos.

Respiré hondo, en la cama, tratando de calmar mis ganas de golpear la almohada con rabia. Había aprendido una lección: debía andarme con ojo.

Cuando por fin conseguí relajarme, el sueño me recibió como una manta suave y caliente en invierno. Según cerré los ojos, agotada y con el cuerpo todavía dolorido por nuestro enfrentamiento en el bosque, mi mente empezó a separarse de mí y me llevó lejos de mi cuerpo, arrastrándome entre los árboles, de vuelta a lo más profundo del bosque.

Para cuando me di cuenta, ya no estaba en mi cama. Podía oler la humedad del valle, la tierra mojada, la lluvia fina que repiqueteaba contra las hojas de los robles. Era un sueño, eso estaba claro, pero era tan real... Una parte de mí estaba verdaderamente allí, en ese bosque, mirando a su alrededor. Podía sentir las gotas de lluvia en mi frente, deslizándose por mi nariz. Podía incluso saborearlas. Cerré los ojos.

Entonces escuché voces.

—Tócalo...

Sonaban lejos.

—Concéntrate...

¿Pero dónde?

Parpadeé despacio. Me giré, tratando de seguir el origen de esa voz, y empecé a caminar hacia ella. Me di cuenta de que me movía despacio. Muy despacio. Las piernas y los brazos me pesaban, como si estuviese caminando bajo el agua.

«Es un sueño», me dije. Tenía que serlo.

—Solo tienes que tocarlo...

Las voces seguían.

—Ya te he dicho que no sé cómo.

Esa última voz me sacó de mi letargo. Sentí como si la sangre volviese de golpe a mi corazón y lo hiciera palpar con fuerza.

—¿Ada? —dije, con la voz entrecortada.

Entonces la vi.

Frente a mí, un hombre encapuchado sostenía la mano de mi prima pequeña, tratando de que la colocase encima del pozo por donde habíamos caído la primera vez. Mi cabeza entonces sumó dos más dos: ¿estaba soñando con Ada! ¡Igual que Teo! Tal vez entonces no fuera un sueño. Lo que veía podía estar pasando de verdad.

—Claro que sabes cómo hacerlo —gruñó aquel hombre, cuyo rostro no conseguía ver debajo de esa capa—. Escucha, Ada, esto es muy fácil. Es tu última oportunidad. ¿Quieres saber quién es tu madre?

¿Así que era eso? ¿Así era como la tenían secuestrada? ¿Prometiéndole información sobre sus padres biológicos? Una nueva oleada de culpabilidad me invadió mientras recordaba una vez más que fui yo quien dijo que no era nuestra prima. Yo la había empujado a todo esto y ahora estaba en peligro; no me cabía ninguna duda.

—Ada... —repetí, impotente.

Sabía que no podría escucharme.

¿Pero quiénes eran ellos? ¿Y cómo era posible que tuvieran información sobre la madre de Ada? Me acerqué al pozo, con toda la rapidez que me permitían mis pesadas piernas. No tenía otra opción. Tenía que verle la cara a ese hombre. Era mi única esperanza.

El encapuchado volvió a hablar.

—Piénsatelo bien, Ada. No vas a tener una segunda oportunidad. Y te aseguro que no quieres que lo intentemos por las malas.

Temblando por el esfuerzo, conseguí llegar hasta el pozo, extendiendo mi mano para intentar sujetarme a sus piedras y ganar impulso. El encapuchado se giró hacia mí, como si de pronto hubiera reparado en mi presencia.

Y entonces desperté.

El corazón se agitaba dentro de mi pecho como un caballo desbocado. ¿Me habría descubierto? Pero eso no era lo peor. Lo peor era que yo no había conseguido descubrirlo a él. Golpeé el colchón con mi puño cerrado, desahogando mi frustración. ¡Había estado tan cerca! ¡Había faltado tan poco!

En la cama de al lado, Teo dormía a pierna suelta. ¿Debía despertarlo y contárselo? Ni siquiera sabía qué hora era, no había manera de saberlo siendo de noche, aunque... no, no parecía que hubiese dormido más de una hora.

Respiré profundamente, tratando de calmarme. Supuse que podía esperar a mañana. Antes debía pensar en qué hacer, trazar un plan... estaba claro que improvisar no me había salido demasiado bien la última vez.

Pero alguien, ALGUIEN, probablemente ese encapuchado, nos estaba enviando esos sueños a Teo y a mí. Sueños muy realistas en los que Ada parecía estar corriendo peligro. ¿Y por qué iba a mandárnoslos? ¿Por qué él? ¿Querría que le siguiéramos? ¿Para qué? ¿Y si se trataba de una trampa?

Teo soltó un ronquido. Me liberé de las mantas, irritada.

Sería mejor que fuese a beber un poco de agua y volviese a dormir.

No cogí mi lámpara. En esos días me había aprendido los pasillos de memoria y estaba empezando a acostumbrarme a eso de caminar a oscuras sin darme golpes contra todo lo que me encontraba a mi paso. Abrí la puerta y, en silencio, recorrí el pasillo que llevaba a los baños.

Pero una voz me detuvo.

De la biblioteca, con la puerta entreabierta, emanaba una suave luz que me hizo saber que había alguien dentro. ¿Quién estaría despierto a esas horas? Dadas las circunstancias, algo me decía que cualquier información me sería de utilidad, así que, sin pensármelo dos veces, me pegué a la pared y asomé ligeramente la cabeza.

Era Nora y otra de los líderes... ¿cómo se llamaba?, esa tan excéntrica, la líder de los Elementales que casi nos había convertido en hielo en medio de la bronca. ¡Ane! Eso era. Estaban muy serias, hablando en susurros, por lo que tuve que prestar mucha atención para conseguir entender lo que decían.

—La situación es muy delicada, Nora. Está en juego la paz del valle. Hay sospechas de que la... tienen secuestrada... —decía Ane—. Parece que quieren utilizarla para abrir el portal.

¡¿Estaban hablando de Ada?!

Dejé de respirar.

Entonces sí, me pegué por completo a la pared.

¿Cómo que el portal? ¿El pozo? Claro, el pozo. Nosotros habíamos saltado por el pozo y habíamos llegado aquí. El pozo era el portal, eso nos lo dijeron, ¿pero entonces...? ¿Abrirlo por qué? ¿Y para qué? ¿No se suponía que solo los brujos menores de quince años podían atravesarlo? ¿Quién podría querer abrirlo del todo, y para qué?

Y, sobre todo, ¿desde cuándo Ada podía abrir un portal?

—No. Eso es imposible —dijo Nora—. Eso rompe absolutamente todas las normas de convivencia del Concilio de Gaua. Desatarían la ira de Mari.

—Por eso debemos avisarla de inmediato. Hay que sacar a la niña de ahí.

¡Vaya! ¡Por fin alguien decía algo razonable! Tuve que contener mis ganas de entrar en la habitación y abrazar a Ane. Pero Nora, una vez más, mostró su desacuerdo:

—Prudencia —le dijo—. Todavía no sabemos quién está detrás de todo esto.

—Nora, no peques de ingenua, te lo ruego. Ambas sabemos lo que está pasando aquí.

Nuestra líder tardó en contestar.

—No creerás que Gaue...

—¡No pronuncies su nombre! —susurró Ane, alarmada—. No pienses en él siquiera. Tiene oídos en todas partes, podría estar escuchándote.

Se quedaron en silencio, y me preocupó que pudieran descubrirme. Dejé caer la cabeza contra la pared. Apenas podía contener mi respiración agitada. ¿Estaban hablando del dios de las Tinieblas?! ¿Ese era quien tenía a Ada? Estaba preparada para luchar contra duendes, lamias e incluso gentiles... ¿pero eso? ¿Cómo demonios podría rescatar yo sola a mi prima de las garras de un dios?

—Si mis sospechas son ciertas, hay brujos detrás de todo esto —continuó la líder de los Elementales—. No me digas que no has oído los rumores. Hay facciones intentando fraguar esta rebelión desde hace años, prácticamente desde la Guerra de las Luces. Solo Él sabe lo que les habrá prometido a cambio de reabrir el portal para recuperar su reinado.

Esto se estaba poniendo muy feo. Si lo estaba entendiendo bien, eso significaba que Gaueko quería volver a ser el dios de las Tinieblas también para los hombres, unificando ambos mundos para recuperar el poder que había perdido con el castigo de Mari. Eso tenía sentido, si te pones en la piel de un dios malvado herido en el orgullo, pero... ¿por qué lo apoyarían los brujos? ¿A cambio de algún tipo de recompensa? Era demasiado terrible para ser cierto. Me negaba a creer que hubiera alguien tan corruptible a cambio de poder, alguien capaz de secuestrar a una niña por algo así.

—¿Estás segura de lo que dices, Ane? —dijo Nora—. Estas acusaciones son muy graves. Si trascienden, podríamos poner en peligro el Concilio de los Brujos y la paz de todos.

—Ojalá me equivocase, pero mis informadores han sido claros —aseguró Ane—. Un grupo de brujos retiene a la niña en una cabaña cerca de Lecaroz, y la han visto llevarla al pozo un par de días.

Al menos, a Nora todo parecía resultarle tan surrealista como a mí:

—¿Pero por qué la niña? ¿Quién puede ser tan insensato para pensar que una niña de ocho años es capaz de romper un portal ella sola?

—Nora... —la interrumpió la líder de los Elementales—. Creo... creo que no es una niña normal.

—¿A qué te refieres?

—Al principio no quise creerlo. Había informaciones, claro, pero no quise... creía que eran leyendas... Y si realmente la han encontrado... si es esa niña...

—¡¿Quién?! —gritó Nora, tal vez demasiado alto.

No pude evitar volver a asomar la cabeza. Ane se acercó a Nora para susurrarle la respuesta:

—El linaje perdido.

—¿Cómo? —dijo Nora.

—El linaje perdido. Descendientes de la Luna y el dios de las Tinieblas. Por favor, no me digas que no has oído nunca la leyenda.

Nora tardó en contestar. Se rascaba la frente, sin dar crédito, negando con la cabeza. Yo estaba demasiado aturdida como para saber qué pensar. Unax nos había hablado de eso: la cuarta bruja, la que no había dejado descendencia, hija de la Luna y de Gaueko. Pero fue hace miles de años, y nos dijo que era solo una leyenda, ¿qué tenía eso que ver con Ada?

—Pero eso... pero eso son cuentos de niños —replicó Nora—. No hay evidencias de que ese linaje ni siquiera hubiese existido nunca. ¿Cómo iba a llegar hasta hoy? Es... es imposible... ¿Todo este tiempo?

—Se cree que sus descendientes huyeron. Que se mantuvieron al margen en el Reino de la Luz, tras la guerra. Escondidos. Era demasiado poder, era demasiado peligroso...

Ay, madre.

¿Ada? ¿Descendiente de un linaje perdido, que provenía directamente del mismísimo dios de las Tinieblas? La cabeza me daba vueltas y sentí que, de no ser por la pared en la que apoyaba la espalda, en cualquier momento iba a caerme al suelo.

Al otro lado de la puerta, Nora seguía tratando de digerir la información.

—Una hija de la Luna y del dios de las Tinieblas —decía—. Hija de dos dioses... Eso la convierte...

—Prácticamente en una diosa, sí. La dueña indiscutible de la noche, en cualquier caso. Por eso tal vez podría abrir el portal, al menos eso es lo que se cuenta en el valle. —Mientras explicaba todo eso, Ane parecía extraordinariamente calmada. ¿Pero se estaba escuchando? ¡Que estábamos hablando de Ada!—. Escucha, Nora, no

sabemos si la historia es cierta. Pero si realmente esa niña es la única descendiente del linaje perdido...

—Corre un grave peligro —terminó Nora, y después chascó la lengua, mirando hacia el techo—. ¿En qué estaría pensando Casilda al acogerla?

Ane volvió a insistir:

—Debemos avisar a Mari —dijo.

Pero Nora, una vez más, negó enérgicamente con la cabeza.

—Shh. Te lo pido por lo que más quieras, cálmate —le dijo—. No dejemos que esto llegue tan lejos. Debemos solucionarlo entre nosotros tres antes de que llegue a oídos de Mari o estaremos perdidos para siempre. Busquemos a Ximun, hablemos como brujos. Los tres líderes, ¿de acuerdo? Es nuestra responsabilidad. Tenemos demasiado que perder.

Me separé de la pared, presa de una ira que de pronto me parecía incontenible, y comencé a caminar hacia mi cuarto.

No podía creerlo. Estaban hablando de que mi prima estaba secuestrada, tal vez por el mismísimo dios de las Tinieblas, que de repente se creía algo así como su tatarabuelo, cuando claramente era una absoluta locura. ¿Y ellas qué? ¿Iban a hacer algo al respecto? ¡No, claro que no! Como tampoco habían hecho nada útil en todos esos días. En vez de eso, pretendían perder el tiempo en diplomacia y debatir sobre la vida de mi prima con un té con pastas. Todo por el bienestar de su estúpido Concilio.

¿Pues sabes qué? Que no iban a contar conmigo. Aunque no me siguiera nadie, aunque tuviera que hacerlo sola, esa vez iba a salir a buscarla y no tenía la menor intención de volver con las manos vacías.

Rápidamente, saqué a Teo de su cama y le conté toda la conversación con pelos y señales, así como el sueño que acababa de tener. Estaba tan agitada que le contagié mi nerviosismo y se despertó de golpe. No me hizo falta convencerlo: nos vestimos en el menor tiempo posible, decididos a salir al bosque.

—Espera —me dijo de repente.

—¿Te vas a echar atrás?

—No —contestó, muy serio—. Pero esta vez tenemos que avisar a Nagore.

Me disponía a rebatírsele y llamarle cobarde, pero no tardé en darme cuenta de que tenía razón. No hacía ni doce horas que nos había salvado el pellejo, a fin de cuentas. Por no hablar de que esta vez no teníamos ni la flauta de Teo ni mi eguzkilore para defendernos, y que tampoco teníamos ni idea de cómo volver al pozo. Sin su ayuda, estábamos perdidos.

—De acuerdo —dije.

Nagore dormía dos habitaciones a la derecha de nosotros, en la parte de arriba de una litera que compartía con otra estudiante con la que habíamos desayunado alguna vez en el comedor. Conseguimos sacarla de ahí con todo el sigilo que nos era posible. Ella se frotaba los ojos, sin entender nada, pero nos obedeció cuando le pedimos que cogiese algo de ropa y que tratase de no hacer ruido para no despertar a nadie.

Una vez fuera de la habitación, se lo contamos todo.

—¿Qué?! —exclamó en un susurro, tapándose la boca visiblemente alarmada. Miró a su alrededor y tiró de nosotros para meternos en el baño, cerrando la puerta con pestillo para poder seguir hablando—. No pueden hacer eso. No pueden reabrir el portal. Eso es... eso... ¡oh, Mari! ¡Oh, no!

Traté de que centrarse su mirada en mí.

—Nagore, escúchame —le dije—. ¿Por qué querrían reabrir el portal?

Dudó unos instantes. Parecía que le daba miedo hablar de ello, pero finalmente accedió y suspiró.

—Bueno —dijo—. Estoy segura de que el dios de las Tinieblas no lleva muy bien haber perdido su influencia en el mundo de los Hombres, por mucho que los deteste. No le gusta pensar que hay una noche que él no controla. «La noche tibia de los humanos», la llama, ¿comprendes? Para él es insultante.

—Pero dicen que los brujos lo están ayudando —dijo Teo.

—¡No sabemos si le estamos ayudando! Aunque es cierto que... —Nagore, de repente, parecía abatida—. Hay rumores. Dicen que hay una facción que lleva años tratando de derribar el portal.

—¿Pero para qué? —insistí.

Tardó en contestar. Parecía tragar un nudo pesado en su garganta.

—Yo también deseo que desaparezca a veces —nos dijo al fin, con los ojos húmedos—. ¿Quién no? Todos queremos que todo vuelva a ser como dicen que era antes. Que ningún brujo tuviera que renunciar a ninguno de los dos mundos. Hay tantas cosas en el mundo de los humanos que nos estamos perdiendo... Mis padres... Y todo por el castigo de Mari por la Guerra de las Luces, ¡una pelea de dioses que tuvo lugar hace miles de años y que no nos concierne!

Respiré profundamente, tratando de ordenar los pensamientos de mi cabeza.

—Pero entonces —dije—. ¿Me estás diciendo que se puede reabrir el portal?

—Ningún brujo podría hacerlo —aseguró Nagore—. Pero si Ada es quien dicen que es... no lo sé, ¿tal vez? No tenemos ni idea de qué puede o qué no puede hacer.

Teo negó con la cabeza.

—Pero se equivocan —dijo—. ¿No? Es ridículo. ¿Cómo iba a ser Ada descendiente de Gaeko? ¡Si es Ada!

Nagore nos miró a los dos con cautela, primero a uno y luego a otro, como si dudase sobre si debía dejar caer la próxima bomba o si era mejor esconderla por el momento.

—¿Qué sabéis acerca de sus padres? —dijo, simplemente.

Y yo lo entendí. Me quedé clavada en mi sitio, como si de pronto alguien me hubiese echado un gran cubo de agua fría por encima.

Teo nos miraba a los dos sin comprender nada.

—Nada —dije, con un nudo en la garganta.

—¿Nunca os han contado cómo la adoptaron?

Traté de recordarlo, masajeándome las sienes con impaciencia.

—Sé que fue un proceso muy complicado —dije—. Que era una niña que habían abandonado en el valle, que se la encontró mi abuela y que la tuvo unos días con mi tía hasta que se encontrara una solución, pero al final decidió adoptarla, y estuvo con los trámites un tiempo hasta que lo consiguió.

—¿Eso es lo que os dijeron? ¿Que la abandonaron en este mismo valle?

Asentí con la cabeza y tragué saliva.

—Y nunca se supo quién fue, ¿verdad?

—No —respondí, dejando escapar todo el aire de mi pecho.

Teo se dejó caer contra la encimera del baño.

—¿Estás diciendo que la abandonó una bruja, descendiente del dios de las Tinieblas? —exclamó, afligido.

—Tal vez no la abandonase. Si es quien es, tal vez su madre quiso esconderla para protegerla. Como os digo, su poder puede ser inimaginable y, en las manos equivocadas...

Ya había escuchado suficiente. Poco importaba que Ada fuera o no la última descendiente del linaje perdido. Si ahí fuera, alguien lo creía... entonces corría un grave peligro.

Me recogí el pelo en una coleta y los miré con determinación:

—¿Nos vamos?

—Vuestros catalizadores —dijo Nagore.

—No los tenemos —respondí. ¿Es que no se acordaba? Nora nos los había quitado hasta que hubiéramos aprendido la lección.

Nuestra amiga puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Por Dios... que no se hayan roto. Y sé dónde están —nos dijo, esbozando media sonrisa—. ¿O creéis que sois los primeros alumnos a los que castiga?

Teo y yo nos miramos, empezando a recuperar un poquito la esperanza.

Lo de traer a Nagore con nosotros había sido una buena idea, después de todo.

Nagore dijo que los catalizadores estarían en el despacho de Nora, concretamente guardados en el primer cajón.

—¿Y ya está? —dije yo—. Pues qué fácil.

Sorpresa: no era tan fácil.

Resulta que el cajón estaba cerrado, y la llave que lo abría, pequeña y negra de acuerdo con Nagore —que estaba demostrando ser un poco más desobediente de lo que parecía—, estaba sujeta por una cinta que Nora llevaba siempre atada en su muñeca izquierda.

Total, que teníamos que apañárnoslas para quitarle la cinta a nuestra directora, volver al despacho, coger los catalizadores y salir de ahí, todo a oscuras y haciendo el mínimo ruido posible. Bien, ¿no?

—No sé yo —dijo Emma.

Nagore, en cambio, parecía decidida. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que no era la primera vez que hacía algo parecido.

—Aún no estará dormida del todo —nos avisó—. Si acaba de hablar con Ane en el pasillo, probablemente habrá ido a acostarse hace poco. Se habrá lavado los dientes, habrá leído un poco y se quedará profundamente dormida en aproximadamente... —miró su reloj— cuarenta y cinco minutos.

Alcé las cejas, impresionado. La obedecimos sin hacer demasiadas preguntas. Nagore se movía por el colegio como un pez en el agua, y parecía conocer cada uno de los secretos para saltarse las normas sin ser descubierto.

—¿Y si avisamos a Unax? —dijo Emma, mientras esperábamos—. Toda ayuda es poca, ¿no?

Nagore lo descartó enseguida. Salir al pueblo a por él, llamar a la puerta de su casa y no levantar sospechas... era arriesgarse demasiado. Yo le di la razón, pero fundamentalmente porque no era mi persona favorita. Había algo en él que no me acababa de convencer y, además, siendo honestos, tampoco tenía muy claro cómo nos iba a poder ayudar. Parecía bastante flojucho. Leer la mente, ya ves tú. ¿Cómo iba a

poder defendernos con eso? ¿Avergonzando a Gaueko con sus secretos? ¿Contándote historias de miedo?

Aunque, pensándolo bien, vistos desde fuera nosotros tampoco debíamos de imponer mucho respeto: Emma con un escudo que ni siquiera podía controlar y yo tocando la flauta. Menuda ruina de equipo. Menos mal que Nagore era una bruja de verdad y les tiraría a todos con una ventisca, o algo así.

—En marcha —nos dijo, cuando llegó la hora.

Caminamos en fila india hasta el dormitorio de la directora, y Nagore se detuvo antes de entrar, tapándose los labios con el índice, atenta a la señal: el primer ronquido. Cuando lo oyó, sonrió y nos hizo una señal con la mano.

Nos asomamos. Nora estaba durmiendo hacia su derecha, lo que significaba que la mano izquierda estaba muy mal colocada, justo debajo de la almohada, por lo que era imposible que consiguiéramos cogerle la cinta sin despertarla.

Emma chascó la lengua, frustrada, pero Nagore parecía tener la solución. Asomó su brazo por la puerta y empezó a hacer movimientos leves hacia los lados, muy despacio, levantando una suave brisa en dirección a su cama.

Al principio, se movió solo un poco, como si estuviera incómoda, arrugó su nariz y se tapó más con su sábana. Nagore repitió el movimiento, esta vez un poco más fuerte y con las dos manos, hasta que Nora comenzó a toser.

—¡La vas a despertar! —susurró Emma.

Pero un segundo después la directora se frotaba la nariz y se giraba sobre sí misma buscando una mejor postura, justo hacia el otro lado de la cama. Su brazo ahora quedaba totalmente expuesto, al borde del colchón, dejando ver una llavecita que brillaba con el reflejo que formaba la luna a través de la ventana.

—Increíble —dije.

—Ahora a por la llave.

Como habíamos quedado, me arrodillé y empecé a atravesar la habitación a gatas, tratando de hacer el menor ruido posible. Emma había sugerido encargarse ella misma de esta parte del plan, pero tanto Nagore como yo estábamos de acuerdo en que era la más ruidosa de los tres. Me pareció que se ofendía un poquito, pero no teníamos tiempo para esas cosas. Lo importante era rescatar a Ada.

Los ronquidos de Nora llenaban la habitación, y yo los aprovechaba para arrastrar las rodillas sin miedo a ser descubierto. Cuando llegué a ella, me incorporé y acerqué mis dedos a su muñeca. Me temblaban las manos. Miré hacia atrás, y Nagore me enseñó el pulgar hacia arriba. Respiré profundamente y después, en un solo movimiento, deshice el nudo y me quedé con la llave en la mano. Nora no notó nada, y yo casi me desmayé del alivio.

Me di la vuelta sobre mí mismo, deslizándome de nuevo hacia la puerta, y conseguimos salir de allí corriendo por el pasillo, con el corazón golpeándome el pecho con fuerza.

Había peleado con duendes, con gigantes y, lo que era mejor, había burlado a la directora del colegio. Y solo era mi quinto día allí. Eso sí que era entrar en Gaua por la puerta grande.

Sin perder tiempo, llegamos al despacho de Nora y entramos procurando no hacer ruido. Emma cogió mi llave y se abalanzó sobre la gran mesa de madera. Nagore no se equivocaba: efectivamente, el primer cajón se abrió sin problemas y ahí estaban tanto mi flauta como el eguzkilore de Emma, junto con una enorme montaña de papeles, un teléfono móvil que parecía sacado de 2005 y un tirachinas que tampoco tenía pinta de ser muy actual.

—Es su catalizador —susurró Nagore.

—¿El tirachinas? —Eso sí que no me lo esperaba—. ¿El catalizador de Nora? ¡Pero si no le pega nada!

No sabía ni que supiese divertirse.

—Es el problema de juzgar demasiado rápido a las personas —me advirtió, con media sonrisa—. Que pueden sorprenderte.

—¡¿QUIÉN ANDA AHÍ?!

Escuchar la voz de Nora inundando el pasillo casi hizo que me cayese de espaldas. Emma me tapó la boca con la mano.

—Rápido —nos dijo, en un susurro—. Tenemos que irnos.

No había tiempo que perder. Siguiendo el plan que había trazado Nagore, cogí mi flauta y fijé la vista en la ventana del despacho. Estaba cerrada con un complicado engranaje, pero debía ser capaz de abrirla con magia. Ese era el plan, ¿no? Empecé a esbozar una melodía sencilla. Estaba nervioso, las notas sonaban temblorosas y el aire escapaba entre mis dedos. No pasaba nada.

Los pasos sonaban cada vez más cerca en el pasillo. Emma y Nagore tenían sus ojos fijos en mí, en una mezcla de impaciencia y desesperación.

Cerré los míos, tratando de concentrarme. Me sabía esa canción: la había tocado cientos de veces. Me gustaba. Primero venía un si, luego un sol. Luego un mi semicorchea. Podría tocarla de memoria sin pensar. Respiré profundamente.

Y entonces, la ventana se abrió.

Nagore me cogió de la mano, haciéndome abrir los ojos de golpe.

—¡Deprisa!

Emma fue la primera en saltar. Después lo hice yo, y ayudé a Nagore a atravesarla desde el otro lado. No pudimos cerrar la ventana a nuestras espaldas; no había tiempo. Nos limitamos a salir corriendo de ahí lo más deprisa que podíamos.

—¿Cuánto tardará Nora en darse cuenta de que le hemos cogido la llave? —pregunté, mirando hacia atrás.

Emma tiró de mi brazo.

—No mucho —me dijo—. Tenemos poco tiempo.

Corrimos hacia las lindes del pueblo, dejando atrás el Ipurtargiak y el edificio que, al menos en nuestro mundo, era la casa de nuestra abuela. Nos perdimos por los caminos que conducían al bosque, montaña arriba. Emma tenía razón: teníamos poco tiempo. No tardarían en encontrarnos.

Debíamos darnos prisa.

Correr por el bosque no es tan fácil como parece, y menos si es de noche, pero Nagore sabía dónde teníamos que ir y parecía conocer el camino a la perfección. Avanzábamos entre los matorrales, intentando esquivar las ramas semienterradas de los árboles, pero no me libré de unos cuantos arañazos y más magulladuras de las que me gustaría admitir.

Corrimos tanto que no tardamos en llegar. Reconocí la zona del bosque al instante, incluso desde lejos. El mismo claro del bosque, los mismos árboles enredados en musgo y en medio de todo... el pozo donde había empezado todo. Era inconfundible. ¿Cómo olvidar el pozo donde me di el golpe más fuerte de mi vida?

Contuve el aliento.

Las inmediaciones del pozo estaban iluminadas por antorchas, que formaban un círculo de fuego a su alrededor. La verdad es que no tenía mucha idea de lo que estaba pasando, pero había una niña pequeña, y esa niña era Ada, estaba seguro. La rodeaba un grupo de personas vestidas de negro, encapuchadas. Para mi sorpresa, Emma me cogió la mano.

—Es igual que en mi sueño... —me dijo.

Asentí, con un nudo en la garganta. Yo también había visto a un hombre encapuchado, y tenerlo ahí, delante de mí, me confirmaba el peor de mis temores: que todo cuanto habíamos visto en nuestros sueños era real.

Tuve que reprimir las ganas de gritar su nombre.

—Que Mari nos guarde —susurró Nagore, a mi izquierda.

Mari, sí, estaría bien. No se me había ocurrido pensar en ella, pero ¿no se suponía que era una diosa superpoderosa que nos protegería a todos? Que seguro que tenía una agenda muy apretada, pero ese era un buen momento para aparecer y echarnos un cable.

—¿Qué están haciendo? —dijo Emma—. ¿A qué viene lo de las luces?

—Los círculos concentran la magia —respondió Nagore—. Es un rito antiguo. ¿Veis la forma? Es imposible saber dónde empieza y dónde acaba; es infinito. Cualquier acto de magia que se realice dentro de ella tiene una conexión mucho más intensa con Gaua y es más poderoso, casi incontrolable —guardó unos segundos de silencio antes de continuar—. Es peligroso. El Concilio lo prohibió hace años.

—Ah, qué bien —dije—. Eso no es bueno, ¿no?

Emma me fulminó con la mirada.

—Quieren que abra el portal, Teo —dijo—. Y parece que Ada no sabe cómo hacerlo o no colabora, así que están haciendo este... ritual, para que lo consiga.

—No podemos dejar que lo haga —nos advirtió Nagore, muy seria, con la vista fija en el pozo—. Si rompe el portal, estamos perdidos.

—Pues vamos a impedirselo —sentenció Emma, tirando de mi jersey. No era el momento de llevarle la contraria.

Nos acercamos sigilosos, paso a paso, tratando de no delatarnos con el crujir de las hojas bajo nuestros pies, y fuimos avanzando hasta colocarnos justo detrás de una roca. Por muy cerca que estuviéramos, seguíamos sin poder reconocerlos. Las capuchas formaban una sombra sobre sus cabezas que les cubría casi por completo, dejando solo sus rostros a la vista a partir de la altura de la boca. Contamos cuatro: dos eran mujeres, y los otros dos eran, con toda probabilidad, los hombres que también habían aparecido en mi sueño: uno era alto y corpulento, y el otro parecía más joven, más delgado.

Bueno, pues aquí estábamos, ¿no? Tres contra cuatro, sin contar a Ada.

De momento, no nos salían los números.

—¿Está... Gaueko entre ellos? —preguntó Emma en un hilo de voz.

—Eso, tú invócale —gruñí.

Emma me dirigió una mirada de pocos amigos, pero, por suerte, Nagore negó con la cabeza. Con total rotundidad.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —dije.

—Si estuviera aquí, lo sabrías —me dijo, y miró a su alrededor—. Lo sabríamos. Estos son brujos, y no parece que estén actuando por orden de Gaueko.

—¿Por qué?

—Si estuvieran actuando para él, lo habrían invocado ya.

—¿Invocado? ¿Cómo?

—Cada dios tiene su propio ritual y se le rinde tributo de una manera distinta. Es complicado, pero... cuando menos, los brujos llevarían el emblema del Lobo en los trajes y se pintarían como tales. Y, ¿ves? No llevan nada —volvió a negar con la cabeza, más segura que nunca—. Actúan por su propia cuenta.

—Pero eso es bueno, ¿verdad?

—No lo sé. No me huele nada nada bien.

Antes de que pudiera replicar, el hombre más alto del grupo comenzó a hablar, y Emma me tapó la boca.

—Ada, Ada, Ada... Últimamente me cuesta conciliar el sueño. Y créeme que no hay nada que deteste más que no poder dormir; seguro que lo comprendes. ¿Por qué debo yo someterme a esta sensación tan desagradable? Dime. ¿Por qué retener a una niña escondida durante días en una cabaña, como si fuera un animal? Es innecesario y abominable. ¿Crees que a mí me gusta esto?

Un escalofrío me recorrió la espalda.

El encapuchado se acercó a Ada y se agachó.

—Y más cuando todo lo que pretendo es que lleguemos a un acuerdo, como personas civilizadas.

A mi lado, Nagore se llevó ambas manos a la boca. Me pareció que ahogaba un grito.

—¿Sabes quién es? —susurré.

Ella parecía no querer creerlo.

Parpadeó despacio, negando levemente con la cabeza, pero sus ojos estaban muy abiertos y no se movían del pozo, donde aquel hombre seguía hablando, caminando despacio entre el círculo de fuego, como si la noche entera le perteneciera y tuviera todo el tiempo del mundo.

Nagore mentía: sabía quién era, estaba seguro.

De alguna manera, algo me decía que yo también había escuchado antes esa voz.

¿Pero dónde?

Emma

Frente a nosotros, iluminado por las llamas, el encapuchado seguía inundando el bosque con su voz rasgada. Yo sentía tanto miedo que notaba los miembros agarrotados y por un momento temí estar paralizada y no saber reaccionar para ayudarla. Ni en mis peores pesadillas habría imaginado que Ada pudiera encontrarse en una situación así, maniatada en un círculo de fuego, rodeada de brujos, presionada para acabar con un portal utilizando su magia.

Sin duda, el hecho de que Gaueko no estuviera involucrado en el secuestro de Ada me había llenado de alivio. No estaba segura de poder rescatarla de un grupo de brujos, pero lo que sí tenía claro es que no habría podido defenderla de un dios, por mucho que lo intentase. Aunque, por otro lado... si Gaueko no estaba detrás de todo esto, ¿quién era el encapuchado? ¿Por qué querían derribar el portal? ¿Y cómo estaban tan seguros de que Ada pertenecía al linaje perdido?

Por mi cuerpo convivían tantas emociones a la vez, todas tan intensas, que mezcladas con la impotencia de no saber cómo ayudar a Ada me provocaban ganas de vomitar.

Para mi sorpresa, fue ella quien se dirigió a su captor, con una mirada afilada que juraría no haberle visto nunca. Sus ojos, grandes, redondos y habitualmente curiosos, esos mismos ojos que brillaban emocionados cuando correteaba entre la naturaleza, ahora desafiaban al encapuchado con una seguridad aplastante.

—¿Quién es mi madre?

Él soltó una carcajada.

—¿Eso que percibo son ganas de colaborar?

Guardó silencio unos instantes, apretando las mandíbulas.

—¿Qué pasará si...? ¿Qué pasará si lo rompo?

—El portal quedará destruido, y Gaua y el Reino de la Luz volverán a convivir como uno solo, como ha sido siempre —respondió—. Los brujos y las criaturas podremos pasar de un lado a otro con la libertad que nos merecemos.

—No puede ser... —dijo Nagore.

«¿El qué?», quise gritar. «¿Qué no puede ser?».

—Nagore, tienes que decirnos quién es —susurré, desesperada.

Pero él siguió hablando:

—¿Crees que a mí me gusta esto? —dijo—. ¿Crees que yo quería elegir ser brujo? ¿Renunciar a mi vida para siempre por un error que cometieron los dioses? No parece justo, ¿no crees? El dios de las Tinieblas decide raptar al Sol hace cien años, ¡cien años!, por culpa de que los estúpidos humanos decidieron inventar la electricidad. ¡Y somos los brujos quienes debemos exiliarnos a un mundo de oscuridad! Dime, ¿a ti te parece justo?

Ada lo observaba en silencio, con la mirada clavada en el portal, como si sopesase sus opciones, pero él no cesaba en su discurso. Parecía que lo hubiera ensayado durante años, que se hubiera preparado toda la vida para esa noche.

—Creía que estábamos castigados para siempre, que debíamos resignarnos a vivir lejos de la luz y de los nuestros, separados por un portal. Para siempre —continuó, y de pronto dejó de caminar y se quedó de pie frente a Ada—. Y entonces escuché hablar de ti. Del linaje perdido. Descendientes de la Luna y Gaeko. Impresionante. Todos los poderes de la noche, puros en vuestra familia.

—¿Entonces es verdad? —susurró Teo.

Miré a Nagore, pero seguía en silencio, con el círculo de antorchas reflejándose en sus ojos vidriosos.

El hombre soltó una breve carcajada:

—Creíamos que eran leyendas, cuentos para niños, pero por lo visto erais reales, habíais estado allí, escondidos, todo este tiempo —siseó el encapuchado—. ¡Escondidos! Al momento supe que seríais nuestra única esperanza. Os buscamos durante... años, Ada. Tu madre decidió esconderse en el mundo de la luz, pensando que no os encontraríamos nunca... pero ¿sabes qué? Nos subestimó.

Ada negó con la cabeza, aturdida, y abrió y cerró sus labios un par de veces antes de hablar:

—¿Me estás diciendo que mi madre era...?

—Una bruja bastante astuta, descendiente del mismísimo dios de las Tinieblas. Creyó que si te dejaba en manos de Casilda, escondida en el Reino de la Luz, nos iba a engañar. Así, tan fácilmente. —Se agachó hacia mi prima y cogió su barbilla, obligándola a mirarlo—. Esto es todo cuanto te contaré de ella si no colaboras. No tienes nada que hacer, Ada. Espero que lo entiendas. Esto puede ser muy fácil. O puede ponerse feo. Solo depende de ti.

Ada permaneció quieta, sin hacer o decir nada, sosteniéndole la mirada sin temblar ni un poquito.

—Sé quién es —dijo Nagore—. Sé quién es el encapuchado.

Ya era hora.

—¿Piensas decírnoslo o qué? —espeté.

Se mordió los labios. Parecía verdaderamente asustada.

—Es Ximun —dijo—. El líder de los Empáticos.

Oh, no.

El corazón se me paró de golpe.

¿Cómo no me había dado cuenta? Los nervios me habían impedido darme cuenta de que esa voz me sonaba familiar porque de verdad la había escuchado antes. Y no hacía tanto tiempo. ¿Cómo no la había reconocido? Ese siseo grave era inconfundible, su simple sonido helaba la sangre.

En mi cabeza, empezaron a agolparse pensamientos sin orden ni concierto. Aquella tarde en su casa, la manera en que me miró, como si supiese exactamente quién era y le divirtiera la idea de poder saber más acerca de mí. ¡Y conocía perfectamente quién era mi Amona! Tenía que intentar averiguar algo más, así que concentré todos mis esfuerzos en recordar cuanta información me era posible, reviviendo una y otra vez nuestra breve conversación y cada una de nuestras palabras. Y entonces, el rostro de Unax acudió a mi mente y me dejó sin aliento.

Unax.

Sin pretenderlo, recordé sus ojos grises, y reviví cómo me miraban en su casa y la conexión que compartimos. Ahora debíamos enfrentarnos a Ximun, con todas las consecuencias, y no dudaría un segundo en hacer lo que fuera necesario por defender a mi prima. Y en cambio, el hecho de que fuera su padre era algo que no podía quitarme de la cabeza tan fácilmente, por mucho que fuera un monstruo.

A mi lado, Teo empezaba a frotarse la frente.

—Vale, a ver —dijo—. Si te hacen líder es porque tienes un poder increíble y nadie puede contigo, ¿verdad?

Nagore asintió con la cabeza, despacio, pero de pronto la agitó hacia los lados.

—No es imbatible —recló—. Pero tiene un poder mental extraordinario. Me sorprende que no haya conseguido doblegar a Ada. Debe ser muy fuerte para resistirlo.

Vaya con Ada. Jamás habría imaginado que pudiera ser tan valiente, ni tan capaz de cuidarse por sí misma. Claro que tampoco habría dicho nunca que fuera descendiente del dios de las Tinieblas. ¡Si era Ada! Mi prima pesada, la que siempre me seguía en los paseos en bicicleta, la misma rarita a la que le gustaban las tormentas y que no me dejaba dormir si le habían contado una historia de miedo.

—Bueno, ¿y qué hacemos? —dijo Teo.

De pronto me invadió una sensación de miedo que me dejó sin respuesta. Había conseguido llegar hasta allí, después de todo, había logrado encontrar a mi prima, y había tenido tan claro esto todo este tiempo que de repente estaba allí y... no sabía cuál debía ser mi siguiente paso. ¿Cómo íbamos a enfrentarnos al líder de los Empáticos nosotros tres?

La mirada de Teo se topó con mi cara abatida, y frunció el entrecejo.

—¿Y ya está? —dijo—. ¿Nos rendimos y volvemos a casa?

Instintivamente, me llevé la mano al pecho, donde colgaba mi eguzkilore.

—¿Y cómo vamos a impedirlo? —susurré, notando la madera bajo mis dedos—. Ni siquiera sé qué hacer con esto.

Nagore cerró los ojos un instante.

—Sí que sabes —dijo, cuando los volvió a abrir—. ¿Qué te han hecho para que confíes tan poco en ti? Solo tenemos que... pensar. Tenemos que hacer algo. No pueden salirse con la suya.

El chico más joven, también encapuchado, se rascaba el brazo derecho como si estuviera incómodo. Parecía nervioso. Una de las mujeres lo apartó de un empujón para llegar a Ada.

—¡Basta de tonterías! La niña no quiere cooperar —dijo, y a continuación señaló las antorchas a su alrededor—. El círculo de fuego tiene que servir para algo, ¿no? Tiene que haber otra manera.

Ximun asintió, acercándose a ella con una mano escondida en el bolsillo de su capa.

—Así es. Solo necesitamos su sangre. —Dirigió una última mirada a Ada. Pude sentir el miedo reflejado en sus ojos—. Te dije que podíamos hacerlo por las malas. La magia fluye por tu sangre, sepas o no utilizarla.

En cuanto terminó la frase, sacó la mano del bolsillo y la alzó, empuñando un cuchillo.

Me levanté de manera casi automática, presa de un arranque de ira que me animaba a ir allí y quitarle el arma, así tuviera que enfrentarme a él sin nada. Teo me detuvo, agarrándome con fuerza y tirando de mí de vuelta al escondite.

—¿Y qué piensas hacer, Emma? ¡Necesitamos un plan!

«Piensa, piensa, piensa».

«¿Qué puedo hacer con un escudo que ni siquiera sé invocar?».

Pero no hizo falta. Antes de que pudiera reaccionar, Nagore ya había tomado las riendas de la situación y cerraba los ojos con fuerza, mostrando las palmas de las manos hacia Ada y emitiendo un vendaval se dirigió con fuerza hacia el círculo de brujos. El impacto les pilló desprevenidos y cayeron al suelo entre gritos de estupor.

Con alivio, comprobé que el cuchillo también se había desprendido de la mano de Ximun.

Ada también había perdido el equilibrio y, al incorporarse, levantó la cara hasta dar con nosotros. Los ojos se le abrieron de par en par y me sonrió sin decir nada, para no delatarnos. A mí nada me habría gustado más que devolverle la sonrisa, pero no teníamos tiempo. Ada no era la única que había descubierto nuestra posición, y los brujos se incorporaban en el suelo mirando hacia nuestra roca.

No tardarían en venir a por nosotros.

—¡¡Teo, escóndete!! —grité. Estaba segura de que a mí ya me habían visto.

Nagore corría hacia la derecha, entre los matorrales, buscando un nuevo escondite, pero yo lo tenía claro: yo iba hacia Ada.

—Voy a buscarla —dije. Teo se estaba agazapando detrás de un arbusto—. Quédate aquí y toca, ¿vale? Ayúdanos a escapar.

—¡Pero si nunca he probado a mover una persona! —se quejó.

—No puede ser muy diferente a mover una silla. Golpéalos, muévelos como si fueras a tirarlos al suelo, ¡yo qué sé!

No volví a mirarle. Corrí hacia Ada sin pensármelo dos veces. Estaba aquí por mi culpa. Estaba metida en este lío por mí. Y yo iba a sacarla de esta, aunque me costase la vida.

Una de las brujas todavía trataba de levantarse y se llevaba las manos a un costado dolorido. Si corría lo suficientemente rápido, tal vez llegase a Ada antes de que me atraparan, así que troté a toda la velocidad que me permitían los pies. La mirada de mi prima se cruzó con la mía, apenas a unos palmos de distancia, justo antes de que un brazo me interceptara y me detuviera de golpe.

Me topé directamente con la mirada fría de Ximun y me quedé paralizada.

—Vaya, vaya —dijo, sujetándome con firmeza. Esbozó media sonrisa—. Últimamente tengo el placer de verte muy a menudo. Oh, ¿y qué tenemos aquí? Parece que alguien ha hecho los deberes. —Tocó mi colgante de madera con dos dedos y, acto seguido miró a otro brujo—. ¿Están solas?

El pánico se apoderó de mi garganta y, mientras deseaba con todas mis fuerzas que no hubieran encontrado a Teo, mis ojos se toparon con los del segundo brujo, al que se dirigía Ximun.

Entonces sí me quedé sin respiración.

Con el impacto que había provocado el viento que había invocado Nagore, al chico joven se le había caído la capucha y se revelaba una cara que conocía demasiado bien. Era Unax, vestido de negro, con una magulladura en la barbilla por el golpe. Me sostuvo la mirada unos segundos, marrón contra gris, mientras su pecho subía y bajaba con rapidez.

No podía ser cierto.

No podía estar pasando.

¿Todo este tiempo? ¿Él lo sabía?

Le dirigí una mirada suplicante, pidiéndole en silencio que nos ayudara, pero no lograba pensar con claridad. No podía respirar. Pensé en Teo, deseando que siguiese escondido, deseando que nos viera y nos ayudase con su música cuanto antes. Era nuestra única posibilidad de salir de allí con vida.

Unax se frotó la nuca y clavó la mirada en el suelo. Me pareció que dudaba unos segundos antes de responder.

—Hay uno más —dijo—. Otro Sensitivo. Emma le ha pedido que se esconda, y pretende sorprendernos con su catalizador. Es una flauta de madera.

Sentí que todo mi mundo se derrumbaba al instante: Unax acababa de leerme la mente. Y lo había hecho con total facilidad, sin que yo me hubiera dado cuenta.

Sentía como si alguien hubiera irrumpido en mi casa, revuelto entre mis cosas y me hubiera dejado absolutamente expuesta y vulnerable.

Me había traicionado.

—Bien —dijo Ximun, sonriendo y tirando de mi brazo.

Pero no necesitó hacer mucha fuerza. De algún modo, desde aquel preciso instante dejé de forcejear. Mis músculos se habían hundido conmigo y se dejaban caer, arrastrados por el líder de los Empáticos.

Miré a Unax una vez más, tratando de encontrar en sus ojos algo que me hiciera comprender qué estaba pasando, pero su mirada seguía fija en el suelo.

Y de pronto lo entendí todo.

¿Cómo pude ser tan tonta?

Fueron sus ojos grises los que vi el primer día, nada más caer al pozo. Esos mismos ojos grises que después me llamaron tanto la atención. ¡Ahí es donde los había visto! Justo al atravesar el portal. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Todo ese tiempo, Unax había estado jugando con nosotros, probablemente leyendo mi mente para utilizarla en mi contra, como ahora. Él había atraído a Ada al otro lado del portal. Él estaba detrás de todo esto desde el principio, y yo... yo había confiado en él como una estúpida.

Desde su posición, todavía inmovilizada en el suelo y con las manos atadas, Ada gritó en mi dirección:

—¡Emma, vete de aquí! ¡¡¡CORRE!!!

Pero no podía hacer eso. Su grito me devolvió a la realidad y me recordó qué es lo que estaba haciendo allí. Debía ir por ella, debía al menos intentarlo. Sus ojos grandes me miraban asustados. ¿Cuántos días la habrían tenido allí, tratando de convencerla para que destruyera un portal a un mundo que ni siquiera sabía que existía, apartada de todos nosotros? Una rabia inmensa recorría mi cuerpo y hacía que mi corazón golpease contra mi pecho.

Esa rabia fue la que me hizo reaccionar.

Traté de zafarme de un manotazo, aunque no sirvió de nada. Los brazos de Ximun me agarraban con fuerza, por lo que ningún intento de movimiento por mi parte suponía una verdadera amenaza. Al contrario, parecían divertirse todos mis intentos de llegar hasta mi prima.

—Algo tendremos que hacer contigo —me dijo, y su voz se fue fundiendo en mi oído de una manera extraña, como si pudiera coger textura y meterse verdaderamente dentro de mí.

Lo último que vi fue a Teo saliendo de su escondite, corriendo hacia nosotros. Después, mi visión se nubló por completo.

¿Era esto lo que se sentía cuando alguien se metía en tu cabeza?

Todo había desaparecido. No podía escuchar nada. Solo veía una espesa niebla apoderarse del bosque, poniéndome la piel de gallina, creciendo y adoptando una forma humana. Tardé un rato en reconocerla, y ladeé la cabeza, atónita, cuando comprendí quién era.

—¿Helga? —pregunté, confusa.

Ante mí, se erguía la chica más popular de mi clase, en el instituto de Alemania. Llevaba una trenza perfecta, de esas de raíz que nunca había sabido cómo se hacían. Estaba estirada, cruzada de brazos, con esa mueca en los labios que se le formaba siempre que me cruzaba por su camino.

Frunció el ceño y, de golpe, empezó a reírse.

Su risa se me clavó en el estómago como un puñal. Hacía tanto tiempo que no la escuchaba que no recordaba el efecto que provocaba en mí.

Traté de taparme los oídos. ¿Cómo podría salir de allí? Solo podía pensar en alejarme de ella, pero a su alrededor, la niebla fue acompañándola en la risa, haciéndola más fuerte, envolviéndolo todo y dejando ver al resto de mis compañeras de clase. Algunas reían con fiereza, enseñando todos sus dientes y sujetándose el estómago. Otras señalaban mis piernas y marcaban con sus manos el grosor de mis muslos. Había oído esto miles de veces: Patasgordas, Chicazo, Marimacho. Sabía cómo reaccionar; era sencillo. Solo debía bajar la vista y seguir adelante. Pero aquí, donde quiera que estuviese, no podía escapar. Esta niebla lo envolvía todo, también a mí, y las figuras a mi alrededor me imitaban caminando, moviéndose con rudeza y desgarmo, como si fuera un chico.

—Dejadme en paz —pedí, pero no pretendían hacerlo.

De pronto, entre las sombras de mis compañeras, distinguí la figura de Unax, que caminaba en mi dirección con paso firme. Pero esta vez no iba vestido de negro, no estaba encapuchado ni tenía un golpe en la barbilla. Era el Unax que había conocido estos días, el que llevaba unos vaqueros y la sudadera con la que le había visto alguna vez en el Iputargiak.

Siguió avanzando hacia mí, hasta acercarse tanto que me costaba respirar. Algo en mí, una reacción ilógica e imposible de explicar, me hacía querer hundirme entre sus brazos y pedirle por favor que me sacase de allí, que me ayudase a escapar.

Pero entonces, para mi sorpresa, esbozó una sonrisa burlona.

—¿En serio no te lo esperabas? —dijo, y después miró hacia los lados, buscando la complicidad de las chicas—. Vamos... ¿de verdad creías que éramos amigos? ¿tú y yo?

Hubo algo en la manera que dijo ese «tú» que golpeó mi estómago. Como si la simple idea de que pudiera haber algo entre nosotros, aunque fuese una amistad, fuese un auténtico chiste.

—Vete... —supliqué, incapaz de hacer o decir nada más.

A lo lejos, muy a lo lejos, emergiendo desde el otro lado de aquella pesadilla, la voz de Teo me llamaba a gritos.

Pero yo no podía escucharle.

No podía moverme.

Estaba paralizada.

—Emma...

Cerré los ojos con fuerza.

—Emma... —repitió una voz femenina, desde lejos. Un momento. No era Helga. ¿Era...?

—¿Nagore?

—Recuerda qué te ha traído aquí —dijo—. La magia está en ti. Solo tienes que confiar. Si no confías en ti nunca podrás confiar en los demás, y mucho menos en Gaua.

Chasqué la lengua con fastidio. ¿Otra vez con eso? Nunca había entendido lo que significaba. Llevaba diciéndomelo prácticamente desde el primer día en el Ipurtagiak: la magia está en ti, conecta contigo, si no sabes quién eres no puedes conectar con la magia... ¿Qué demonios debía hacer con eso? ¿Es que no veía lo que estaba pasando a mi alrededor? ¡Esa era yo! La marimacho, la asocial. La que había tenido que esforzarse por no llamar demasiado la atención toda su vida porque no era lo suficientemente femenina como para tener amigas.

«¿Cómo conecta eso con Gaua, eh?», quise decir. Pero tampoco tenía claro que pudiera escucharme. A lo mejor Nagore también estaba solo en mi cabeza.

Las risas seguían. Unax se había unido a ellas, y deslizaba su mano por la cintura de Helga, como si fueran amigos de toda la vida. O quizá algo más. No pude evitar sentir una punzada de dolor.

—¡No le escuches! —gritó alguien, desde muy lejos—. ¡Emma, es un truco! ¡¡Está en tu cabeza!!

—¿Teo?

Sí, sin duda, era Teo. No podía verle, pero debía de estar allí, al otro lado, en el bosque. Su voz se difuminaba, hundiéndose entre la niebla.

Erika, la chica que había sido mi amiga desde preescolar, había aparecido también entre la niebla y me miraba desde detrás de sus gafas. Con dolor, recordé que había ido alejándose de mí en los últimos años, seguro que sin ningún tipo de mala intención, probablemente simplemente por un puro instinto de supervivencia. Nunca me llamó ninguna palabra fea, pero tampoco abrió la boca para defenderme de las demás, y dejó de salir a hacer deporte conmigo. Para cuando quise darme cuenta, ni siquiera me hablaba si había alguien mirándonos.

Erika, ahora frente a mí, se recolocó las gafas con su dedo índice, apartándome la mirada y escondiéndose detrás de Unax.

Podía ser un truco mental, algún artificio de Ximun, pero estaba funcionando demasiado bien. Lo que estaba haciendo me dejaba sin fuerzas, sin capacidad de defenderme. Me escocían los ojos, y el nudo en la garganta era tan grande que me costaba respirar.

—Emma, escúchame. —La voz de Nagore se metió en mi cabeza—. Lo que te hace diferente es precisamente lo que te hace más fuerte.

—No puedo...

—Has cruzado un portal para salvar a tu prima y la has encontrado. Te has enfrentado a galtxagorris, a gentiles, a un mundo desconocido, y no has temblado, no has dudado ni una sola vez —seguía—. Por eso estás aquí.

Sentía la voz cada vez más dentro de mí.

—Lo que tú crees que son defectos en realidad son la fuente de tu poder. Tus piernas son las que te han mantenido en pie en el bosque. Esos músculos son los que te han traído hasta aquí. Eres fuerte. Eres decidida. Sabes lo que quieres y nada te frena para conseguirlo.

La voz... esa voz...

—Pueden reírse y llamarte como quieran...

Esa voz no era de Nagore...

—... pero te llamas Emma. Y eres una guerrera.

Esa voz era mi voz. Había sido mi voz todo el rato.

Lo comprendí.

Todavía con algo de esfuerzo, sonreí y abrí los ojos.

La niebla se esfumó a mi alrededor.

Teo

No recuerdo bien cómo pasó.

Todo sucedió demasiado rápido. Recuerdo que corría y corría hacia el círculo de fuego. Emma se retorció sobre sí misma, con las manos en la cabeza, haciéndose cada vez más pequeña y hundiendo sus rodillas en el barro. Frente a ella, Ximun, líder de los Empáticos y probablemente el brujo más siniestro de todo Gaua, la miraba con una sonrisa llena de satisfacción.

No tenía ni idea de qué le estaba haciendo, pero lo que era evidente es que le estaba haciendo algo en la cabeza, y acabaría por derrumbarla si no salía en su ayuda.

—¡No lo escuches! —había gritado—. ¡Emma, es un truco! ¡¡Está en tu cabeza!!

Ximun apenas apartó su mirada de ella un segundo; lo suficiente para reparar en mí y condenarme. Con un gesto de su mano, indicó a una de las brujas que se ocupase de mí, como si fuese un mosquito que pudiera quitarse de encima de un zarpazo. Tampoco os voy a engañar: no le fue demasiado difícil. La bruja me inmovilizó solo con clavar sus ojos negros en mí.

La miré sorprendido y confuso. Ella me enseñó los dientes mientras extendía su mano hacia mí y cerraba los dedos, limitando más y más mi capacidad de movimiento y dejándome clavado en el suelo.

Empezaban a cansarme un poco los Empáticos.

Ada chillaba:

—¡Dejadlos en paz! ¡Soltadlos! ¡No los necesitáis!

Intentaba incorporarse, pero no le era fácil con las manos atadas.

«Vete», quise decirle. No había nadie reteniéndola y, entre la confusión, sería su mejor oportunidad para salir de allí. Pero mi tozuda prima no parecía tener intención de moverse.

—¡He dicho que los soltéis! —insistió—. Me tenéis a mí, ¿no?

—Abre el portal —la invitó la mujer, sin detener el flujo de energía que estaba dirigiendo hacia mí y que me tenía paralizado—. Es así de sencillo. Ábrelo y todo esto habrá acabado.

Ada nos miraba intermitentemente a mí y a Emma, que parecía tener dificultades para respirar y se sujetaba la coronilla con ambas manos. Ada se mordió el labio, como si se lo estuviera empezando a plantear seriamente.

¡¡NOOOOOO!!, quería gritar, pero mi mandíbula tampoco me obedecía, así que solo conseguí emitir un gruñido ininteligible. Pero no habíamos venido hasta aquí para que ahora Ada les obedeciese y se cargase el pozo, ¿no?

Y entonces fue cuando pasó. De repente, sin que yo entendiera nada, Emma se movió y comenzó a incorporarse. Primero una rodilla, y después otra, hasta conseguir ponerse de pie. Entonces alzó su cabeza, abrió los ojos y, colocando una mano sobre su collar, miró fijamente a su captor.

—Soy una guerrera —dijo, con voz clara, y una ola de energía me sacó todo el aire de los pulmones y me tiró al suelo.

Aún en el suelo, dolorido por el impacto, descubrí que nos había derribado a todos.

—¡¿EN SERIO?! —exclamé, antes de soltar una carcajada de asombro. ¿Desde cuándo Emma molaba tanto? Grito de guerra y todo. ¡TOMA YA!

Ada la miraba con los ojos como platos.

Emma... bueno, Emma parecía exhausta. Pero al menos estaba consciente. No tenía ni idea de qué había pasado allí, pero tenía pinta de que se había librado una batalla en su cabeza que la había dejado agotada.

Alguien me cogió del hombro. Di un respingo, pero me sorprendió Nagore tratando de ayudarme a ponerme de pie. Al verla, me di cuenta de que la rodeaba un velo casi imperceptible que ya había visto antes. Era el mismo tejido que formaba el escudo de Emma, solo que esta vez se pegaba a su piel. Me miré los brazos: me cubría a mí también. Eso era lo que nos había tirado al suelo; al librarse de su batalla con Ximun, Emma había invocado un escudo tan fuerte que nos había liberado a los cuatro.

—Coge a Ada —le dije a Nagore. Yo podría levantarme solo.

Asintió y me hizo caso, disponiéndose a atravesar el círculo de fuego hasta el otro lado del pozo, donde estaba Ada. Yo me encargaría de ayudar a Emma, que parecía tener dificultades para levantarse. Pero justo cuando me disponía a hacerlo, divisé a la bruja que me había paralizado antes, acercándose a mí con toda la pinta de querer repetir la jugada.

Ah, no. Eso sí que no.

Antes de que pudiera hacer ningún movimiento, me llevé la flauta a los labios. Tan solo un par de metros hacia mi izquierda, mi prima mayor trataba de ponerse de pie. Esto se estaba poniendo feo, y ver a Emma defendernos como lo había hecho, ver a Ada enfrentarse a todos ellos con ese aplomo... había hecho que encajase algo dentro de mí. Ya no necesitaba concentrarme para hacer magia con la música: mi deseo de sacar a mis primas de allí con vida era tan grande que era superior incluso a la rabia y el miedo que sentía. Las notas se deslizaron por la flauta con rapidez y

precisión, empujando a la bruja negra hacia atrás en un gran impacto, hasta expulsarla del círculo de fuego.

Me quité el instrumento de la boca, haciendo un gesto triunfal con la mano.

—¡Eso es! ¿Quién inmoviliza ahora, eh? ¡JA!

Busqué a los demás con la mirada, esperando que estuvieran a salvo. Estaba más dispuesto que nunca a marcharnos cuanto antes —vale, había estado muy bien, pero no estaba seguro de saber repetirlo—, pero me encontré a Nagore en medio del círculo, totalmente quieta. Me daba la espalda. Se había quedado a medio camino en dirección a Ada, mirando fijamente a la otra bruja, que tenía el pelo cano y los ojos muy claros, tanto que parecían blancos. Me recorrió un escalofrío.

—¡Nagore! —grité, impaciente—. ¿A qué esperas? ¡Coge a Ada, vámonos!

Pero mi prima pequeña miraba a Nagore aterrada, negando con la cabeza.

—¡¡No la mires!! —le advertía a gritos—. ¡¡No la mires a los ojos!!

Pero ya era tarde. La bruja clavaba esos ojos blancos en Nagore y ella estaba quieta, muy quieta, sin responder a las advertencias de Ada.

Entonces Nagore empezó a girarse hacia mí, despacio.

Y ya no parecía Nagore.

Su cara estaba pálida. Sus ojos azules me atravesaban sin mirarme, como si no tuvieran vida, y no había signos de ningún tipo de expresión en su rostro.

—¿Na-Nagore...? Me estás asustando un poco —dije, tratando de sonreír, pero retrocediendo un par de pasos.

Ella, como toda respuesta, ladeó un poco la cabeza y, antes de que pudiera darme cuenta, alzó la mano en mi dirección. Cuando la abrió, emitió una fuerte oleada de viento que me hizo perder el equilibrio y me arrastró un buen trecho hacia detrás.

—¡¡¡NAGORE, NO!!! —gritó Emma.

Me levanté de un salto, alarmado. Me había dejado justo en el límite de la línea de fuego. Podía sentir las llamas calentándome las piernas. Tragué saliva.

—Nagore —dije, con toda la calma que pude reunir. Ella avanzaba poco a poco hacia mí—. Nagore, soy yo: Teo.

Pero ella seguía caminando en mi dirección. Desde lejos, vi a Emma corriendo hacia nosotros. Yo agarraba tan fuerte la flauta que la madera temblaba. No quería usarla contra Nagore, pero no parecía que tuviese muchas más opciones.

—No quiero hacerte daño —le dije.

Al escucharme, algo en su expresión cambió. Se dibujó un pequeño destello de claridad en sus ojos, como si acabase de despertarse de un sueño. Duró tan solo unos instantes. Después, vi como todo su cuerpo temblaba mientras alzaba la mano de nuevo hacia mí. Pude notar la fuerza con la que se revolvía contra la magia de aquella bruja, tratando de resistirse a ella. Su mandíbula se tensó, cerró los ojos con fuerza y, finalmente, su brazo convulsionó hasta caer de nuevo a la altura de su cadera.

Jadeó por el esfuerzo, recuperando el aliento antes de mirarme con sus ojos de siempre. Recorrió en un par de zancadas la escasa distancia que nos separaba y me

atestó un abrazo que casi me tiró al suelo.

Esta chica quería matarme.

—Perdóname. ¡Lo siento! —gritó, justo dentro de mi oreja—. No era yo, era esa bruja, ¡me controlaba!

—Lo sé... —traté de decir, con voz demasiado aguda, un poco asfixiado por sus brazos—. Tranquila, ya está.

Miré por encima de sus hombros, hacia el otro lado del círculo, donde estaba Ada. Nos habíamos alejado todavía más de ella y volvíamos a estar como al principio. No nos lo iban a poner fácil, ¿no? La bruja de ojos blancos se colocaba junto a ella, custodiándola. Se había salido con la suya, al menos de momento.

De acuerdo, nota mental: no mirar a la bruja de ojos blancos o te conviertes en su zombi.

Bien, ¿qué más? Al menos ya habían puesto las cartas sobre la mesa. Había cuatro brujos: una era ella, que controlaba tus actos, otra te inmovilizaba, Unax leía la mente y Ximun... viendo la reacción de Emma, supuse que jugaba a las películas en tu cabeza.

Nagore por fin se separó de mí y pude volver a respirar.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —siguió diciendo, examinándome deprisa—. ¡Lo siento mucho!

Emma llegó hasta nosotros.

—Dejad las disculpas para luego —nos dijo, muy seria—. Tenemos que rescatar a A...

Pero no llegó a terminar la frase. Ximun había emergido de la nada, la había agarrado por la espalda y, en un movimiento rápido, la atrajo hacia sí sujetándola por el cuello. Por la expresión de su rostro, parecía que le habíamos hecho perder la paciencia. Una oleada de pánico se apoderó de mi cuerpo.

—Me parece que no estás entendiendo a quién te enfrentas —siseó en su oído. Emma luchaba por respirar, tratando de apartarle las manos de su garganta—. No hay nada que puedas hacer para detenerme. Nada.

—¡¡Suéltala!! —grité, pero me sentía totalmente impotente.

¿Me daría tiempo a tocar la flauta? No quise hacer ningún movimiento brusco. Algo me decía que debía pensar muy bien antes de actuar. Tenía a Emma en sus manos y no parecía muy dispuesto a negociar. No me sentía lo suficientemente rápido como para burlarle, y menos si el cuello de mi prima estaba en juego.

Miré a mi alrededor, sin saber qué hacer, buscando la mejor manera de ayudarla. Pero antes de que pudiera hacer nada, alguien me apartó desde detrás con el brazo. Unax se abrió camino entre nosotros y dio un paso hacia ellos, lentamente.

—Padre... —dijo.

Me invadió la rabia. ¡Unax nos había traicionado! Y lo peor de todo es que algo en mí lo sabía, desde el principio. ¡Había sabido desde el principio que no era trigo limpio! Todavía furioso, miré a Nagore, pero ella parecía muy triste, como si

estuviera contemplando una escena que en el fondo sabía que tarde o temprano iba a pasar y no hubiera podido hacer nada por evitarlo.

Lo que me faltaba.

Quise lanzarme contra él y hacerle picadillo, aunque tuviese que recurrir a mis propias manos, pero Nagore me detuvo, tirando de mi jersey, indicándome que me quedase quieto. Y es cierto que Unax seguía acercándose a los dos, muy despacio, como si temiera hacer un movimiento en falso. ¿Tal vez quisiera ayudar? Sin tenerlas todas conmigo, decidí hacer caso a Nagore y los observé en silencio, sin moverme. Con el rabillo del ojo, vi también a Ada desatándose las manos con cuidado, y mi corazón empezó a latir con más fuerza.

—Padre, déjala, no tiene sentido. No la necesitamos —dijo Unax. Con cuidado, colocó una mano sobre la de su padre, como si tratase de aflojar la presión que ejercía sobre la garganta de Emma—. Vamos.

Ximun ahogó una especie de carcajada y negó con la cabeza.

—¿No la necesitamos? ¿De verdad? ¿O tal vez la necesitamos un poquito más de lo que nos gustaría? —escupió, con sarcasmo, y súbitamente dejó de sonreír—. Ahórrame una nueva decepción, Unax. Apártate.

Pude ver el dolor que se clavaba en la mirada del chico. Sus dedos, todavía aflojando la mano de su padre en la garganta de Emma, hicieron el ademán de moverse, pero no la soltaron del todo.

Dudaba.

—A-pár-ta-te —dijo de nuevo Ximun, amenazante. No parecía tener intención de repetirlo.

A Emma le costaba respirar, su cara estaba cada vez más roja y tenía los ojos fijos en Unax. Y entonces, cuando yo estaba a punto de intervenir y lanzarme contra ellos como fuera, nos sorprendió el alarido de una niña pequeña que se había cansado de tonterías.

El bosque entero se estremeció con ella.

El suelo tembló y estalló en un brillante fogonazo de luz que nos levantó a todos por los aires. Salí despedido. Lo último que recuerdo antes de perder el conocimiento, fue a Ada gritando a pleno pulmón, con las manos desatadas.

Ada

Todavía me temblaban las manos por la explosión.

Lo había hecho yo.

Me las miré atentamente, por el dorso y por la palma, como si quisiera ver algún rastro en ellas de lo que acababa de pasar, pero seguían siendo mis manos, las mismas manos pequeñas y blancas que había tenido siempre. Aún no sabía de dónde había conseguido sacar todo ese torrente de energía, pero no tenía ninguna duda de que había salido desde lo más profundo de mí.

Llevaba días encerrada entre las cuatro paredes de una cabaña en medio del bosque. Ni siquiera había conseguido llevar la cuenta de los días que habían pasado, pero sí sabía una cosa: me habían engañado. Y esa sensación era algo que no llevaba nada nada bien. ¿Pero ver cómo Ximun estaba a punto de ahogar a Emma? Ese había sido el auténtico detonante. Ni siquiera había tenido que pensar en qué hacer. La ira me había recorrido de una forma tan violenta, expandiéndose desde mis pies hasta la nunca, que solo pude gritar. Gritar, desde lo más profundo de mi estómago, gritar a pleno pulmón, gritar como si pudiera partir la tierra en dos.

Para cuando me di cuenta, mis manos emanaban una luz azul que hacía temblar todo el bosque.

En fin, supongo que te preguntas cómo demonios me las ingeníé para llegar hasta aquí, ¿verdad? Bueno, no es difícil de explicar. Ese chico de los ojos grises me había hablado alguna vez en el pueblo. Al principio pensaba que era una casualidad el que me lo encontrase en todas partes: cuando me rezagaba en los paseos en bicicleta con Emma, cada vez que daba una vuelta sola por el pueblo y me iba a sentarme un rato a la plaza. Ahí estaba él, aparentemente distraído, o tumbado al sol con los ojos cerrados. Nada que me hiciese sospechar nada raro.

Pero entonces llegó aquel día. Emma había estado especialmente irascible, e iba en bicicleta como si pretendiese prenderle fuego a la carretera. Me era imposible seguirla y, en fin, se enfadó conmigo. Me dijo que la dejase en paz, ¿no? Que dejase de seguirla a todas partes. Así que eso hice.

Retomé la carretera de vuelta hacia el pueblo, con la bicicleta en la mano, y me detuve a beber agua en una fuente, pero estaba llena de abejas. Miré hacia los lados sin saber muy bien cómo hacer para beber sin que me picasen.

—Espera, deja que te ayude. —Era aquel chico. El que veía en todas partes.

Me ayudó a dejar la bici a un lado y me enseñó la mejor manera para beber agua sin molestarlas. Me dijo que era cuestión de dejarlas tranquilas; que si no se sentían atacadas no intentarían hacerme nada, y resultó que tenía razón. Después, se presentó. Me dijo que se llamaba Unax, que también era del pueblo pero que no le gustaba mucho la gente, así que no tenía demasiados amigos. Que normalmente vivía fuera, en otro lado. «Lejos», dijo, y no quiso especificar, pero se sentó conmigo en la hierba bajo la luz del sol.

Y entonces lo dijo. «Conocí a tu madre». Las cuatro palabras que iban a cambiarlo todo. Cayeron sobre mí como una ducha fría en medio de una ola de calor. Se me salieron los ojos de las órbitas. ¡Conocía a mi madre! ¡A mi madre!

No espero que lo entiendas. No espero que comprendas el efecto que tuvieron esas palabras en mí. Para eso tendrías que haber vivido toda tu vida con esa pregunta guardada en el corazón, como yo. Tendrías que haber vivido sabiendo que eras adoptada, sabiendo que tenías los padres adoptivos más cariñosos y estupendos que podrías haber deseado nunca... pero comprendiendo, en el fondo, que la persona que te había dado a luz no había querido quedarse contigo.

Jamás me habían dado respuestas. Nunca me habían dicho nada que me ayudase a entender el por qué. No sabía nada de mi madre. Ni quién era, ni por qué no pudo o no quiso hacerse cargo de mí. Solo sabía que me habían encontrado en el bosque, sin ningún tipo de identificación, y que fue la Amona quien me encontró. Después, por lo que me han contado siempre, me quedé unos días con ella y con mi madre adoptiva, hasta que consiguió adoptarme definitivamente, y que entonces nos fuimos a Madrid y conoció a mi padre. Yo era muy pequeña, así que no recuerdo nada de eso. Mis recuerdos más tempranos ya se ubican en mi casa de Madrid, donde vivíamos los tres con un perrito y un hámster.

Todo el mundo me decía que no debía darle importancia, que una madre es quien te cría y quien te cuida, ¡y yo estaba de acuerdo! No me malinterpretes, no es como si estuviese buscando algo que ella no tenía. Yo era plenamente consciente de que mi familia era todo lo que podía necesitar e incluso más. Pero esa pregunta se iba haciendo más y más grande conforme pasaban los años: Por qué. Y casi estaba a punto de resignarme a no llegar a comprenderlo nunca, hasta que apareció Unax.

Reconozco que después la situación se volvió un poco... rara. Me dijo que me contaría quién era, que me lo explicaría todo, pero que para ello debía acompañarlo a un pozo que había en medio del bosque, y que debía hacerlo a media noche. A continuación, me tendió un mapa que él mismo había dibujado, donde señalaba perfectamente la ubicación del pozo. Me dijo que me esperaría esa misma noche y

cogió su bicicleta y se fue, dejándome en la hierba con una ceja alzada y el mapa en la mano.

Vale, sí. Lo primero que pensé es que era un auténtico pirado.

Me guardé el mapa en el bolsillo y volví al pueblo absolutamente convencida de que me estaba tomando el pelo. Pero conforme pedaleaba, no paré de preguntarme cómo era posible que supiese que era adoptada si no habíamos hablado en la vida, y cómo habría podido adivinar que mi madre había vivido en el valle si de verdad no la conocía y estaba mintiendo.

Debía saber algo. Y sabía que era una opción peligrosa y ridículamente absurda, pero ese chico tal vez fuera mi única oportunidad de entender quién era mi madre y, por tanto, comprender de dónde venía yo.

Y entonces...

—Ni siquiera es mi prima.

Ah, ¡Emma y su don de saber exactamente qué decir en cada momento!

Lo reconozco, escucharla decir algo así fue como sentir una bofetada y pensé que no podría volver a mirarla a la cara nunca más. Pero más allá de eso, esa frase me zarandeó con fuerza y me obligó a llevarme la mano al bolsillo, donde me esperaba el mapa de Unax.

Porque la propia Emma lo había dicho. Por mucho que mi familia pudiera hacerme feliz, por mucho que pudiera acostumbrarme a vivir así, mi sangre estaría allí siempre, recordándome que era diferente por algo. Y no podía dejar escapar la única oportunidad que tenía para averiguarlo.

Así que no lo pensé dos veces. Di un portazo en mi habitación y me apresuré a meter cojines dentro de mi cama para que pareciese que era yo la que estaba dentro. Cubrí el bulto con cuidado con el edredón y salí por la ventana, mientras escuchaba a Emma terminar de subir las escaleras.

El resto te lo puedes imaginar. Unax sí me estaba esperando en el pozo. Estaba solo, con las manos en los bolsillos, y me pareció que estaba un poco nervioso. Después, señaló el pozo con la cabeza y me dijo que teníamos que saltar para conocer la verdad y, aunque fue lo más estúpido que me habían propuesto nunca, había llegado demasiado lejos como para decir que no. Yo misma veía esa luz blanca, que me advertía que estaba a punto de ver lo más alucinante que habría visto en mi vida.

Desgraciadamente, al otro lado del portal me esperaba un grupo de brujos que no parecía tener tan buenas intenciones como yo habría imaginado. ¿Todo eso de hablarme de mi madre y contarme de dónde venía? ¡Ja! Se les olvidó de un plumazo.

En su lugar, me llevaron a esa cabaña de la que no podía salir. Estoy convencida de que estaba sometida a algún tipo de encantamiento, porque era incapaz de abrir ninguna ventana, y la puerta solo respondía ante ellos. En mis manos, la manilla permanecía inmóvil.

Se pasaron días enteros hablándome del portal. Del dichoso pozo por el que habíamos cruzado y que de repente era tan importante para todo el mundo. Me

dijeron que dividía el mundo en dos por un castigo de la diosa Mari, que por lo visto estaba muy enfadada con todo el mundo por una revuelta del dios de las Tinieblas.

Total, que si quería que me contasen algo acerca de mi madre, todo lo que debía hacer era tocar con las manos ese pozo y desear que se rompiera. Así de «fácil». A mí, de no ser porque estaba atrapada entre un grupo de gente que sabía hacer magia y parecía terriblemente peligrosa, se me habría escapado la risa. ¡Creían que yo podía romper portales! ¡Yo! Como si de repente fuese un híbrido entre bruja superpoderosa y Hulk.

Además, a mí todo eso me daba muy mala espina. No tenía ni idea de si lo que me contaban acerca del portal era cierto o no, pero ya me habían mentido una vez. Me prometieron que me hablarían de mi madre, y cada día que pasaba sin que me dijese nada me reafirmaba en que no podía confiar en ellos. Al margen de que pudiera romper el portal yo solita, cosa que me parecía tremendamente improbable, no tenía ni idea de las consecuencias que tendría si conseguía hacerlo.

Así que decidí que lo mejor que podía hacer era no decir nada, permanecer callada y aguantar sus discursos eternos sobre las injusticias de Gaua con los labios totalmente sellados. En ningún momento toqué el pozo por mi propia voluntad y, si eran ellos los que me llevaban las manos a sus piedras a la fuerza, concentraba todos mis esfuerzos en dejar la mente en blanco y... no sucedía nada.

Les vi perder la paciencia, gruñir soltando mis manos y llevarse las manos a la cabeza con una frustración enorme. Y entonces lo comprendí: me necesitaban. O al menos, eso creían. Y mientras fuera así, yo tenía esperanzas de seguir con vida.

Aunque tampoco tenía nada claro cuánto tiempo iba a pasar hasta que decidieran que ya no les servía para nada, y estaba segura de que, cuando eso ocurriera, mi pellejo corría bastante más peligro. Entonces fue cuando comencé a concentrarme.

Tenía mucho tiempo para hacerlo, claro. La mayoría del tiempo estaba sola en la cabaña, supongo que porque mis captores tendrían que seguir aparentando que llevaban una vida normal por ahí fuera, así que empecé a practicar. Respiraba hondo, cerraba los ojos e intentaba concentrarme con todas mis fuerzas en la figura de alguien que pudiera ayudarme. Y si había alguien que conocía a la perfección los bosques, esa era la Amona.

Desde el primer intento, noté algo. Una seguridad en el fondo de mi pecho de que ella verdaderamente podía escucharme. ¡Lo sé! Sé que suena totalmente fantástico y absurdo, pero en esos días había visto a los brujos hacer magia delante de mis narices, por lo cual la frontera entre lo posible y lo imposible se estaba difuminando bastante para mí.

Así que el tercer día, mientras me calentaba frente a la chimenea, cerré los ojos, pensé en ella y finalmente la vi.

—¡AMONA!

Su cara emergía difuminada en las llamas. En cuanto me vio, pude ver cómo la invadía un profundo alivio. Empezó a temblarle la barbilla y se le humedecieron los

ojos. Comenzó a decir un montón de cosas, a hablar rapidísimo y gesticular desesperada, pero yo no podía escuchar una sola palabra de las que me decía, y la visión entre las llamas tampoco era demasiado nítida.

—¡Amona! ¡Amona, no te oigo! ¡Tienes que hablar más despacio! —dije—. ¡Vocaliza! Y yo intento leerte los labios, ¿vale? ¿Tú me oyes a mí?

Ella asintió con la cabeza con energía. Entonces me hizo caso y empezó a mover los labios más despacio, formando una frase que pude comprender: «¿Estás bien?».

—¡Sí! Estoy bien, no te preocupes. Escucha. —Eché una ojeada por encima de la ventana, por precaución. Por nada del mundo quería tentar a la suerte y que nos descubrieran—. Sé que no te lo vas a creer, pero debes hacerlo porque es verdad. Un chico del pueblo me llevó a un pozo, saltamos a través de él y... he llegado a un mundo donde siempre es de noche y la gente hace magia.

Me preparé para su cara de espanto e incompreensión, pero lo que vi me sorprendió aún más. La Amona asintió con la cabeza, con una mueca de tristeza y tremenda preocupación, pero no de incredulidad.

Esa vez la que chilló fui yo.

—¿Tú sabías que existía esto?! ¿Pero cómo...? —Estaba tan aturdida que no podía pensar con claridad—. ¡Pero tú...! Si nunca nos dijiste...

Y de pronto recordé el cuento que nos contó aquella noche, el día que me había perdido por los pastos mientras ayudábamos a su vecino a cuidar de sus ovejas. Nos habló de Gaueko, y de Mari, de las criaturas de la noche... ¡No nos estaba contando un simple cuento del valle! ¡Ella había conocido siempre la existencia de este lugar!

Mi abuela negó con la cabeza, como si me instase a olvidar este asunto por el momento. Tenía la cabeza en plena ebullición y con un millón de preguntas, pero es cierto que había cosas más importantes en las que pensar.

Empezó a gesticular y a vocalizar, pero en esta ocasión me costó un poco más comprenderla.

—¿Qué dices? Espera, espera, ¡más despacio! Teo... —dije, intentando adivinar lo que parecían pronunciar sus labios—. Teo y... Emma. Pozo. ¡Teo y Emma han pasado el pozo! ¡¿Cómo?! ¿Dices que están aquí? ¡Oh, Dios! ¿Han venido a por mí?

La Amona asentía, pero yo no daba crédito. ¿Me habían seguido hasta el pozo? ¡¿Pero se habían vuelto locos o qué?! Me debatía entre la esperanza y el horror: ahora ya no era solo mi vida la que estaba en peligro. También las suyas. ¿Y cómo iban a llegar a mí? ¡Si ni siquiera sabían dónde estaba! ¡Si no lo sabía ni yo!

«Habla con ellos», entendí que me decía, combinando gestos con el movimiento de sus labios. «Te vamos a sacar de allí», y luego «te lo prometo». Y sí, todo eso estaba muy bien, y la determinación en sus ojos me conmovía y me llenaba de fuerza, pero había algo en su plan que no entendía.

—¿Y cómo hablo con ellos? ¿A través del fuego, como contigo?

Ella negó, y se señaló la cabeza.

—¿Con la mente? Pero... ¿cómo? ¿Pienso en ellos y ya está?

Ella dudó unos instantes, pero finalmente asintió con la cabeza, tocándose el corazón. «Te escucharán», dijo. Yo tragué saliva y asentí, aunque en el fondo estaba convencida de que no iba a ser tan fácil como marcar un número de teléfono y basta.

Su imagen se esfumó de golpe cuando se abrió la puerta.

Le hice caso. Sin saber muy bien cómo hacerlo, aquella noche pensé en Teo. Pensé en él con toda la determinación que podía e incluso me pareció verle, totalmente dormido, en una cama de madera. Fue como acercarme a su oído a contarle una historia. Con él en mi mente, empecé a recordar la última conversación que había mantenido en la cabaña. Tal vez así supiera reconocer a mis captores y encontrara la manera de llegar hasta mí.

Esperé un par de días, pacientemente, pero no ocurrió nada. Me pasaba las horas mirando por la ventana, pero no había ni rastro de mis primos, y empecé a dudar que el plan de la Amona diese resultado.

Ximun seguía llevándome al pozo, y cada vez la situación era más insostenible. Sabía que tenía poco tiempo, y entonces comprendí que tal vez iba siendo hora de intentar comunicarme con Emma. Había sido mi tercera opción, es cierto, pero tenéis que comprender que yo seguía muy enfadada con ella. Pese a ello, no tardé en llegar a la conclusión de que, tratándose de Teo, era bastante probable que hubiera creído que la visión que le mandaba era un simple sueño y no le hubiera dado mayor importancia. Así que debía intentarlo con Emma.

No pensé que funcionaría tan rápido. Cuando les vi aparecer esa misma noche en el pozo, en medio del torrente de viento que había creado la niña que les acompañaba, el corazón casi se me salió del pecho. ¡Había funcionado! La Amona tenía razón, ¡podían oírme!

Sentí tanto alivio que, por un instante, me convencí de que íbamos a salir todos con vida. Habíamos llegado hasta aquí; había conseguido comunicarme con ellos, sin tener ni idea de lo que estaba haciendo, y habían logrado encontrarme. Me sentía poderosa. Invencible. Entonces comenzó la batalla y, aunque reconozco que durante algún momento tuve miedo de que alguien resultase herido, todos mis temores se disiparon cuando vi a Emma librarse de los juegos mentales de Ximun. Mi prima estallaba en ese impresionante escudo que nos cubrió a todos en un halo transparente y lo supe definitivamente: no había nada que no pudiéramos hacer.

En medio del círculo, mientras Ximun agarraba la garganta de Emma con violencia, Teo estaba a punto de perder los papeles y hacer alguna tontería, pero yo ya lo tenía claro. Solo debía desatarme las manos, encontrando el momento perfecto para que nadie se diese cuenta. Estaba tan enfadada con Ximun y con cada una de las mentiras que había pronunciado en los últimos días, que no tuve que pensar. Me habían utilizado, me habían engañado, estaban intentando hacer daño a mi prima. Y me habían subestimado.

Y entonces, grité y...

Volví a mirarme las manos, con una sonrisa satisfecha.

Lo había conseguido.

Despegué la vista de mis dedos y miré entonces hacia los lados. Un humo oscuro, procedente de la explosión que yo misma había provocado lo cubría todo a mi alrededor, formando una especie de niebla espesa que me dificultaba la visión y hacía que me escocieran los ojos. Esforzándome por no toser para no delatar mi posición, eché una ojeada hacia el frente y descubrí que yo también había salido despedida hasta alejarme bastante de la zona del pozo.

Era el momento perfecto: si yo no los veía a ellos, ellos tampoco me verían a mí.

Debía buscar a Emma y a Teo. Debíamos escondernos hasta encontrar el mejor momento para volver a atravesar el portal e irnos de allí cuanto antes. La Amona tenía que estar histérica a estas alturas, y yo ya estaba convencida de que podíamos conseguirlo.

Solo había una pequeña espina que se me clavaba un poco en las entrañas, por mucho que intentase ignorarla. Por primera vez en todos estos días, Ximun había hablado de mi madre.

Dijo que era una hija del linaje perdido, descendiente del mismísimo Gaueko.

Y aunque la idea sonase tan absurda, era lo primero que alguien me contaba sobre ella, y aquel mito, por mucho que se tratase de una artimaña para manipularme, me había dejado con el corazón desbocado y un millón de preguntas sin resolver martilleando mi cabeza.

Tal vez nunca encontraría las respuestas.

Emma

Me despertó una mano en el hombro.

Tardé unos segundos en recordar lo sucedido y apreté los párpados, confusa, hasta que conseguí ordenar mis pensamientos y comprender dónde estaba. El pozo, la batalla con los brujos, la explosión. Parpadeé despacio, tratando de acostumbrarme a la visión. Me había dado un buen golpe en la cabeza.

¿Esa explosión la había provocado Ada?

¿Ada, mi misma prima pequeña, que apenas levantaba un metro del suelo?

No me lo podía creer.

Al moverme, hice una mueca de dolor. Me di cuenta de que el impacto me había lanzado tan lejos que había ido a parar a una zona llena de piedras. Estaba segura de que me había hecho daño al golpearme contra ellas.

—Au. —Me mordí los labios al sentir una nueva punzada de dolor mientras intentaba incorporarme.

—¿Estás bien?

Alcé la mirada hacia arriba, de donde provenía aquella voz, y mis ojos chocaron con los de Unax. La rabia se apoderó de mí y, de un manotazo, me zafé de la mano con la que intentaba ayudarme a ponerme de pie.

—¡Suéltame!

Me soltó, pero no se apartó del todo. Se mantuvo agachado, a mi lado, mirando a su alrededor con agitación.

—Emma. Tenemos que salir de aquí.

—¿Tenemos? Estás loco si piensas que voy a...

—¡Sssh! Emma, por favor, sé que estás enfadada, y tienes todo el derecho del mundo a estar enfadada, pero tienes que escucharme.

—¡Enfadada! ¡No estoy enfadada! ¡Est...!

Unax se inclinó hacia mí y me tapó la boca con su mano.

—Por favor, baja la voz. Van a descubrirnos.

Todavía con la boca tapada, fruncí el entrecejo. ¿Quién iba a descubrirnos? ¿Su padre? ¿A qué demonios jugaba ahora? ¿En serio pensaba que iba a caer en un truco

tan viejo? Ahora buscaría mi comprensión, me diría que todo había sido un error y me llevaría de vuelta con su padre, ¿no? Eso era caer bajo, incluso tratándose de él.

—Escucha, luego te lo explico todo, ¿vale? —insistió—. Ahora tenemos que movernos de aquí antes de que llegue mi padre. Tenemos que encontrar a Ada y a Teo, ¿de acuerdo? Os esconderé en algún lugar seguro hasta que estéis a salvo.

Me liberé de su mano y negué con la cabeza, incrédula. Estaba empezando a cansarme de escuchar sus mentiras.

—Esto se te da bien, ¿eh? —dije.

—¿Cómo?

Me refería a mentir, aunque no dije nada. Incluso entonces sus ojos parecían sinceros, a punto de desmoronarse de la impotencia. ¡Era un auténtico maestro de la mentira! Había que reconocerlo. Debía de llevar años practicando.

Se me formó un nudo incómodo en la garganta.

—Dime, ¿te divertiste leyéndome la mente?

—Emma...

—Lo tenías todo pensado desde el principio, ¿verdad? Fuiste tú quien se llevó a Ada al pozo. Te vi antes de perder el conocimiento. Eras tú. —Unax ni siquiera intentó negarlo, lo que provocó que me enfureciera aún más—. Todo este tiempo has estado leyéndonos la mente. ¡Utilizándonos para saber más sobre nosotros y hacer daño a Ada!

Para mi sorpresa, Unax me agarró por los hombros.

—Emma. Basta. Escúchame —dijo, pero yo clavé la mirada en el suelo. Él me alzó la barbilla, sujetándola con firmeza—. Eso último no es cierto. No utilicé nada de lo que pensabais para haceros daño, ni para amenazar a Ada ni nada por el estilo. No fue así, ¿de acuerdo? Ahora vas a tener que confiar en mí y vas a tener que ponerte de pie. Te aseguro que, si no nos vamos ahora, mi padre nos encontrará en menos de un minuto.

No me dio opción a réplica. Se puso de pie y tiró de mí para obligarme a hacer lo mismo, pero, en el momento en el que mi pie izquierdo tocó el suelo, una oleada de dolor invadió toda mi pierna. Ahogué un grito y Unax me agarró evitando que me cayese al suelo.

Me miró con un gesto de preocupación.

—¿Es el pie? —dijo. Yo asentí, con los ojos fuertemente cerrados—. ¿El derecho? ¿Puedes caminar?

Lo intenté una vez más, pero el dolor se repitió con la misma intensidad. Por mucho que quise evitarlo, me flaquearon las fuerzas y tuve que apoyarme en su brazo. No, no podía andar. Estaba segura de que, como mínimo, la caída me había provocado un esguince. Eso si no era algo peor. Por cómo dolía, no era descabellado pensar que pudiera haberme roto el tobillo.

—Mierda —exclamó, llevándose la mano a la cara.

A lo lejos, escuchamos el murmullo de las hojas al romperse, y al instante, el inconfundible siseo de Ximun dando instrucciones. Vi un estallido de pánico en los ojos de Unax, e inmediatamente después, noté cómo me levantaba en el aire, sacándome de allí con toda la velocidad que le permitían las piernas.

En cuanto se sintió seguro, me dejó de nuevo en el suelo. Entonces, pasó mi brazo por su cuello y comenzamos a caminar durante algunos minutos, mientras buscábamos a mis primos y a Nagore. Llegados a ese punto, no parecía que tuviese ninguna otra opción. En algo tenía razón: si me quedaba tirada en medio del bosque, no tardarían en encontrarme.

Ninguno de los dos dijimos nada durante un buen rato. Nos limitamos a caminar, buscando entre el humo de la explosión algún rastro de mis primos.

—Yo no quería nada de esto —dijo, rompiendo el silencio al cabo de unos minutos—. ¿Recuerdas aquel día que estuviste en mi casa?

Tragué saliva.

—¿Recuerdas que te hablé de mi familia, de todos mis antepasados y su lealtad al linaje de los Empáticos? —insistió—. Me refería precisamente a esto. Mi padre ha encabezado un movimiento revolucionario que pretendía romper el portal, ¿entiendes? Escucharon hablar del linaje perdido y le siguieron el rastro durante años hasta dar con Ada. Necesitaban a alguien que todavía fuera capaz de cruzar por el portal, alguien que todavía no hubiera cumplido los quince años, así que mi padre me encomendó mi primera misión de verdad. Me dijo que era mi oportunidad de probar mi valía para el liderazgo del linaje.

—¿Tu valía? ¿Mandándote a que secuestraras a una niña de ocho años?

Negó con la cabeza.

—No. Yo desconocía sus intenciones. Solo me dijo que debía acercarme a ella y atraerla al portal. Me dijo lo que tenía que decirle para convencerla.

—Y tú tenías que obedecerle, claro —ironicé.

—¿Tú le has visto? ¿Crees en serio que tenía alguna opción que no fuera hacerle caso? ¡No tienes ni idea de lo que es!

—No, claro, no puedo imaginar lo terrible que puede ser que tu padre te eche la bronca.

Se detuvo de golpe y se separó lo suficiente de mí como para mirarme frente a frente.

—Emma, yo no sabía que las cosas iban a ser así. Se suponía que teníamos que convencerla, ¡en ningún momento pensé que mi padre iba a volverse tan loco! De haber sabido que habría empleado algún tipo de violencia, jamás me habría prestado a traer a tu prima aquí. ¡Para empezar...! —Se revolvió el pelo—. ¡Ni siquiera entraba en el plan que cruzarais vosotros dos el portal! ¡Eso solo lo complicó todo! No esperaba conocerte, ni...

Me apartó la mirada de golpe. Lo agradecí, porque a mí me quemaban los ojos.

—Me mentiste —dije, simplemente.

—Lo sé.

Respiré profundamente, tratando de pensar con claridad, pero me costaba enormemente teniéndole al lado, con esa expresión afligida que de pronto me parecía tan difícil de fingir. Me mordí los labios, rabiosa. Quería gritarle. Quería que me resultase mucho más fácil no creerme una sola de las palabras que me decía. Pero, en su lugar, agaché la mirada y tragué el nudo en mi garganta.

—Ni siquiera me dijiste que podías leer la mente.

—Lo sé, no estuvo bien —dijo, y entonces sí volvió a mirarme.

Durante unos segundos, nuestras miradas se sostuvieron en medio del bosque. Y todo lo demás, el humo de la explosión, el pozo, y cada uno de los árboles, dejaron de existir a mi alrededor.

—No debí leerte la mente sin tu permiso —dijo.

—No.

—Pero las cosas que pensaste... —carraspeó—, son cosas que yo... que yo también...

—¡¡EMMA!!

El grito de Ada nos sobresaltó a los dos y acabó de golpe con nuestro momento. Me separé agitada, tratando de no perder el equilibrio al apoyar mi pie herido, mientras me giraba hacia ella.

¡Era Ada! ¡Y estaba bien! ¡Y venía acompañada de Teo y Nagore! Sentí tal sensación de alivio al verlos a todos juntos y de una sola pieza que, por un momento, creí que me derrumbaría en el suelo para llorar de felicidad. Pero Ada corrió hacia mí antes de que pudiera siquiera moverme.

—¡Ada! —exclamé, en un susurro, cuando se lanzó a mis brazos. Era la primera vez que le daba un abrazo en mi vida, así que la apreté con todas mis fuerzas, clavándole los dedos en los omóplatos para asegurarme de que no volviese a marcharse nunca.

—¿Qué haces tú aquí?

El gruñido de Teo me separó del abrazo. Había reparado en la presencia de Unax y sacaba la flauta de su bolsillo en un gesto amenazante, pero le detuve.

—Está bien —dije—. Creo que quiere ayudarnos.

Me miró como si me hubiese vuelto loca de remate. Nagore, en cambio, tras examinarnos con recelo a los dos, terminó por asentir con la cabeza.

—¡Pero si nos ha traicionado! —se quejó Teo.

—Es muy largo de explicar —dije, y me dirigí a Ada—. ¿Estás bien? ¿Te han hecho daño?

Negó con la cabeza.

—No me han hecho nada. Creo que tú te has llevado la peor parte. —Miró mi tobillo, que mantenía en una posición extraña, sin apoyarlo en el suelo—. ¿Ha sido por mi culpa?

—Escuchad —dijo Unax, interrumpiéndonos. Se había alejado un par de pasos y tenía la mirada fija en algún lugar iluminado del bosque—. Me temo que Ada ha abierto una grieta en el portal.

Alarmada, me acerqué con cuidado hacia donde estaba y miré en su dirección. Nos habíamos alejado bastante, pero todavía se podían vislumbrar los restos del círculo de fuego. En el centro, donde estaba el pozo, brillaba una enorme grieta que dejaba pasar una luz blanca entre las piedras. Era blanquísima. Del blanco más blanco que he visto nunca. Tanto que me cegó la vista y me obligó a mirar para otro lado.

Unax abrió muchísimo los ojos y miró a Ada.

—Eso significa que es cierto... que eres quien creíamos...

Ada lo miró, ansiosa de respuestas.

—¿El linaje perdido? —dijo, y él asintió con severidad—. ¿Y eso qué significa?

—Significa que corres peligro, y que tenemos que sacarte de aquí cuanto antes.

Decidido, Unax se disponía a emprender la marcha, pero Ada le agarró del brazo.

—Dijiste que conocías a mi madre.

Él respiró hondo, escogiendo bien sus palabras antes de continuar.

—Te mentí. Lo siento —admitió, soltando el aire que acumulaba en sus pulmones—. Sé cuál era su nombre y sé que, como tú, es descendiente de Gaueko, pero no llegué a conocerla en persona.

Ada parecía algo abatida. Se mordió el labio un segundo, mirando fijamente al suelo, antes de atreverse a preguntar:

—Hablas de ella en pasado.

—Disculpa, no pretendía... No significa nada. Es simplemente porque desapareció hace años. Nadie supo nada de ella desde el año en que naciste. Se cree que huyó y que te entregó a Casilda para protegerte.

—Entonces puede que siga viva. ¿No? —dijo, y nos miró a todos buscando un gesto de complicidad en nuestros ojos que justificase su esperanza—. Tienes que decirme al menos cómo se llama.

Unax se acercó a ella y la cogió de las manos.

—Lo haré —le prometió, mirándola a los ojos—. Pero no aquí, ¿de acuerdo? Es demasiado peligroso. No en medio del bosque. Debes saber algo: no tenemos ni idea de si Gaueko sabe que eres... ya sabes. Pero si lo supiera, tal vez intentase reclamarte. Puede ser el motivo por el que huyó tu madre.

¿El dios de las Tinieblas reclamando a Ada como su familia? Me recorrió un escalofrío.

—Unax tiene razón —dije—. Tenemos que irnos.

Durante unos largos minutos, Unax nos condujo por el bosque, buscando la mejor ruta para desaparecer sin ser descubiertos, aunque era verdaderamente difícil. Los Empáticos se habían dividido y cada uno de los caminos que llevaban de vuelta al pueblo estaba resguardado por uno de los suyos. Así que solo nos quedaba la opción

de seguir subiendo por la ladera de la montaña, en dirección contraria hacia la civilización, esperando poder despistarles en algún momento.

Cada vez parecía más complicado. Los sentíamos pisándonos los talones.

Ada caminaba a mi lado, ayudándome en mis pasos. Y, después de todo lo que habíamos pasado, me parecía una idea tan absurda que mi cabeza se dividía entre zarandearla, estrujarla o echarle la bronca de su vida.

Pero estaba viva.

Y saberlo con certeza, descubrirlo con mis propios ojos, me provocaba una felicidad tan grande que sentía ganas de vomitar.

—¿Seguro que estás bien? —le pregunté, por tercera o cuarta vez en poco rato.

—Queeee sí, ¡claro que estoy bien! —repitió—. ¿No ves que estoy bien? No seas pesada.

Teo me sonrió, pero decidí obedecerla y guardé silencio. Durante unos minutos, solo se oyeron nuestras pisadas rompiendo ramas al caminar, y mi respiración agitada por el esfuerzo de subir la montaña, hasta que Teo, que caminaba un poquito delante de mí, soltó un gemido de frustración.

—¿Qué ocurre? —preguntó Unax, acercándose a él—. Maldita sea.

Con ayuda de Ada, vencí la distancia que me separaba de Teo. Me asomé, temiéndome lo peor y, efectivamente, ahí acababa la ladera. La pendiente de pronto se cortaba en un desnivel abrupto y todo cuanto había al otro lado era una gran caída que daba al río.

Estábamos perdidos.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo Nagore—. No podemos ir a ninguna parte.

Teo echó una ojeada al desnivel.

—Porque lo de saltar y probar suerte no lo veis, ¿no? —dijo.

—Es demasiado alto —dijo Unax, que parecía tratar de mantener la calma sin mucho éxito.

No lo había pensado, pero tal vez los Empáticos tampoco fueran muy amables con él si lo encontraban. A fin de cuentas, había traicionado a su propia familia para ayudarnos. ¿Qué sería de él?

A lo lejos, empezábamos a escuchar el caminar de los brujos hacia nosotros. El bosque entero parecía sentirlo también: los árboles parecían inquietos y sus hojas silbaban una melodía siniestra. Miré a Unax. Después a Teo, a Nagore, y a Ada. El miedo y la determinación se habían dividido a partes iguales en cada una de sus miradas.

Tomé aire.

Ya estaban aquí.

Agarré mi collar con la mano, preparándome para lo peor. Pero entonces, a nuestra izquierda, escuchamos un gruñido que no parecía de una persona. No, desde luego que no. Esa cosa, fuera lo que fuera, era un animal. Agarré a Ada con fuerza, apretándola contra mí, y empezamos a divisar una manada de lobos negros

acercándose a nosotros. Mientras intentaba con todas mis fuerzas no dejarme llevar por el pánico, las bestias formaron un semicírculo a nuestro alrededor, dejándonos atrapados con la pendiente detrás.

—Lobos —señaló Nagore con voz quebrada.

—Muchos... lobos... —añadió Teo.

También a mí me costaba respirar. Esos animales eran mucho más grandes de lo que me habría imaginado y sus ojos amarillos brillaban en la oscuridad como si fueran espejos. Nos miraban fijamente, gruñendo, enseñando sus colmillos afilados en un gesto amenazante. Se me puso la piel de gallina.

Así que esto era el fin. Así es como acababa todo. Toda nuestra aventura por Gaua iba a acabar así, a manos de unas fieras con las fauces más aterradoras que había visto en mi vida.

Creo que prefería enfrentarme a la ira de Ximun, o incluso a la caída libre. Cualquier cosa parecía mejor que la ira de esos animales.

—Teo, ayúdame —dijo Nagore, y se dispuso a levantar sus manos para alejarlos con una oleada de su viento mágico.

Sin embargo, para sorpresa de todos, Ada se liberó de mi abrazo y la detuvo, poniéndole las manos entre las suyas.

—No os asustéis —dijo, con voz calmada—. No van a hacernos daño.

—¿¿Cómo?! —exclamó Teo, dando un par de pasos hacia atrás con la flauta bien sujeta entre sus dedos—. ¿Estamos seguros de eso? Porque estos chuchos tienen toda la pinta de querer convertirnos en su comida.

Pero Unax asintió, maravillado, mirando a los animales con la misma incredulidad con la que habría visto a un fantasma.

—Ada tiene razón —dijo—. La están protegiendo. No les hagáis nada.

La observé aturdida. ¿Por qué protegerían unos lobos a Ada? ¿Sería posible que fueran...? Detuve mis propios pensamientos cuando un hormiguelo me recorrió la espalda. Eso significaría que Gaueko nos había descubierto.

Miré a mi prima, buscando respuestas, pero no tuve tiempo de formular las preguntas en voz alta, porque al instante descubrimos a Ximun y a las dos brujas abrirse paso también entre los árboles. Sus facciones, que estaban llenas de deseo de venganza, de pronto se petrificaron cuando vieron a los lobos.

Se quedaron totalmente quietos, y entonces me di cuenta de que no se lo esperaban. Quizá Ada y Unax estaban en lo cierto, después de todo. Quizá los lobos quisieran protegernos. Rugieron con fiereza cuando los vieron aparecer y empezaron a caminar hacia ellos, moviendo sus patas con elegancia felina. Ximun miraba a todas partes, presa de la misma sorpresa y confusión que todos nosotros.

Entonces, una voz femenina inundó el bosque:

—Ya es hora de poner fin a esta temeridad, Ximun.

Del mismo lugar donde habían emergido los lobos, tres brujas entraron caminando a paso firme, infundiendo una gran seguridad. A dos de ellas las reconocí

al instante, en cuanto las iluminó la luz de la luna.

En el centro estaba Nora, empuñando su catalizador, dispuesta a utilizarlo. A su lado, Ane, líder de los Elementales, miraba a Ximun con una expresión dividida entre la amenaza y la decepción más profunda. Su capa verde, incrustada en piedras, reflejaba pequeños destellos de luz a su paso. La tercera bruja, en cambio, nos miraba a nosotros. Si no fuera por las inconfundibles arrugas de su rostro, por su bata de todos los días y por esos dos ojos que había visto tantas veces... habría jurado que era imposible.

Pero era ella. No había duda de que era ella. Su pelo grisáceo estaba recogido en el mismo moño que se hacía cada día, con el broche ese tan feo al que debía de tenerle tantísimo aprecio.

—¿AMONA?

Teo casi se cayó redondo. Ada, en cambio, parecía menos sorprendida.

—¡Lo has conseguido! —exclamó, únicamente.

Era evidente que había cosas que no me habían contado. Pero no era el momento de sentarnos a ponernos al día. Frente a mí, rodeados por los lobos, los tres líderes de los linajes de Gaua se desafiaban con la mirada.

La cosa podía ponerse muy muy fea.

—Casilda... —murmuró Ximun, haciendo algo parecido a una reverencia con la cabeza, cargada de cinismo—. Diría que me alegro de verte, pero no soporto la mentira.

La Amona comenzó a caminar hacia él, respaldada por Nora, Ane, y el rugido de los lobos.

—Quién lo diría. Me han dicho que se te da bastante bien —dijo ella, y Ximun sonrió.

Quedaron frente a frente, desafiándose sin necesidad de hacer ningún movimiento. El aire podía cortarse con un cuchillo.

—Mi padre me habló de ti —dijo Ximun—. Toda una promesa de Gaua, ¿no es cierto? Una pena que prefirieses desperdiciar tanto talento por vivir entre mortales. Pero estoy seguro de que ha merecido la pena... ¡La mismísima hija del linaje perdido, escondida entre tu familia como una simple humana! No todo el mundo tiene la capacidad de guardar un secreto así durante tantos años. ¿Qué pensarán tus hijos, Casilda? Dime.

—Lo que piensen o no mis hijos no es de tu incumbencia.

Ximun soltó una carcajada. Algo me decía que el abuelo de Unax y mi abuela no se habían llevado demasiado bien en su etapa en Gaua. Después, volvieron a examinarse en silencio. Al cabo de unos segundos, Ximun negó con la cabeza y habló:

—La niña no es vuestra.

Esta vez fue Nora quien intervino, colocándose frente a él, con la cara oscurecida por la ira:

—Tampoco tuya. Y menos un instrumento para violar cada una de las normas de convivencia del Concilio. —Sí, se había cansado de tonterías. Respiró hondo y los miró de arriba abajo antes de negar con la cabeza, decepcionada—. Quedáis arrestados, en nombre de Gaua, por conspiración y tentativa de atentado contra la Paz del Bosque.

No necesitaron recurrir a la fuerza física. Tampoco los lobos tuvieron que entrar al ataque. Con un simple movimiento de su cabeza, Ane formó unas cadenas de hielo que se aferraron a los cuerpos de los tres brujos impidiéndoles cualquier tipo de movilidad.

—Yo no intentaría nada —les recomendó Nora—. Si esperáis algo de clemencia en el juicio, será mejor que nos acompañéis por las buenas. Os aseguro que la paciencia no es la mejor de mis virtudes.

Ximun se rio en un último alarde de prepotencia, aunque parecía haber entendido que había perdido la batalla. Le dirigió una mirada fugaz a Unax y después volvió a dirigirse a mi abuela.

—No podéis esconderla para siempre —dijo, y señaló a los lobos con la cabeza—. Ahora Gaueko sabe que está aquí. ¿No lo veis? Es cuestión de tiempo que la reclame. Y entonces comprobaremos su auténtico poder.

Sentí como sus palabras me golpeaban en el pecho. La simple idea de que Ada volviera a correr peligro me resultaba inconcebible. La Amona no respondió a Ximun, pero le devolvió una mirada tan fría como el hielo de sus cadenas.

—¿De verdad merece la pena proteger un portal que nos oprime? ¿Que nos obliga a vivir exiliados entre las tinieblas como si fuésemos monstruos? —prosiguió el líder de los Empáticos, masticando cada una de sus palabras—. No me habléis del Concilio. Hace tiempo que dejamos de creer en él. Sabéis tan bien como yo que queréis que ese portal acabe convirtiéndose en cenizas.

Por último, se dirigió a Ada:

—Más te vale estar preparada, pequeña. Gaueko volverá a por ti. Te encontrará; no importa dónde intentes esconderte.

Ane le dirigió una mirada furibunda antes de hacer un movimiento brusco con la mano en su dirección. Con él, formó un bozal de hielo que le cubrió la boca por completo y terminó por dejarlo sin habla.

—¡Mucho mejor! ¿Ves qué bien? —dijo, y le dio un par de golpecitos en la cabeza.

Si no fuera porque estaba totalmente cubierto de hielo, estoy segura de que Ximun habría ardido de rabia. Podía ver sus ojos maldiciéndola en todos los idiomas de ambos mundos, a un lado y al otro del portal.

Entonces Nora dio un paso hacia nosotros. Con una mirada compasiva, aunque no por ello menos cargada de severidad, se dirigió a Unax:

—Acompáñanos.

Él simplemente asintió y dio un paso adelante. Sin pronunciar una sola palabra ni resistirse, extendió sus brazos hacia Ane, que repitió la misma sujeción que había conjurado para los demás.

—¿Se lo llevan? —murmuró Nagore—. ¿Qué le va a pasar?

No supe qué responder. Tenía la boca seca. Observé cómo los brujos comenzaron a bajar la ladera en dirección al pueblo, custodiados por la líder de los Elementales. Unax los acompañó, sin volver la cabeza siquiera para despedirse, dejándome una sensación rarísima en la boca del estómago.

Los lobos se mantuvieron completamente quietos hasta que los brujos hubieron desaparecido por completo. Entonces, se giraron de nuevo hacia nosotros y se acercaron a Ada. No pude evitar agarrarla con fuerza, en un instinto de protegerla, pero ella se soltó y dio un paso al frente.

—¿Qué haces? —chilló Teo con voz aguda.

—Shhh... —dijo ella, y extendió su mano hacia delante.

El primero de los lobos se acercó a olerla, y le siguieron todos los demás, olfateando sus pies, su espalda y sus hombros. Miré a la Amona, pero no se movió ni un milímetro. Suavemente, Ada acercó su mano a la cabeza de uno de ellos y, para sorpresa de todos, comenzó a acariciarle detrás de las orejas.

—Hola... —murmuró, pasando los dedos por su pelaje.

Teo me miró desesperado.

—Como le pida a la Amona que nos lo quedemos, te juro que...

—¡Ssh! —chisté.

Por nada del mundo quería cabrearlos.

El lobo inclinó su cabeza hacia ella unos instantes y, después, miró al resto de la manada. Sin más, emprendieron su marcha, corriendo de vuelta entre los bosques, fundiéndose con la más absoluta oscuridad.

Solté todo el aire de mis pulmones, aliviada. Teo temblaba como una hoja y rompió en una risita nerviosa. Ada, entonces sí, esbozó una enorme sonrisa. Echó a correr en dirección a la Amona y se abalanzó contra ella para apretarla en un fuerte abrazo. Teo y yo fuimos detrás, todavía un poco aturdidos por todo lo que acababa de ocurrir.

También a mí me estrechó fugazmente entre sus brazos. Seguía sin ser la abuela más cariñosa del mundo, a fin de cuentas. Y además yo no tenía tiempo para abrazos; tenía un millón de preguntas.

—¿Cómo has llegado aquí? ¿No se suponía que no podíais pasar cuando tenéis más de quince años, y todo eso? —dije.

—Hay una fractura en el portal —me respondió, y acto seguido cogió a Ada por la barbilla y alzó una ceja—. Lo cual intuyo que es cosa tuya.

—¿Y has podido atravesarlo sin más? —pregunté.

Ella asintió y chascó la lengua.

—No es una grieta profunda, pero eso me temo —admitió con un rastro de preocupación en su voz. Pero inmediatamente después, se llevó las manos a las caderas, ofendida—. ¿De verdad pensabais que no iba a hacer nada? ¿Mis nietos desaparecen y yo me iba a quedar ahí, de brazos cruzados?

La verdad es que lo de dejar fluir las cosas no le pegaba nada de nada. Ella se agachó hasta quedar a la altura de Ada y le colocó un mechón de su pelo por detrás de las orejas.

—Llevaba días tratando de establecer el contacto. En cuanto sospeché que estabais en peligro, me volví loca buscándoos por todas partes... hasta que comprendí que debías haber cruzado el portal. Entonces no me separé de la chimenea. Ada consiguió hablarme a través del fuego, y le conté que vosotros habíais cruzado el portal.

—¡Así que yo me comuniqué con vosotros! —completó Ada.

—¿Las visiones fueron cosa tuya? —exclamé, y ella asintió satisfecha.

Abrí mucho los ojos, asombrada. En todo momento habíamos creído que eran los Empáticos quienes nos estaban mandando todas esas visiones. ¡Y había sido la misma Ada! Sin lugar a dudas, su poder era impresionante. Primero eso, después aquella explosión en el portal. ¿Qué más podría hacer? ¿Llegaríamos a averiguarlo alguna vez? No podía llegar a expresar el alivio que sentía de que tanto poder no hubiera terminado cayendo en las manos equivocadas.

La Amona continuó hablando:

—Después, intenté entrar en contacto con Nora varias veces, a través de la chimenea. ¡Pero era imposible! ¡Esos estúpidos cacharros! Nos veíamos pero no nos escuchábamos. Bueno, ya sabéis... no es la mejor de las tecnologías, pero hicimos lo que pudimos. Solo conseguí que me asegurara que estaban haciendo todo lo posible para buscarla. Aunque os parezca mentira, nuestras sospechas estaban puestas en Ximun desde el principio. —Frunció el ceño—. No os podéis imaginar la frustración de no poder ayudaros. De estar al otro lado del portal sin poder cruzarlo. Afortunadamente, la explosión de Ada se ha sentido en todo el valle. También en nuestro mundo. ¡Hasta han hablado de ella en los informativos! Dicen que ha sido un terremoto. Pero yo supe la verdad, de inmediato. Lo sentí. Así que me acerqué a comprobarlo por mí misma y, en cuanto vi la grieta de luz blanca, supe que era mi única oportunidad.

—Vaya... —exclamó Teo.

—Os lo contaré todo, os lo prometo. Pero no ahora. Aquí no.

La Amona volvió a ponerse de pie.

—Debemos regresar antes de que se cierre la grieta o ya no podré acompañaros.

No podía estar más de acuerdo. Ya iba siendo hora de volver a casa. La luz del pozo nos indicaba con claridad el camino de vuelta a nuestra vida normal, a nuestro mundo, a la casa de la Amona, a los paseos en bicicleta, a... Me detuve en seco. De pie junto a Nora, Nagore nos miraba con sus grandes ojos azules.

No me hizo falta ser Empática para leerle la mente.

«¿Volveréis?», decía su expresión.

Me mordí los labios, mirando el bosque oscuro y sus árboles, que parecían respirar con la magia del valle. Había vivido tantas cosas aquí... había aprendido tanto... y había estado al borde de la muerte unas cuantas veces, también, eso no debíamos olvidarlo.

¿Volvería alguna vez a Gaua?

No deseaba nada más que volver a casa, pero el cosquilleo de mi escudo todavía me recorría la piel.

No dije nada. Pero ella sonrió.

Al día siguiente, me despertó el calor del sol haciéndome cosquillas en los párpados. Abrí un ojo y sonreí de oreja a oreja. Me estiré todo lo que pude en la cama y me coloqué estratégicamente para que la línea de luz que formaban las cortinas entreabiertas me calentase todo el cuerpo. Ahhhh, ¡esto sí era vida! Quién me iba a decir a mí que le iba a coger tanto el gustillo al sol, ¿eh? Nada como un viaje al mundo de las Tinieblas para aprender a apreciarlo de verdad.

Me quedé unos cuantos minutos más en esa posición, disfrutando de mi nueva y maravillosa sensación de falta de preocupaciones, hasta que las voces de mis primas desde la planta de abajo terminaron por despertarme del todo.

Me froté los ojos en medio de un bostezo. A mi lado, en la mesita de noche, descansaba mi flauta de madera. Por algún motivo, eso me hizo sentir más tranquilo. La miré unos segundos antes de salir de la cama.

Bajé las escaleras descalzo, todavía con los ojos entrecerrados, y me encontré a la Amona hablando con Ada y Emma, sentadas junto a la encimera de la cocina. Se callaron al verme.

—¿Quieres desayunar? —dijo la Amona.

Yo asentí y me dejé caer en una de las sillas, dispuesto a remolonear un poco más. Mi abuela se levantó para calentar más leche en el fuego y Ada me dio un golpetazo cuando puse los pies en su silla.

—Hogar, dulce hogar —suspiré, satisfecho.

—Estás lleno de pupas —observó Ada, levantándose un pie. Lo quité de inmediato.

—Heridas de guerra —puntualicé.

Pero es verdad que yo estaba hecho un harapo y Emma, con su pie vendado y descansando en alto, tampoco tenía mucha mejor pinta. ¡Y en cambio Ada parecía tan fresca! Ahí estaba, sentada con la espalda recta en su silla y devorando su tazón de cereales. Era alucinante. No parecía más cansada que si acabase de volver de un campamento de verano.

Emma dio unos golpecitos de impaciencia sobre la encimera.

—Bueno, sigue —dijo—. Nos estabas contando cómo fue.

Ada nos lo contó todo acerca de su cautiverio. Cómo Unax la había atraído hacia el pozo, prometiéndole información sobre su madre, y cómo se había encontrado con las verdaderas intenciones del grupo de brujos. Después, nos habló acerca de cómo consiguió comunicarse con la Amona y, más tarde, con nosotros, a través de esas visiones tan extrañas.

—Creo que estaba la casa de los abuelos de Unax, pero no estoy segura —dijo—. Me llevaban al pozo todos los días para ver si cambiaba de opinión. La bruja de ojos blancos, ¿os acordáis?, era una fanática. Todos los días intentaba convencerme, y al final también utilizó la magia para intentar controlarme y que rompiera el portal, pero no lo consiguió. Y Ximun también, claro. Con él me costó un poco más.

—Es alucinante —dije, incrédulo—. ¿No viste lo que le hicieron a Nagore? ¿Y a Emma? ¿Cómo puede ser que no consiguieran controlarte a ti?

La Amona llegó con mi tazón de leche humeante y lo dejó frente a mí con cuidado, acercándome el bote de cacao y las galletas.

—Ada no es como vosotros —dijo, delicadamente—. Todavía no sabemos a ciencia cierta todo lo que puede hacer. Pero precisamente por eso es importante que no volváis a cruzar el portal. Bajo ninguna circunstancia. ¿Me habéis entendido?

Pero Emma la miró con el ceño fruncido.

—Tú lo sabías —la acusó—. ¿Desde el principio? Ximun dijo que lo sabías, que la escondiste. ¿Por qué nunca nos dijiste nada?

La Amona cogió una silla y se acomodó hasta dejarse caer en ella también, a nuestro lado. Respiró profundamente y decidió contárnoslo todo desde el principio:

—Abandoné Gaua con quince años. Me enamoré de vuestro abuelo y él no era un brujo, fue así de sencillo. No digo que fuera una decisión fácil, pero lo tuve tan claro que no dudé ni una sola vez. Jamás le conté el mundo que había al otro lado del portal.

—¿Pero por qué? —preguntó Ada.

—Eran otros tiempos. Me habría tomado por loca. —Rio y su expresión se volvió melancólica, un poco triste—. O tal vez no. Tal vez subestimé a vuestro abuelo. En cualquier caso la magia desapareció para mí. Yo hacía mi vida normal, en el pueblo. Tuve tres hijos, como bien sabéis. Se hicieron mayores... nacisteis vosotros dos. —Nos señaló a Emma y a mí—. Y un día caminando por el bosque el Basajaun se apareció ante mí.

Me limpié los restos de leche de la boca con la manga de mi pijama.

—El Basajaun es... ¿el bicho ese gigante que parece un árbol? —dije, mientras todas me miraban con reprobación—. ¿Es ese o no? Para que nos entendamos.

—El Guardián del Bosque, sí —reformuló la Amona, y abrió mucho los ojos—. Os podéis imaginar mi sorpresa... Hacía años que había dejado ese mundo atrás. Yo no quería problemas, me gustaba mi vida en el pueblo. Pero supe de inmediato que algo iba mal. Supongo que os habrán contado que el Basajaun es de las pocas

criaturas que puede cruzar el portal todavía, pero solo aparece cuando debe proteger el bosque... Así que entendí que estábamos en peligro y lo escuché. Entonces, el Basajaun se acercó a mí y me puso un bebé entre los brazos.

Ada la miró, comprendiendo.

—Era yo —dijo. La Amona asintió.

—Eras muy pequeñita. No sabía qué hacer contigo, pero el Basajaun me suplicó que te escondiera y te alejásemos de Gaua porque era demasiado peligroso para ti.

El silencio inundó la cocina. Solo se oía el crujido de las galletas.

—Te dejé con mi hija pequeña —prosiguió al cabo de un rato—. No le dije quién eras en realidad, como tampoco expliqué al resto de mis hijos nada que tuviera que ver con la magia. Creía que era mejor si vivíamos todos al margen de ello. A ella solo le dije que había encontrado una niña en el bosque y que necesitaba nuestra ayuda. Ella no había conseguido tener hijos, así que no fue difícil convencerla de que todo era una señal. Se enamoró de ti nada más verte, hizo todos los trámites necesarios y te adoptó.

Ada asintió con la cabeza, pero se quedó un rato mirando el suelo de la cocina.

—Entonces, mi madre... —dijo, despacio.

—Tu madre no te abandonó. Te buscó un hogar donde pudieras estar a salvo. Habría hecho cualquier cosa por protegerte.

—¿Pero entonces tú sabías quién era? ¿Sabías cómo se llamaba? Unax me dijo que sabía cómo se llamaba.

—No sé lo que sabe Unax, pero yo desde luego lo desconozco. El Basajaun no me lo dijo, y es mejor así. Toda precaución es poca para protegeros a las dos.

—Pero sí sabías que soy... descendiente de, bueno, del dios de las Tinieblas.

La Amona dio un sorbo a su taza, como si meditase unos segundos su respuesta.

—No lo sabía a ciencia cierta, pero no tardé en intuirlo. El Basajaun me advirtió de que no eras una niña cualquiera y de que era tremendamente importante que te mantuviese alejada de Gaua. —Entonces sonrió—. Luego te vi crecer y, en fin. Las señales estaban ahí. Esa obsesión tuya por la naturaleza más salvaje, lo activa que te vuelves al caer la noche... No quise pensar que fuese a ser cierto, hasta aquel día que te dio por escaparte.

—¿El día de las ovejas?

—Viste a un lobo. ¿O no? —Negó lentamente con la cabeza—. Ese día no me cupo ninguna duda. Pensé que si no os decía nada, que si mantenía el secreto para mí, os evitaría tener que pasar por todo esto. Está claro que me equivoqué.

Ada asintió con la cabeza, aunque no parecía del todo conforme con sus respuestas. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que seguía teniendo un montón de preguntas sobre su madre, y el viaje a Gaua solo había servido para aumentar su curiosidad. Quería verla, saber qué fue de ella.

Y ninguno de nosotros sabíamos si lo iba a poder hacer.

Como si supiera lo que pensaba, la Amona se dirigió a ella.

—Sé que quieres saber más sobre tu madre, pero no debes olvidar una cosa: la sangre dirá lo que quiera, pero sigues siendo mi nieta, jovencita. No te vas a librar tan fácilmente de nosotros. —Nos miró a Emma y a mí—. ¿No os habéis dado cuenta de por qué habéis logrado sobrevivir estos días en Gaua? Porque habéis cuidado los unos de los otros. Fuisteis detrás de Ada cuando se escapó. Ella consiguió comunicarse a través de vuestros sueños y la escuchasteis. Aprendisteis a utilizar la magia para protegeros entre vosotros; por eso era tan fuerte. Eso es lo que significa ser una familia. Y nada, ni siquiera la sangre, puede cambiar algo así.

Emma aceptó la lección a regañadientes, mirándome con el rabillo del ojo y gruñendo algo parecido a un «puedeser» y yo dije «ssseeh» y la Amona negó con la cabeza, aunque parecía satisfecha. Se frotó las manos en el delantal y dio una palmadita, lo cual era la señal inequívoca de que tocaba empezar el día.

En un abrir y cerrar de ojos, empezó a recoger la cocina y a repartirnos las tareas del día. Solo se libró Emma, que debía quedarse con el tobillo inmovilizado al menos una semana, de acuerdo con el médico del pueblo.

Yo ya estaba resoplando de camino a coger la escoba cuando Emma carraspeó suavemente desde el sofá, recolocándose los cojines debajo del pie.

—Amona —dijo—. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué les pasará a... los brujos que se sublevaron?

La Amona nos contó que Nora le había informado, vía chimenea, que habían sido desterrados del valle. O que al menos eso había entendido, entre tanta interferencia. Por lo visto, el destierro era el peor castigo del Concilio de Brujos. Toda una afrenta al honor, y más teniendo en cuenta que se trataba de una familia que había liderado el linaje de los Empáticos desde el principio de los tiempos.

Emma se mordió el labio y asintió con la cabeza. Entonces la Amona la miró de reojo:

—No tenéis que preocuparos por Unax —añadió—. A él le han perdonado; parecía arrepentido. Tenía un papel muy complicado con su padre y aun así intentó ayudaros, así que el Concilio lo tuvo en cuenta.

Emma se incorporó en el sofá.

—¿Entonces sigue en Gaua?

—Por el momento sí. Aunque es difícil saber qué será de él. Ahora que su padre ha sido desterrado, es posible que deba vivir interno en el Iputargiak. De todas formas, todavía le queda un año antes de cumplir los quince, así que es posible que volváis a verle alguna vez por el pueblo mientras pueda seguir cruzando abiertamente el portal. ¿Quién sabe? Tal vez incluso decida quedarse en el Reino de la Luz, después de todo.

Me pareció que, aun con la cabeza escondida entre cacharros, a la Amona se le escapaba algo parecido a una sonrisa.

Ada todavía no se había levantado de la silla. Mientras todos empezábamos a limpiar ella seguía ahí, con la vista fija en la ventana, y no la separó tampoco cuando

le preguntó a la Amona si le gustaría volver a Gaua alguna vez. Pero ella negó con la cabeza.

—Yo ya tomé mi decisión. Si crucé el portal fue porque estaba preocupada por vosotros, pero mi lugar está aquí: con el sol, con mis calabacines, con las ovejas. — Agitó la cabeza—. No necesito nada más.

—¿No echas de menos la magia? —insistió.

La abuela sonrió, pero no dijo nada. En su lugar, se limitó a jugar distraídamente con una pequeña cuchara de madera, recorriéndola con los dedos como si se hubiera aprendido su forma de memoria.

Al igual que Ada, yo también perdí mi vista más allá de la ventana. Aun iluminado por el sol, el bosque del valle del Baztán se erguía imponente, con sus grandes y frondosos árboles escondiendo probablemente un millón de secretos más.

Mi prima Emma todavía llevaba el collar de madera colgando del cuello.

Y yo no pensaba dejar de tocar la flauta.

Por si las moscas.

Epílogo

El bosque estaba en silencio. No podía escucharse ni el crujido de una rama, ni el ulular de los búhos o los cárabos. Incluso el río parecía haber detenido su caudal, como si también el agua entendiese que era mejor no hacer ruido.

La oscuridad inundaba cada rincón del valle y, en medio de ninguna parte, un lobo miraba a la luna.

Su primer aullido llenó la inmensidad del bosque y partió el silencio en dos.

Como respuesta al aullido, una oleada de aire frío recorrió cada centímetro del valle y se extendió por cada recoveco sin piedad. Los árboles se revolviéron inquietos, sus troncos crepitaron y las sombras que producían sus ramas comenzaron a despegarse de ellos, como si fuesen telas cobrando vida.

Elevándose en el aire, las sombras empezaron a enredarse entre sí, trenzándose en un remolino hasta formar una manta espesa que poco a poco fue adquiriendo la forma de un abrigo negro, largo, ribeteado con pelo de lobo hasta los tobillos. Debajo de los ropajes, una figura de piel pálida clavó sus ojos negros en el bosque.

Sin moverse ni un ápice, arrastró la mirada de lado a lado, examinando su alrededor con una expresión imposible de descifrar.

Mientras tanto, el lobo se acercaba en su dirección, a paso lento pero firme, y cuando llegó a la altura de sus pies se inclinó ante él, hundiendo la cabeza en el suelo en una inequívoca reverencia animal.

Sin prisas, la figura se agachó hasta quedar a la altura del animal, le levantó la cabeza y lo miró fijamente a los ojos.

Antes de apartar la mirada, le acarició el pelaje justo detrás de las orejas.

Delante de ellos, un pozo antiguo descansaba en el mismo lugar en el que había estado desde hacía cientos de años. Pero esa noche algo era distinto; una fina grieta recorría sus piedras de arriba abajo, como si se tratase de una cicatriz. Apenas era perceptible, pero dejaba escapar un hilo de luz blanca que brillaba en medio de la oscuridad de la noche.

Gaueko lo miró unos instantes.

Y sonrió.

Bestiario

Si después de escuchar nuestra historia todavía eres tan imprudente como para querer adentrarte en Gaua a echar un vistazo, que al menos no sea porque no te hemos advertido de todo lo que te puedes encontrar.

Aquí tienes una lista de los bichos y criaturas que he conocido^{l*}. Al menos, de momento.

Estoy convencido de que hay muchos más ahí fuera, aunque, ¿la verdad?, no tengo especial prisa por conocerlos a todos.

¡Buena suerte!

Teo

El bestiario de Teo

Galtxagorris

Los galtxagorris son pequeños hombrecitos, que habitualmente llevan un gorro y vestimenta de color rojo. ¿Te has imaginado un duende alguna vez? Puede que se parezca a ellos. Eso sí, ¡no te fíes de sus apariencias! Detrás de esos ojos saltones y aparentemente inocentes se esconden unas criaturas traviesas y juguetonas que pueden llegar a ser verdaderamente molestas cuando están aburridas.

Hace un tiempo, se cuenta que los galtxagorris vivían en las cajas de los alfileres, y que servían a los humanos en sus tareas domésticas. Pero uno de los últimos Concilios de Brujos determinó el fin de su esclavitud, así que ahora son miembros de pleno derecho de Gaua y pueden ser libres de escoger su profesión y sus aficiones. Aun así, si te cruzas con alguno, más te vale que se te ocurra algo con lo que pueda estar entretenido un buen rato. De lo contrario, es probable que busque la manera de distraerse robándote cualquier objeto preciado y jugando al escondite.

Gentiles

Son grandes. Muy grandes. Enormes. Seguro que has oído hablar alguna vez de los dólmenes, esas piedras prehistóricas gigantescas, ¿no? Todos esos monumentos megalíticos, en Navarra y en algunas zonas del País Vasco se llaman Jentilarri. ¿No te

has preguntado nunca cómo han llegado hasta allí? ¡Es cosa de los gentiles! Estos gigantes tienen una fuerza descomunal y, cuando se enfadan, no se andan con tonterías: lanzan peñascos contra hombres, o incluso pueblos. Por suerte, no parecen demasiado inteligentes, y es por eso por lo que nos podemos encontrar los túmulos y dólmenes esparcidos sin orden ni concierto. Probablemente, ni siquiera atinaron a la primera.

De todas formas, yo no me la jugaría demasiado. Si ves un gentil, no lo molestes. Los brujos no les caemos demasiado bien.

Basajaun

Hablando de criaturas gigantes, el tamaño del Basajaun no se queda corto. Yo nunca lo he visto, pero me han dicho que mide unos ocho metros, aunque puede que estén exagerando. Dicen también que es un gigante salvaje, totalmente cubierto de pelo, incluso en la cara, y que su misión es salvaguardar la paz del bosque. Durante la Guerra de las Luces, el Basajaun mostró una gran lealtad a la Diosa Mari (madre de todos los dioses), avisándole de que Gaueko planeaba traicionarla y raptar a la Diosa Sol. Por ello, Mari le recompensó y, tras dividir el mundo en dos, le concedió el poder de caminar abiertamente entre los dos mundos, para ayudar a ambos lados a preservar la paz y el respeto por el bosque. Así, además de vigilar Gauda, puede seguir cuidando silenciosamente de los humanos, especialmente de los pastores y sus rebaños, avisándoles de la llegada de los lobos o de las tormentas.

Lamias

Cada una de las lamias podría perfectamente ser la mujer más guapa del mundo, de no ser porque... tiene garras en vez de pies. Según me han dicho, en otros lugares puede tener pies de pato, de cabra o incluso una cola de pez, como las sirenas. Todo depende de la zona.

A las lamias les gusta vivir en la naturaleza, junto a los arroyos o lagunas, donde llevan una vida tranquila y apacible, alejada del resto de las criaturas y dedicándose a labores como hilar en una rueca. Pero por lo que parece, nada les gusta más que peinarse la melena con un peine de oro, y pueden estar horas y horas simplemente tocándose el pelo. Aun así, no las subestimes. Cuando te miran, es verdaderamente difícil decirles que no a nada. Créeme.

Lobos de Gaueko

La presencia de una manada de lobos en mitad de la noche pondría los pelos como escarpas a cualquiera, pero ahora imagínate unos animales todavía más

grandes, absolutamente negros y siervos del dios de las Tinieblas. Sí, a mí tampoco me hacen ni pizca de gracia.

Dicen que están en todas partes. Que cuando te clavan los ojos es como si el mismísimo Gaueko te estuviera mirando y supiera dónde estás. Puede que en el mundo de la luz los humanos estén a salvo pero, en Gaua, en el reinado de la noche eterna, nadie puede esconderse de ellos.



JARA SANTAMARÍA nació en Zaragoza en 1990 y actualmente reside en Madrid. Es periodista de formación y trabaja en el ámbito de la comunicación.

Su pasión por la literatura empezó cuando era muy pequeña, y en 2007 obtuvo el II Premio Jordi Sierra i Fabra para Jóvenes Escritores con la novela *Te comerás el mundo*.

Con su segunda novela, *Londres después de ti*, ganó el Premio Literario «la Caixa» / Plataforma.

Notas

[*] La autora se ha inspirado en buena medida en la riqueza de la mitología vasconavarra, y ha querido hacer un homenaje a muchas de las criaturas, mitos y leyendas que la conforman. Sin embargo, Gaua es un mundo que pertenece a la ficción y las criaturas, los brujos y los dioses que pertenecen a ella se han modificado para adaptarlas a la historia. <<